

Maryse Condé

Yo, Tituba, la bruja negra de Salem



Lectulandia

Yo, Tituba la bruja negra de Salem, recrea la vida de Tituba, personaje involucrado en los tristemente célebres procesos de brujería de Salem, a finales del siglo xvii. Se trata de la esclava de Barbuda que fue acusada, junto a otras mujeres, de hechizar a unas cuantas muchachas del pequeño pueblo. El saldo de la intriga fue trágico: casi una veintena de personas fueron ahorcadas.

Antes de comenzar la lectura de Yo, Tituba, la bruja negra de Salem, el lector se topa con una singular confesión de su autora: «Tituba y yo hemos vivido en estrecha intimidad durante un año. En el curso de nuestras larguísimas conversaciones me ha contado estas cosas que ella no le había confiado a nadie». Y esa naturalidad con que habla de lo sobrenatural nos acompañará durante todo el libro.

Lectulandia

Maryse Condé

Yo, Tituba, la bruja negra de Salem

ePub r1.1
Titivillus 30.12.14

Título original: *Moi Tituba, sorciere noir de Salem*
Maryse Condé, 1986
Traducción: Concha Serra Ramoneda

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

«Death is a porte whereby we
pass to joye;
Lyfe is a lake that drowneth
all in payne»^[1].

John Harrington
(Poeta puritano de siglo XVI)

Tituba y yo hemos vivido en estrecha intimidad durante un año.
En el transcurso de nuestras interminables conversaciones
me ha dicho cosas que no había confesado a nadie.

MARYSE CONDÉ

PRIMERA PARTE

1

Abena, mi madre, fue violada por un marinero inglés en el puente del *Christ the King* un día de 16** cuando el velero navegaba hacia Barbuda. Yo nací a consecuencia de esta agresión. De este acto de odio y de desprecio.

Cuando, largas semanas después, llegamos al puerto de Bridgetown nadie se dio cuenta del estado de mi madre. No debía de tener más de dieciséis años y era tan hermosa, con su tez negra como el azabache y con el sutil dibujo de las cicatrices tribales sobre sus altos pómulos, que fue comprada a un precio muy elevado por un rico plantador llamado Darnell Davis. Éste la adquirió junto con dos hombres — también de la tribu de los ashantis—, víctimas de las guerras entre fantis y ashantis. Mi madre iba destinada al servicio de su mujer, que no lograba superar la nostalgia de Inglaterra y cuyo estado físico y mental requería constantes cuidados. Darnell creía que mi madre sabría cantar para distraerla, bailar eventualmente y practicar aquellos juegos mágicos que consideraban patrimonio de los negros. Los dos hombres trabajarían en su plantación de caña de azúcar, que funcionaba bien, y en sus campos de tabaco.

Jennifer, la esposa de Darnell Davis, no era mucho mayor que mi madre. La habían casado con aquel hombre rudo a quien ella odiaba, que la dejaba sola por las noches para ir a beber y que tenía ya una manada de hijos bastardos. Jennifer y mi madre se hicieron muy amigas. Al fin y al cabo no eran más que dos chiquillas asustadas por el rugido de los grandes animales nocturnos y por el teatro de sombras que formaban las ceibas, los taparos y las güiras de la plantación. Se acostaban juntas, y mi madre, jugueteando con las largas trenzas de su compañera, le contaba las historias que su madre le había relatado en Okwapim, su pueblo natal. Agavillaban en la cabecera de la cama a todas las fuerzas de la naturaleza a fin de que la noche les fuera propicia y los bebedores de sangre no las desangraran antes del amanecer.

Cuando Darnell Davis se dio cuenta de que mi madre estaba embarazada se puso furioso pensando en la cantidad de libras esterlinas que había gastado para adquirirla. Se encontraba ahora con una mujer en malas condiciones y que no sería de ninguna utilidad. Se negó a acceder a los ruegos de Jennifer y, para castigar a mi madre, le regaló a uno de los ashantis que había comprado junto con ella, llamado Yao. Además le prohibió volver a poner los pies en la Habitación. Yao era un joven guerrero que no se resignaba a plantar caña, a cortarla y a transportarla al molino. Por dos veces había intentado matarse masticando raíces venenosas. Lo habían salvado de milagro y devuelto a una vida que odiaba. Darnell esperaba que, dándole una compañera, le tomaría gusto a la existencia y rendiría más en su trabajo. ¡Qué poco inspirado había estado aquella mañana de junio de 16** en el mercado de esclavos de Bridgetown! Uno de los hombres había muerto. El otro era un suicida. Y Abena estaba preñada.

Mi madre entro en la cabaña de Yao un poco antes de la hora de la cena. El esclavo estaba echado sobre su lecho, demasiado deprimido para pensar en alimentarse y sin curiosidad alguna hacia aquella mujer cuya llegada le habían anunciado. Cuando Abena apareció se incorporó apoyándose en un codo y murmuró:

—¡Atcwaba^[2]!

Después la reconoció y exclamó:

—¡Eres tú!

Abena estalló en sollozos. Se habían acumulado demasiadas calamidades durante su corta vida: su pueblo incendiado, sus padres destripados intentando defenderse, la violación y la brutal separación de un ser tan dulce y desesperado como ella misma.

Yao se levantó y su cabeza rozó el techo de la cabaña, pues aquel negro era tan alto como un gigante.

—No llores. No te tocaré. No te haré ningún daño. ¿No hablamos la misma lengua? ¿No adoramos al mismo dios?

Luego bajó los ojos hacia el vientre de mi madre.

—Es hijo del amo, ¿verdad?

Un llanto aun más ardiente, de vergüenza y de dolor, surgió de los ojos de Abena:

—¡No, no! Pero es igualmente hijo de un blanco.

Al verla allí, delante de él, con la cabeza gacha, una inmensa y dulce piedad se apoderó del corazón de Yao. Le pareció que la humillación de aquella niña simbolizaba la de todo su pueblo, deshecho, disperso, vendido en subasta. Enjugó las lágrimas que corrían por las mejillas de Abena.

—No llores. A partir de hoy tu hijo es el mío. ¿Me oyes? Y pobre del que diga lo contrario.

Ella no cesaba de llorar. Yao acarició sus cabellos y le preguntó:

—¿Conoces el cuento del pájaro que se burlaba de las hojas de la palmera?

Mi madre esbozó una sonrisa.

—¿Cómo podría no conocerlo? Cuando era pequeña era mi cuento favorito. La madre de mi madre me lo contaba todas las noches.

—La mía también... ¿Y el del mono que se creía el rey de los animales? Aquel que se subió a la copa de un *iroko* para que todos se postraran ante él y al romperse la rama se encontró en el suelo con el culo lleno de polvo...

Mi madre rió. No había reído desde hacía muchos meses. Yao cogió el fardo que ella llevaba en la mano y lo dejó en un rincón de la estancia. Después se excusó:

—Todo está sucio porque no sentía gusto por la vida. Era para mí como un charco de agua mugrienta que uno quisiera esquivar. Ahora que estás aquí, todo es diferente.

Pasaron la noche uno en brazos del otro como hermanos o más bien como padre e hija, castos y afectuosos. Transcurrió una semana antes de que hicieran el amor.

Cuando yo nací cuatro meses más tarde, Yao y mi madre conocían la felicidad. Triste felicidad de esclavos, incierta y amenazada, hecha de migajas casi impalpables. A las seis de la mañana Yao salía hacia el campo con el machete al hombro y ocupaba

su sitio en la larga fila de hombres con harapos, arrastrando los pies a lo largo de los caminos. Durante el día mi madre cultivaba en un pedacito de tierra tomates y *gombos* u otras hortalizas; cocinaba y alimentaba a unas esqueléticas aves de corral. A las seis de la tarde los hombres regresaban y las mujeres se agitaban a su alrededor.

Mi madre lamentó con lágrimas que yo no fuera un niño. Le parecía que la suerte de las mujeres era aun más dolorosa que la de los hombres. Para librarse de su condición debían acceder a los deseos de aquellos mismos que las tenían en servidumbre y acostarse en sus camas. Yao, por el contrario, estuvo contento. Me tomó entre sus grandes y huesudas manos y me untó la frente con sangre fresca de un pollo, después de haber enterrado la placenta de mi madre bajo una ceiba. Después, cogiéndome por los pies, presentó mi cuerpo a los cuatro confines del horizonte. Fue él quien me dio mi nombre: Tituba. Ti-Tu-Ba.

No es un nombre ashanti. Sin duda, Yao, al inventarlo, quería demostrar que yo era hija de su voluntad y de su imaginación. Hija de su amor.

Los primeros años de mi vida carecen de historia. Fui un bebé hermosos, mofletudo, pues la leche de mi madre me sentaba muy bien. Después aprendí a hablar, a andar. Descubrí el triste y sin embargo esplendido universo que me rodeaba. La cabañas de barro seco, oscuras contra el cielo inmenso, el involuntario ornato de plantas y árboles, el mar y su áspero canto de libertad. Yao orientaba mi cabeza hacia aquel mar y me murmuraba al oído:

—Algún día seremos libres y volaremos con alas desplegadas hacia nuestro país de origen.

Después me frotaba el cuerpo con un manojo de algas secas para evitarme el pian.

En verdad, Yao tenía dos hijas, mi madre y yo. Para mi madre era mucho más que un amante. Era un padre, un salvador, un refugio. ¿Cuándo descubrí que mi madre no me quería?

Quizá cuando alcancé la edad de cinco o seis años. Aunque yo había nacido con la tez algo rojiza y los cabellos absolutamente crespos, le recordaba continuamente a aquel blanco que la había poseído en el puente del *Christ the King* en el medio de un círculo de marineros, mirones obscenos. A cada instante le traía a la memoria su dolor y su humillación. Cuando me acurrucaba cariñosamente sobre ella como les gusta hacer a los niños, me rechazaba inevitablemente. Cuando le pasaba los brazos alrededor del cuello se apresuraba a desasirme. Sólo obedecía las órdenes de Yao...

—Siéntala sobre tus rodillas. Bésala. Acaríciala...

Sin embargo yo no sufría por aquella falta de afecto, pues Yao me amaba por los dos. Mi mano pequeñita en la suya dura y rugosa. Mi pie minúsculo sobre la huella del suyo, enorme. Mi frente en el hueco de su hombro. La vida tenía una especie de dulzura. A pesar de las prohibiciones de Darnell, por la noche los hombres se montaban a horcajadas sobre los tam-tam y las mujeres se arremangaban los harapos descubriendo sus relucientes piernas y bailaban.

Pero también asistí varias veces a escenas de brutalidad y tortura. Algunos

hombres regresaban ensangrentados, con el rostro y la espalda cubiertos de rayas escarlatas. Uno de ellos murió delante de mis ojos vomitando una baba violácea y fue enterrado al pie de una ceiba. Después, todos se alegraron porque, por lo menos él, se había liberado e iba a tomar el camino de regreso.

La maternidad y sobre todo el amor de Yao habían transformado a mi madre. Era ahora una joven ágil y malva como la flor de la caña de azúcar. Ceñía su frente con un pañuelo blanco, bajo el cual sus ojos brillaban. Un día me cogió de la mano para ir a escarbar entre los hoyos de ñame de un trozo de tierra que el amo había concedido a los esclavos. La brisa desplazaba las nubes hacia el mar, y el cielo límpido era de un color azul suave. Barbuda, mi país, es una isla plana. Apenas algún cerro aquí y allá.

Nos adentramos por un camino que serpenteaba entre el césped de Guinea, cuando de repente oímos un rumor de voces irritadas. Era Darnell que maltrataba a un contraamaestre. Al ver a mi madre, su expresión cambió radicalmente. La sorpresa y el arrobo se reflejaron en sus rasgos y exclamó:

—¿Eres tú, Abena? Vaya, el marido que te he adjudicado te sienta de maravilla. ¡Acércate!

Mi madre retrocedió tan vivamente que la cesta que sostenía en equilibrio sobre la cabeza conteniendo un machete y una calabaza de agua cayó al suelo. La calabaza se rompió en tres pedazos, desparramando su contenido sobre la hierba. El machete glacial y homicida se clavó en el suelo y la cesta rodó a lo largo del sendero como si huyera del escenario del drama que iba a desarrollarse. Me lancé aterrorizada en su busca y la recuperé.

Cuando volví hacia mi madre ésta se encontraba jadeante, con la espalda apoyada contra un taparo. Darnell estaba de pie a menos de un metro de ella. Se había quitado la camisa, desabrochado el pantalón descubriendo la blancura de su ropa interior y su mano izquierda hurgaba a la altura de su sexo. Mi madre gritó volviendo la cabeza en mi dirección.

—¡El machete! ¡Dame el machete!

Obedecí lo más de prisa que pude, agarrando la enorme hoja con mis manos endebles.

Mi madre asestó dos golpes. Lentamente la camisa de lino blanco se tiñó de escarlata.

Ahorcaron a mi madre.

Vi girar su cuerpo meciéndose en las ramas bajas de una ceiba.

Había cometido el crimen para el que no hay perdón alguno. Había atacado a un blanco. Sin embargo no lo había matado. En su torpe furia le había herido únicamente en el hombro.

Ahorcaron a mi madre.

Todos los esclavos fueron invitados a su ejecución. Cuando con la nuca rota,

rindió el alma, un cántico de rebelión y de ira surgió de todos los pechos y fue acallado por los jefes de equipo a grandes latigazos. Yo, refugiada entre las faldas de una mujer, sentí solidificarse en mí, como una lava, un sentimiento que ya no me abandonaría nunca, una mezcla de duelo y de terror.

Ahorcaron a mi madre.

Cuando su cuerpo giró en el vacío tuve la fuerza suficiente para alejarme a pequeños pasos, agacharme y vomitar interminablemente sobre la hierba.

Para castigar a Yao por el crimen de su compañera, Darnell lo vendió a un plantador llamado John Inglewood que vivía al otro lado de los montes Hillaby. Yao no llegó nunca a su destino. Por el camino consiguió suicidarse tragándose la lengua.

En cuanto a mí, con apenas siete años, Darnell me expulsó de su plantación. Hubiera podido morir si la solidaridad de los esclavos, raramente desmentida, no me hubiera salvado.

Me recogió una anciana. Parecía loca. Había visto morir torturados a su compañero y a sus dos hijos, acusados de haber fomentado una rebelión. En realidad no era ya de este mundo y vivía constantemente en su compañía, pues había cultivado hasta el máximo el don de comunicarse con los invisibles. No era una ashanti como mi madre y Yao, sino una nago de la costa cuyo nombre, Yetunde, había sido cambiado por el de Man Yaya, más criollo. Todos la temían pero venían de lejos a visitarla a causa de sus poderes.

Empezó por sumergirme en un baño en el que flotaban raíces fétidas, dejando chorrear el agua a lo largo de mis miembros. Después me hizo beber una poción de su cosecha y colocó de mi garganta un collar de pequeñas piedras rojas.

—Sufirás mucho en la vida. Muchísimo.

Estas palabras me hundieron en el dolor, fueron pronunciadas con calma, acompañadas por una sonrisa.

—Pero sobrevivirás.

¡Qué mísero consuelo! Sin embargo, la autoridad que desprendía la figura encorvada y arrugada de Man Yaya era tal, que no me atreví a protestar.

Man Yaya me enseñó todo sobre las plantas.

Las que dan sueño. Las que curan úlceras y yagas.

Las que hacen confesar a los ladrones.

Las que calman a los epilépticos y los sumen en un beatífico descanso. Las que ponen en labios de los airados, de los desesperanzados y de los suicidas, palabras de esperanza.

Man Yaya me enseñó a escuchar el viento cuando se levanta y mide sus fuerzas sobre las chozas que se dispone a abatir.

Man Yaya me enseñó todo sobre el mar, las montañas y los cerros.

Me enseñó que todo vive, tiene un alma, un aliento. Que todo debe ser respetado. Que el hombre no es un amo recorriendo a caballo su reino.

Un día, a media tarde, me dormí. Estábamos en Cuaresma. Hacía un calor tórrido

y los esclavos, manejando el azadón y el machete, salmodiaban un fatigado cántico. Vi a mi madre, no como un pelele desarticulado y doliente girando entre el follaje, sino adornada por los colores del amor de Yao. Exclamé:

—¡Mamá!

Se acercó a cogerme en sus brazos. ¡Dios mío, qué dulces eran sus labios!

—Perdóname por haber creído que no te quería. Ahora veo claro en mí y no te dejare atrás.

Grité transida de felicidad:

—¡Yao! ¿Dónde está Yao?

Se volvió.

—Él también está aquí.

Y Yao se me apareció.

Corrí a contarle este sueño a Man Yaya que pelaba las raíces para la cena. Sonrió ladina:

—¿Crees entonces que fue un sueño?

Me quedé desconcertada.

Desde aquel día Man Yaya me inició en un conocimiento superior.

Los muertos sólo mueren si mueren en nuestros corazones. Viven si los mimamos, si honramos su memoria, si colocamos sobre su tumba los manjares que preferían en vida, si a intervalos regulares nos recogemos para integrarnos en su recuerdo. Están aquí, a nuestro alrededor, en todas partes, ávidos de atención, ávidos de afecto. Bastan algunas palabras para aglutinarlos, apretando sus cuerpos invisibles contra los nuestros, impacientes por sernos útiles.

Pero cuidado con el que les irrite, porque no perdonan nunca y persiguen con implacable odio a los que les han ofendido aunque sea por inadvertencia. Man Yaya me enseñó oraciones, las letanías, los gestos propiciatorios. Me enseñó a transformarme en pájaro sobre la rama, en insecto sobre la tierra seca, en rana croando en el lodo de río Ormonde cuando yo quería descansar de la forma que había recibido en mi nacimiento. Me enseñó, sobre todo, los sacrificios. La sangre, la leche, los líquidos esenciales. ¡Ay! Pocos días después del aniversario de mis catorce años su cuerpo sucumbió a la ley de la especie. No lloré al enterrarla. Sabía que no me quedaba sola y que tres sombras se turnaban a mi alrededor para velar por mí.

Fue también por esa época cuando Darnell vendió la plantación. Unos tres años antes falleció Jennifer, su mujer, al darle un hijo, un bebé frágil de tez macilenta que tiritaba periódicamente de fiebre. A pesar de la leche que le daba en abundancia una esclava forzada a abandonar por él a su propio hijo, parecía destinado a la tumba. El instinto paternal de Darnell se despertó hacia su único retoño de raza blanca y decidió regresar a Inglaterra para intentar su curación.

El nuevo amo, siguiendo una práctica poco corriente, compró la tierra sin los esclavos. Con los pies trabados y una cuerda alrededor del cuello, éstos fueron conducidos a Bridgetown para encontrar adquisidor y luego dispersados a los cuatro

vientos por la isla, los padres separados del hijo, la madre de la hija. Como ya no pertenecía a Darnell y vivía como parásito en la plantación, no forme parte del triste cortejo que tomó el camino de la subasta pública. Yo conocía un rincón a orillas del río Ormonde donde no iba nunca nadie pues la tierra era pantanosa y poco propicia para el cultivo de caña. Construí sola, con la fuerza de mis puños, una choza que conseguí encaramar a unos pilotes. Con paciencia rellene leguas de tierra y delimité un jardín en el que crecieran con rapidez toda clase de plantas que sembré de forma ritual respetando la voluntad del sol y el aire.

Hoy me doy cuenta de que fueron los momentos más felices de mi vida. No estaba nunca sola puesto que mis invisibles estaban a mi alrededor pero sin oprimirme nunca con su presencia.

Man Yaya impartía el último toque a las lecciones concernientes a las plantas. Bajo su dirección yo intentaba cruces audaces, casando a la pasiflora con la ciruela rojiza, a la *cithère* venenosa con la *surette* y a la azalea de las azaleas con la persulfurosa. Elaboraba drogas y pociones cuyo poder consolidaba gracias a los encantamientos.

Al atardecer, el cielo violeta de la isla se extendía sobre mi cabeza como un gran pañuelo sobre el que las estrellas aparecían centelleantes una a una.

Por la mañana el sol me guiñaba un ojo invitándome a vagabundear con él.

Estaba lejos de los hombres y sobre todo de los hombres blancos. Era feliz. Por desgracia todo iba a cambiar.

Un día, un fuerte viento derribó el gallinero y tuve que ir en busca de mis gallinas y de mi hermoso gallo de cuello escarlata, alejándome de los límites que me había fijado.

En una encrucijada tropecé con unos esclavos que conducían un carro de cañas al molino. Triste espectáculo. Rostros demacrados, harapos de color de barro, miembros descarnados, cabellos rojizos a causa de la mala alimentación. Un muchacho de unos diez años ayudaba a su padre a dirigir la yunta. Su aspecto era sombrío y hermético como el de un adulto que no tuviera ya fe en nada.

Al verme, toda aquella gente saltó con presteza en la hierba y se arrodilló, mientras media docena de pares de ojos aterrorizados y respetuosos se alzaban hacia mí. Me quedé estupefacta. ¿Qué leyendas se habían tejido a mi alrededor?

Parecían temerme. ¿Por qué? Hija de una ahorcada, recluida a orillas de una charca, ¿no era natural que me compadecieran? Comprendí que sobre todo me asociaban con Man Yaya, de quien todos desconfiaban. ¿Por qué? Man Yaya había empleado sus dotes en hacer el bien. Incesantemente siempre el bien. Aquel terror me parecía una injusticia. Debían de haberme acogido con gritos de alegría y de bienvenida. A la vista de tantos males y dolores yo hubiera actuado lo mejor posible. Estaba hecha para curar y no para asustar. Regresé tristemente a mi choza sin pensar ya en mis gallinas y en mi gallo que a estas horas estaría ya caracoleando la hierba de los caminos reales.

Este encuentro con los míos trajo consecuencias. A partir de aquel día empecé a acercarme a las plantaciones con el fin de dar a conocer mi verdadero rostro. A Tituba había que quererla.

Pensar que yo daba miedo era inconcebible. Yo, que no sentía en mí más que ternura y compasión... ¡Ay! Hubiera deseado poder desencadenar el viento para que arrastrara más allá del horizonte las blancas viviendas de los amos, ordenar al fuego que elevara sus llamas y las hiciera arder, a fin de que toda la isla fuera purificada, consumida. Pero no tenía este poder. Sólo sabía ofrecer consuelo.

Poco a poco los esclavos se acostumbraron a mi visita y se acercaron a mí, primero tímidamente, después con más confianza. Penetré en las chozas y conforté a enfermos y moribundos.

2

—¡Hey! ¿Eres Tituba? No es de extrañar que la gente tenga miedo de ti. ¿Has visto qué pinta tienes?

El que así me hablaba era un joven claramente mayor que yo, ya que no tendría menos de veintiún años, alto, desgarrado, de tez clara y cabellos curiosamente lacios. Cuando quise contestarle, las palabras huyeron de mi boca como por encanto y no pude formular la menor frase. En mi desconcierto emití una especie de gruñido que provocó en mi interlocutor un ataque de risa y repitió.

—No, no es de extrañar que la gente tenga miedo de ti. No sabes hablar y tus cabellos están enmarañados. Sin embargo podrías ser hermosa.

Se acercó con audacia. Si hubiera estado más acostumbrada al contacto de los hombres, hubiera detectado el miedo en sus ojos, móviles como los de los conejos y también de un color castaño dorado. Pero era completamente incapaz de ello y sólo fui sensible a la insolencia de su voz y su sonrisa. Finalmente logré contestar:

—Sí, soy Tituba. Y tú ¿quién eres?

Dijo:

—Me llamo John Indien.

Era un nombre poco corriente y fruncí el ceño.

—¿Indien?

Tomó un aire vanidoso:

—Parece ser que mi padre era uno de esos escasos arawacks que los ingleses no lograron ahuyentar. Un coloso de ocho pies de altura. Entre los innumerables bastardos que sembró yo nací de una nago que visitaba al llegar la noche y soy su hijo.

Giró de nuevo sobre sí mismo riéndose a carcajadas. Aquella desbordante alegría me dejó estupefacta. Había, por lo visto, seres felices en esta tierra de desgracia. Balbucí:

—¿Eres un esclavo?

Inclinó afirmativamente la cabeza.

—Sí, pertenezco a la ama Susan Endicott que vive allá en Carlisle Bay.

Señalaba el mar resplandeciente en el horizonte.

—Me ha enviado a comprar huevos de Leghorn a casa de Samuel Watermans.

Pregunté:

—¿Quién es Samuel Watermans?

Rió. Otra vez esa risa de persona que se siente feliz en su pellejo.

—¿No sabes que él ha sido quien ha comprado la plantación de Darnell Davis?

Dicho esto se agachó y recogió un cesto redondo que había dejado a sus pies.

—Bueno, ahora tengo que irme; si no voy a llegar tarde y el ama Endicott va a enfadarse otra vez. Ya sabes cuánto les gusta refunfuñar a las mujeres, sobre todo cuando empiezan a envejecer y no tienen marido.

Tanta verborrea me hacía rodar la cabeza. Cuando se alejó, después de hacerme un gesto con la mano, no sé lo que me pasó. Con una entonación que me era totalmente desconocida, le dije:

—¿Te volveré a ver?

Me miró fijamente. Me preguntó qué fue lo que leyó en mi semblante, pero contestó con aire presuntuoso.

—El domingo por la tarde hay baile en Carlisle Bay. ¿Quieres venir? Yo estaré allí.

Incliné excitada la cabeza.

Regresé a mi choza con lentitud. Por primera vez observé aquel lugar que me había servido de refugio y me pareció siniestro. Las tablas de madera cortadas groseramente a hachazos estaban ennegrecidas por las lluvias y vientos. Una buganvilla gigante adosada a su flanco izquierdo no lograba alegrarlo a pesar del color púrpura de sus flores. Miré a mi alrededor: una güira nudosa, unas cañas. Me estremecí. Me dirigí hacia lo que quedaba del gallinero y agarré una de las pocas aves que habían permanecido fieles a mi lado. Con mano experta le abrí el vientre dejando que el chorreo de su sangre humedeciera la tierra. Después susurré dulcemente:

—¡Man Yaya! ¡Man Yaya!

Ésta se me apareció en seguida. No bajo su forma mortal de mujer anciana, sino bajo la que ella había asumido para la eternidad. Perfumada y engalanada con una corona de capullos de naranjo. Dije jadeante:

—Man Yaya, quiero que este hombre me ame.

Sacudió la cabeza.

—Los hombres no aman. Poseen. Avasallan.

Protesté.

—Yao amaba a Abena.

—Era una de las raras excepciones.

—Quizás ésta sería otra de ellas.

Eché la cabeza hacia atrás para dejar que brotase de su garganta una especie de relincho de incredulidad.

—Dicen que es un gallo que ha cubierto a la mitad de las gallinas de Carlisle Bay.

—Quiero que esto se acabe.

—No tengo más que mirarle para ver que es un negro vacío, todo aire y desfachatez.

Man Yaya se puso seria midiendo la urgencia de mis miradas.

—Bueno, ve a ese baile de Carlisle Bay al cual te ha invitado y haz correr un poco de su sangre sobre un pedazo de tela. Traémelo junto con alguna cosa que haya permanecido en contacto con su piel.

Se alejó. Percibí una expresión de tristeza en sus facciones. Sin duda observaba el principio de la realización de mi vida. Mi vida, un río que no puede ser enteramente desviado.

Hasta entonces nunca había pensado en mi cuerpo. ¿Era guapa? ¿Era fea? Lo ignoraba. ¿Qué me había dicho él?

«Sabes, podrías ser hermosa».

¡Pero bromeaba tanto! Quizá se reía de mí. Me despoje de mi ropa, me acosté y mi mano recorrió mi cuerpo. Me pareció que sus formas huecas y sus curvas eran armoniosas. Cuando mis miedos se acercaron a mi sexo sentí que no era yo sino John Indien el que me acariciaba. De las profundidades de mi cuerpo brotó una oleada olorosa que inundó mis muslos. Escuché mis gemidos en la noche.

¿Era así como, a pesar de ella, había gemido mi madre cuando el marinero la violó? Ahora sabía por qué había querido ahorrarle a su cuerpo la segunda humillación de una posesión sin amor y comprendía también que hubiera intentado matar a Darnell. ¿Qué más me había dicho él?

«Tus cabellos están enmarañados».

Al despertarme al día siguiente acudí a río Ormonde y me corté como pude mi pelambreira. Cuando los últimos mechones lanudos caían al agua oí un suspiro. Era mi madre. No la había llamado y deduje que la inminencia de un peligro la hacía salir de la invisibilidad. Gimió.

—¿Por qué las mujeres no pueden prescindir de los hombres? Ahora vas a ser arrastrada al otro lado del agua...

Sorprendida la interrumpí:

—¿Al otro lado del agua?

Pero no explicó nada más repitiendo en un tono de angustia:

—¿Por qué las mujeres no pueden prescindir de los hombres?

Todo ello, las reticencias de Man Yaya, los lamentos de mi madre, habrían podido inclinarme a la prudencia. No fue así. El domingo me encaminé a Carlisle Bay. Había descubierto en una maleta un vestido violeta y un refajo de percal que seguramente habían pertenecido a mi madre. Al ponérmelos, dos objetos rodaron por el suelo, dos pendientes estilo criollo. Guiñé un ojo a lo invisible.

La última vez que estuve en Bridgetown aún vivía mi madre. En aquellos diez años la ciudad se había desarrollado considerablemente y se había convertido en un puerto importante. Un bosque de mástiles oscurecía la bahía y vi flotando sobre ella banderas de todas las nacionalidades. Las casas de madera me parecieron graciosas con sus verandas, sus enormes tejados y sus ventanas abiertas de par en par como los ojos de un niño.

No tuve ninguna dificultad para encontrar el lugar del baile pues la música se oía desde lejos. Si hubiera tenido alguna noción del tiempo, hubiera sabido que era la época del carnaval, único momento del año en que los esclavos tenían libertad para distraerse como mejor les pareciera. Acudían de todos los rincones de la isla para intentar olvidar que ya no eran humanos. Me miraban y escuché algunos murmullos.

—¿De dónde sale?

Era evidente que no relacionaban a esta elegante joven con la Tituba medio

mística de la que se relataban hechos y proezas de plantación en plantación. John Indien bailaba con una *chabine* muy alta vestida de madrás ligero. La dejo plantada en medio de la pista y vino hacia mí con los ojos llenos de estrellas, aquellos ojos que recordaban al ancestro arawack. Rió:

—¿Eres tú? ¿De veras eres tú?

Después me atrajo hacia él.

—Ven, ven.

Me resistí:

—No sé bailar.

Rió de nuevo. ¡Dios mío, qué bien se reía aquel hombre! A cada nota que surgía de su garganta se iban abriendo, uno a uno, los cerrojos de mi corazón.

—¿Una negra que no sabe bailar? ¿Se ha visto alguna vez algo semejante?

Muy pronto se hizo un círculo a nuestro alrededor. Me habían crecido alas en los talones, en los tobillos. Mis caderas y mi cintura eran ágiles. Una serpiente misteriosa había penetrado en mí. ¿Era la serpiente primordial de la que Man Yaya me había hablado tantas veces, figura del dios creador de todas las cosas de la tierra? ¿Era ella la que me hacía vibrar?

De vez en cuando, la *chabine* alta, vestida de madrás, intentaba interponerse entre John Indien y yo. No le prestábamos atención alguna. En un momento dado cuando John Indien se enjugaba la frente con un amplio pañuelo de tela de Pondichéry, recordé las palabras de Man Yaya: «Un poco de su sangre. Alguna cosa que haya estado en contacto con su cuerpo...».

Tuve un momento de embriaguez. Quizá no fuera necesario pues parecía seducido «naturalmente». Después intuí que lo esencial no era seducir a un hombre si no conservarlo y que John Indien debía de pertenecer a la especie fácilmente seducida que se burla de todo compromiso durable. Obedecí, pues, a Man Yaya.

Hábilmente le arrebaté el pañuelo arañándole el dedo meñique. Tuvo una exclamación de dolor:

—¡Ay! ¿Qué me haces bruja?

Hablaba en broma. Sin embargo me invadió la tristeza.

—¿Qué es una bruja?

Me di cuenta de que en su boca la palabra estaba llena de oprobio. ¿Y eso por qué? ¿Por qué? La facultad de comunicar con los invisibles, de mantener un lazo constante con los desaparecidos, de cuidar, de sanar, ¿no es una gracia de la naturaleza superior que debe inspirar respeto, admiración y gratitud? En consecuencia, la bruja, si así quieren nombrar a la que posee esta gracia, este don, ¿no debería ser mimada y reverenciada en lugar de temida?

Abandoné la sala tras una última polka con cierta melancolía a causa de todas estas reflexiones. John Indien estaba demasiado ocupado para darse cuenta.

Afuera, el negro cordón de la noche apretaba la garganta de la isla entera impidiéndole la respiración. Ni una gota de viento. Los árboles estaban inmóviles

como postes. Me acordé del lamento de mi madre.

—¿Por qué las mujeres no pueden prescindir de los hombres? Sí, ¿por qué?

—No soy un negro de los bosques, un negro marrón. Jamás viviré en esta jaula para conejos que tienes allá arriba en medio del bosque. Si quieres vivir conmigo debes venir a mi hogar de Bridgetown.

—¿A tu hogar?

Añadí riendo burlona:

—Un esclavo no tiene hogar. ¿No perteneces a Susana Endicott?

Pareció disgustado.

—Sí, pertenezco a Susana Endicott, pero el ama es buena...

Le interrumpí.

—¿Cómo puede ser buena un ama? ¿Puede el esclavo querer a su amo?

Fingió no haber oído mi intervención y prosiguió:

—Tengo mi choza detrás de su casa y allí hago lo que quiero.

Me cogió una mano.

—Sabes, Tituba, dicen de ti que eres una bruja...

¡Otra vez aquella palabra!

—... quiero demostrar a todo el mundo que eso no es verdad y tomarte como compañera en presencia de todos. Iremos juntos a la iglesia, te enseñaré las plegarias...

Hubiera tenido que huir, ¿no es verdad? En lugar de ello permanecí pasiva y encandilada.

—¿Conoces las plegarias?

Sacudí la cabeza:

—Cómo fue creado el mundo el séptimo día, cómo Adán nuestro padre fue expulsado del paraíso terrenal por culpa de nuestra madre Eva...

¿Qué extraña historia me estaba recitando? Sin embargo no fui capaz de rechistar. Retiré la mano y le volví la espalda. Me susurró en la nuca.

—Tituba, ¿ya no quieres saber nada de mí?

Ahí estaba la desdicha. Quería a aquel hombre como no había querido nunca antes a nada ni a nadie. Deseaba su amor como jamás había deseado amor alguno. Incluso el de mi madre. Quería que me tocara, quería que me acariciara. Sólo esperaba el momento en que me tomara y las válvulas de mi cuerpo se abrieran liberando los ríos del placer.

Continuó bisbiseando contra mi piel:

—¿No quieres vivir conmigo desde que los estúpidos gallos se alborotan en el corral hasta que el sol se ahoga en el mar y empiezan las horas más ardientes?

Tuve la fuerza de levantarme.

—Me pides una cosa muy seria. Déjame meditar durante ocho días. Te traeré aquí

mismo la respuesta.

Recogió con furia su sombrero de paja. ¿Qué tenía John Indien para transformarme de aquella manera? No muy alto, de estatura media, alrededor de un metro setenta, no muy fuerte, ni feo ni guapo. Tengo que confesar que al formularme esta pregunta era descaradamente hipócrita. Sabía muy bien dónde residía su principal atractivo y no me atrevía a mirar, más abajo de la cuerdecita de yute que sostenía su pantalón konoko^[3] de tela blanca, el monumental promontorio de su sexo.

Dije:

—Hasta el domingo, entonces.

En cuanto llegué a casa llamé a Man Yaya que se apresuró a escucharme y apareció con el rostro ceñudo.

—¿Qué más quieres ahora? ¿No estás satisfecha? Te acaba de proponer que te unas a él...

Murmuré en voz baja:

—Ya sabes que no quiero volver al mundo de los blancos.

—Tendrás que pasar por ello.

—¿Por qué?

Casi grité:

—¿Por qué? ¿No puedo traérmelo aquí? ¿Quiere decir esto que tus poderes son limitados?

No se enfadó y me miró con tierna conmiseración.

—Te lo he dicho siempre. El universo tiene unas reglas que no puedo cambiar de arriba a abajo. Si no, destruiría este mundo y reconstruiría otro en el que nuestra gente sería libre. Libre para someter a su vez a los blancos. Por desgracia, no está en mi mano.

No encontré argumentos para replicar y Man Yaya desapareció como había surgido, dejando tras ella aquel perfume de eucalipto que distingue el paso de un invisible.

Una vez a solas encendí el fuego entre cuatro piedras, coloqué sobre él la olla de barro y eché en el agua un pimiento y un pedazo de cerdo para hacerme un guiso. Sin embargo no tenía ganas de alimentarme.

Mi madre había sido violada por un blanco. Había sido ahorcada a causa de otro blanco. Vi su lengua colgando entre sus labios como un pene turgente y violáceo. Mi padre adoptivo se había suicidado por culpa de un blanco. A pesar de todo esto yo me planteaba el volver a vivir entre ellos, en su seno, bajo su férula. Y todo por el deseo desenfrenado hacia un mortal. ¿No era una locura? ¿Locura y traición?

Luché contra mí misma aquella noche y durante siete días y siete noches. Finalmente me confesé vencida. No deseo a nadie los tormentos que sufrí. Remordimientos. Vergüenza de mí misma, terror, pánico.

Al domingo siguiente amontoné en una cesta caribeña algunos vestidos de mi madre y tres enaguas. Cerré con una tranca la puerta de mi choza. Dejé a los animales

en libertad. Las gallinas y las pintadas que me habían alimentado con sus huevos. La vaca que me había dado su leche. El cerdo que cebaba hacía un año y que nunca tuve el valor de matar.

Murmuré una interminable oración a la intención de los residentes de aquel lugar que abandonaba.

Después tomé el camino de Carlisle Bay.

3

Susana Endicott era una mujercita de unos cincuenta años con el cabello entrecano peinado con raya en medio y recogido en un moño tan apretado que le estiraba la piel de la frente y de las sienes. En sus ojos azules como el mar pude leer toda la repulsión que yo le inspiraba. Me miraba fijamente como a un objeto repugnante.

—Tituba. ¿De dónde proviene ese extraño nombre?

Respondí fríamente:

—Me lo puso mi padre.

Enrojeció hasta las raíces:

—Baja los ojos cuando me hables.

Obedecí por amor a John Indien. Continuó:

—¿Eres cristiana?

John Indien se apresuró a intervenir:

—Voy a enseñarle las plegarias, ama. Y voy a hablar con el cura de la parroquia de Bridgetown para que reciba el sagrado bautismo en cuanto sea posible...

Susana me observó de nuevo.

—Limpiarás la casa. Una vez por semana fregarás el suelo. Lavarás la ropa y la plancharás. Pero no te ocuparás de la comida. Guisaré yo misma porque no soporto que vosotros los negros toquéis mis alimentos con vuestras palmas de las manos descoloridas y cerúleas.

Observé las palmas de mis manos grises y rosadas como una concha marina.

Mientras John Indien celebraba aquellas frases con grandes risotadas, yo permanecía estupefacta. Nadie me había hablado nunca ni humillado de esta manera.

—Ahora, marchaos.

John se puso a dar pequeños brincos y añadió en un tono quejumbroso, mimoso y humilde al mismo tiempo, como el de un niño que pide un favor:

—Ama, cuando un negro se decide a tomar mujer ¿no merece dos días de descanso? ¿Verdad que sí, ama?

Susana Endicott escupió y ahora sus ojos tenían el color del mar en un día ventoso.

—¡Menuda mujer has escogido! Quiera el cielo que no te arrepientas.

John volvió a reírse exclamando entre carcajadas:

—¡Quiéralo el cielo! ¡Quiéralo el cielo!

Susana Endicott pareció dulcificarse de repente.

—Lárgate y comparece ante mí el martes.

John insistió de la misma forma cómica y caricaturesca:

—¡Dos días, ama! ¡Dos días!

Ella espetó:

—Bueno, has ganado. Como siempre conmigo. Reaparece el miércoles. Pero no olvides que es día de correo.

Respondió orgulloso:

—¿Lo he olvidado alguna vez?

Después se echó al suelo para coger su mano y besársela. En lugar de dejarse hacer, ella le cruzó la cara de un manotazo.

—Lárgate, negrito.

La sangre hervía en el interior de mi cuerpo. John Indien, que sabía lo que yo estaba experimentando, se apresuró a sacarme de allí pero la voz de Susana nos detuvo en seco.

—Y pues, Tituba, ¿no me das las gracias?

John me apretó la mano hasta triturarme los dedos. Logré articular:

—Gracias, ama.

Susana Endicott era la viuda de un rico plantador, uno de los que había aprendido de los holandeses, antes que nadie, el arte de extraer azúcar de la caña. A la muerte de su marido había vendido la plantación y liberado a todos su esclavos ya que, por una paradoja que no comprendo, odiaba a los negros pero se había opuesto ferozmente a la esclavitud. Únicamente había conservado a su lado a John Indien, a quien había visto nacer. Su hermosa y amplia mansión de Carlisle Bay se extendía en medio de un parque lleno de árboles en el fondo del cual se alzaba, bastante rozagante por cierto, la choza de John Indien. Estaba hecha de encañados que John había encalado y adornado con una pequeña veranda entre cuyos pilares se mecía una hamaca.

John Indien cerró la puerta con un pestillo de madera y me tomó en sus brazos murmurando:

—El deber de un esclavo es sobrevivir. ¿Me oyes? Es sobrevivir.

Estas palabras me recordaron a Man Yaya y las lágrimas corrieron por mis mejillas. John Indien las sorbió una a una siguiendo sus gotas saladas hasta el interior de mi boca. Hipé. El dolor y la vergüenza que sentía por su comportamiento delante de Susana Endicott no desaparecieron sino que se convirtieron en una especie de rabia que estimuló mi deseo hacia él. Le mordí salvajemente en la base del cuello. Estalló su risa sonora y exclamó:

—Ven, potranca, te voy a domar.

Me levantó del suelo y me llevó a la habitación presidida por una cama de baldaquín cual inesperada y barroca fortaleza. Encontrarme en aquella cama, regalada sin duda alguna por Susana Endicott, desató mi furia y nuestros primeros momentos de amor fueron de verdadera lucha.

Yo espera mucho de aquellas primeras horas. Quedé satisfecha.

Cuando, rota de fatiga, me volví de lado buscando el sueño, oí un suspiro amargo. Se trataba sin duda de mi madre pero me negué a comunicarme con ella.

Aquellos dos días fueron gloriosos. John Indien, ni autoritario ni rezongón, estaba acostumbrado a hacérselo todo él mismo y me trató como a una diosa. Él fue quien amasó el pan de maíz, quien preparó el guisado, quien cortó a rodajas los aguacates, las guayabas de rosada carne y las papayas con ligero sabor a podredumbre. Me trajo

a la cama un bol y una cuchara que había tallado y decorado con motivos triangulares. Se convirtió en narrador, pavoneándose en medio de un escenario imaginario.

—¡Pom, pom, madera seca! ¿La corte está durmiendo?

Deslizó mis cabellos y los peinó a su manera. Untó mi cuerpo de aceite de coco perfumado con Ylang-Ylang^[4].

Pero aquellos dos días no duraron más que dos días. Ni una hora más. El miércoles por la mañana Susana Endicott tamborileó en la puerta y oímos su voz de arpía.

—John Indien, ¿recuerdas que hoy es día de correo? ¿Estás ahí calentando a tu mujer?

John saltó del lecho.

Yo me vestí más lentamente. Cuando llegué a la quinta, Susana Endicott estaba desayunando en la cocina. Un tazón de sémola y una rebanada de pan moreno. Señaló hacia un objeto circular en la pared y preguntó:

—¿Sabes leer la hora?

—¿La hora?

—Sí, miserable. Esto es un reloj. Y debes empezar tu trabajo cada mañana a las seis en punto.

Después me señaló un cubo, una escoba y un cepillo de fregar.

—¡A trabajar!

La casa constaba de doce estancias además de un desván en el que se amontonaban unas maletas de cuero que contenían los trajes del difunto Joseph Endicott. Aparentemente a aquel hombre le había gustado la ropa buena.

Cuando, vacilando de agotamiento y con el vestido manchado y húmedo, bajé las escaleras, Susana Endicott tomaba el té con sus amigas, media docena de mujeres iguales a ella, con la piel de color leche agria, los cabellos estirados hacia atrás y los extremos de sus chales atados a la cintura. Me observaron espantadas con sus ojos multicolores.

—¿De dónde sale?

Susana Endicott dijo en un tono de solemnidad paródica.

—Es la compañera de John Indien.

Las mujeres se exclamaron al unísono y una de ellas protestó.

—¡Bajo tu techo! En mi opinión, Susana Endicott, le das demasiada libertad a ese muchacho. ¡Olvidas que es un negro!

Susana Endicott se encogió de hombros con aire de indulgencia.

—Bueno prefiero que tenga lo que desea en casa antes de que corra por ahí y se debilite derramando su semen.

—¿Es cristiana por lo menos?

—John Indien le va a enseñar a rezar.

—¿Y vas a casarlos?

Lo que me asombraba y me indignaba no eran tanto sus opiniones como la manera de expresarlas. Parecía que yo no estuviera presente, de pie, en el umbral de la habitación. Hablaban de mí, pero al mismo tiempo me ignoraban. Me tachaban del mapa de los humanos. No existía. Era un ser invisible. Más invisible que los invisibles, ya que ellos, por lo menos, poseen sin lugar a dudas un poder. Tituba no tenía más realidad que la que quisieran concederle aquellas mujeres.

Era atroz.

Tituba se tornaba fea, grosera, inferior, porque ellas así lo habían decidido. Salí al jardín y escuché observaciones que demostraban hasta que punto, simulando ignorarme, me habían escudriñado.

—Tiene una mirada que le revuelve a uno la sangre.

—Y ojos de bruja. Susana Endicott, sé prudente.

Regresé a mi cabaña y abrumada me senté en la galería.

Al cabo de un momento escuché un suspiro. Era de nuevo mi madre. Esta vez me volví hacia ella y dije con ferocidad.

—¿No conociste quizás el amor cuando estabas en este mundo?

Sacudió la cabeza.

—A mi no me degradó. Al contrario. El amor de Yao me devolvió el respeto y la fe en mí misma.

Con eso, se aposentó tristemente al pie de un arbusto de rosas de Cayena. Permanecí inmóvil. Sólo me quedaba realizar unos pocos gestos. Levantarme, coger mi ligero fardo de ropa, cerrar la puerta a mi espalda y retomar el camino de río Ormonde. Por desgracia, me estaba prohibido.

Los esclavos, que bajaban a hornadas conducidos por los negreros y de los que toda la sociedad de Bridgetown reunida para contemplarlos se mofaba a coro, eran más libres que yo a pesar de las sonrisas sardónicas que provocaban sus andares, sus rasgos, su talante.

Ellos no habían elegido sus cadenas. No se habían encaminado por su propia voluntad hacia el mar suntuoso y embravecido para librarse a los traficantes y ofrecer sus espaldas al hierro del marcaje.

Y era lo que yo había hecho.

—Creo en Dios Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra y en Jesucristo, su único Hijo Nuestro Señor...

Sacudí frenéticamente la cabeza.

—John Indien, ¡no puedo repetir esto!

—Repíte, amor mío. Lo que cuenta para el esclavo es sobrevivir. Repíte, mi reina. ¿Te imaginas quizá que yo creo en la historia de la Santa Trinidad? ¿Un solo Dios en tres personas distintas? Pero no tiene importancia. Basta con hacerlo ver. ¡Repíte!

—No puedo.

—Repíte, mi amor, mi potranca de frondosas crines. Lo importante es que estemos los dos en esta gran cama que es como una balsa sobre el río, ¿no crees?

—No lo sé, ya no sé nada.

—Te lo aseguro mi amor, mi reina, que sólo esto cuenta. Anda, repite conmigo.

John Indien me forzó a juntar las manos y a repetir sus palabras.

«Creo en Dios, padre Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra...».

Pero estas palabras no significaban nada para mí. No tenían nada en común con lo que Man Yaya me había enseñado.

Al no confiar demasiado en la seriedad de John Indien, Susana Endicott decidió tomarme ella misma las lecciones de catecismo y explicarme las frases de su santo libro. Cada tarde a las cuatro me esperaba con las manos cruzadas sobre un espeso volumen encuadernado en piel que abría después de santiguarse y recitar una corta plegaria. Yo permanecía ante ella esforzándome en articular alguna frase.

No sabría explicar el efecto que aquella mujer me producía. Me paralizaba, me aterrorizaba.

Bajo su mirada de agua marina perdía el dominio de todas mis facultades. No era más que lo que ella quería que fuera. Una mujer alta y desgarbada con un color de piel repugnante. Por mucho que pidiera socorro a los que me querían, no me podían auxiliar. Cuando estaba lejos de Susana Endicott me reñía a mí misma, me hacía reproches y me juraba plantarle cara en nuestra siguiente entrevista. Imaginaba incluso las insolentes, irónicas y victoriosas respuestas que obtendrían sus preguntas. ¡Pero no! Bastaba encontrarme ante ella para que todo mi orgullo se derrumbara.

Aquel día empujé la puerta de la cocina en donde me impartía sus clases e inmediatamente su mirada tranquila me advirtió que tenía en su poder un arma temible de la que no tardaría en servirse. Sin embargo la lección comenzó como siempre. Inicé llena de valentía:

—Creo en Dios padre Todopoderoso, creador...

No me interrumpió.

Me dejó balbucear, tartamudear, tropezar con las sílabas escurridizas del inglés. Cuando terminé mi recitado me detuve jadeando como si hubiera trepado por un cerro. Entonces me dijo:

—¿Eres la hija de aquella Abena que mató a un plantador?

Protesté

—Ella no le mató, ama. Sólo le hirió levemente.

Susana Endicott sonrió dándome a entender que estas argucias eran de poco peso y continuó:

—¿No has sido educada por una negra nago, bruja de su estado, que se llamaba Man Yaya?

Tartamudeé:

—¿Bruja? ¿Bruja? ¡Sanaba y curaba!

Su sonrisa se agudizó y sus labios finos y descoloridos susurraron:

—¿Está John Indien al corriente de todo esto?

Logré replicar:

—¿Hay algo que esconder en toda esta historia?

Bajó los ojos hacia su libro. En aquel momento entró John Indien acarreando leña para la cocina y me vio tan descompuesta que comprendió que algo temible iba a suceder. Por desgracia no pude hablar con él hasta varias horas más tarde.

—¡Lo sabe! ¡Sabe quién soy!

Su cuerpo se volvió rígido y glacial como el de un cadáver. Murmuró:

—¿Qué ha dicho?

Se lo expliqué todo y suspiró desesperado.

—No hace ni un año que el gobernador Dutton mandó quemar en la plaza de Bridgetown a dos esclavas acusadas de haber tenido tratos con Satanás, porque para los blancos esto es lo que quiere decir bruja...

Protesté:

—¡Con Satanás! Antes de poner el pie en esta casa ignoraba esa palabra.

Dijo amargamente:

—Házselo creer al Tribunal.

—¿Al Tribunal?

El terror de John Indien era tal que podía oír los latidos de su corazón desbocado. Le conminé nerviosa:

—¡Explícate!

—¡No conoces a los blancos! Si ella logra hacerles creer que eres una bruja montarán una hoguera y te quemarán en ella.

Aquella noche, por primera vez desde que vivíamos juntos, John Indien no me hizo el amor. Yo me retorció ardiente junto a él buscando con la mano el objeto que tantas delicias me había procurado. Pero me rechazó.

La noche transcurría.

Escuché los aullidos del viento sobrevolando las palmeras. Oí los ladridos de los perros adiestrados para husmear a los negros vagabundos. Oí el canto de los gallos anunciando el día. Entonces John Indien se levantó sin pronunciar una palabra y se vistió cubriendo con sus pobres ropas el cuerpo que aquella noche me había negado. Estallé en sollozos.

Cuando entré en la cocina para comenzar mis odiosas tareas matinales, Susana Endicott mantenía una animada conversación con Betsy Ingersoll, la mujer del pastor. Hablaban de mí, lo sabía. Sus cabezas se tocaban bajo el vaho que surgía de sus cuencos de sémola de trigo. John Indien tenía razón. Se estaba tramando una conspiración.

En el Tribunal la palabra de un esclavo, así como la de un negro libre, no contaba. Por mucho que nos esforzáramos en desgañitarnos clamando que yo ignoraba quién era Satanás, nadie nos haría el mínimo caso.

En aquel momento tomé la decisión de protegerme sin más tardanza. Salí al pleno calor de las tres de la tarde, pero no sentí los rayos ardientes del sol. Bajé hasta el terrenito situado debajo de la choza de John Indien y me sumí en mis plegarias. No

había sitio en este mundo para Susana Endicott y para mí. Una de las dos sobraba y no era yo.

—He pasado la noche llamándote. ¿Por qué has llegado tan tarde?

—Estaba en el otro confín de la isla consolando a una esclava cuyo compañero ha muerto torturado. Lo han flagelado. Han vertido pimienta sobre sus llagas y además le han arrancado el sexo.

Este relato, que en otros tiempos me hubiera indignado, me dejó indiferente. Seguí hablando con pasión.

—Quiero que muera a fuego lento entre los sufrimientos más horribles y sabiendo que yo soy su verdugo.

Man Yaya sacudió la cabeza.

—No te dejes llevar por el espíritu de venganza. Utiliza tu arte para servir a los tuyos y aliviarles.

Protesté:

—¡Pero ella me ha declarado la guerra! ¡Me quiere quitar a John Indien!

Man Yaya rió con tristeza.

—Lo perderás de todas formas.

Balbuceé:

—¿Cómo es eso?

No contestó, como si nada quisiera añadir a lo que había afirmado. Mi madre, que asistía a la conversación, viéndome tan trastornada dijo a media voz:

—¡Verdaderamente sería una pérdida lamentable! Ese negro te va a dar muchos disgustos.

Man Yaya le lanzó una mirada de reproche y se calló. Prefería ignorar aquellas palabras y me volví hacia Man Yaya preguntándole sólo a ella:

—¿Quieres ayudarme?

Mi madre habló de nuevo.

—¡Aire y descaro! Este negro no es más que aire y descaro.

Finalmente Man Yaya se encogió de hombros.

—¿Y qué quieres que haga por ti? ¿No te he enseñado todo lo que te podía enseñar? Además, pronto no podré hacer nada más por ti.

Me resigné a mirar cara la verdad y pregunté:

—¿Qué quieres decir?

—¡Estaré tan lejos! ¡Me hará falta tiempo para franquear el agua! ¡Y además será tan difícil!

—¿Por qué tendrás que franquear el agua?

Mi madre se deshizo en llantos. Sorprendentemente. Aquella mujer que mientras vivía me había tratado con tan poca ternura se convertía en el más allá, en una protectora casi abusiva. Algo exasperada le volví la espalda con resolución y repetí:

—Man Yaya, ¿por qué hará falta que franquees el agua para venir a verme?

Man Yaya no contestó y comprendí que, a pesar de su afecto hacia mí, mi

condición de mortal la obligaba a una cierta reserva.

Acepté aquel silencio y retorné a mis preocupaciones anteriores.

—¡Quiero que Susana Endicott muera!

Mi madre y Man Yaya se levantaron al unísono y la segunda dijo con un cierto cansancio:

—Aunque muera, tu destino se cumplirá. Y habrás viciado tu corazón. Te habrás vuelto igual a ellos que no saben más que matar y destruir. Atácala únicamente con una enfermedad incomoda, humillante.

Las dos formas se alejaron y permanecí sola meditando sobre la conducta a seguir. ¿Una enfermedad incomoda y humillante? ¿Cuál escoger? Cuando el crepúsculo me trajo de regreso a John Indien, no había llegado todavía a ninguna conclusión. Mi hombre parecía curado de sus terrores e incluso me traía una sorpresa: una cinta de terciopelo morado comprada a un comerciante inglés que él mismo prendió en mis cabellos. Me acordé de las frases negativas de Man Yaya y de Abena, mi madre, hacia él y quise asegurarme.

—John Indien, ¿me quieres?

Contestó dulzón:

—Más que a mi vida. Más que a ese Dios con el que Susana Endicott nos calienta las orejas. Pero también te temo...

—¿Por qué me temes?

—Porque sé que eres violenta. A menudo te veo como un ciclón devastando la isla, derribando los cocoteros y alzando hasta el cielo una oleada de gris plomizo.

—¡Cállate! ¡Hazme el amor!

Dos días más tarde Susana Endicott fue presa de un violento calambre mientras servía el té a la mujer del pastor. Ésta tuvo apenas tiempo de salir al umbral de la puerta para llamar a John Indien que cortaba leña cuando ya un chorro fétido corría a lo largo de los muslos de la matrona y formaba un charco espumoso en el suelo.

Llamaron al doctor Fox, hombre de ciencia que había estudiado en Oxford y publicado un libro, *Wonders of the Invisible World*. El doctor en cuestión no fue elegido al azar. La enfermedad de Susana Endicott era demasiado repentina para no despertar sospechas. Todavía la víspera, con el chal apretado alrededor de su cintura rígida y con los cabellos cubiertos con una toca, enseñaba el catecismo a los niños. Todavía la víspera marcaba con una cruz azul los huevos que John Indien tenía que vender en el mercado. Quizá, también era posible, había dado parte a su alrededor de las sospechas que yo le infundía. La cuestión es que Fox acudió a examinarla de pies a cabeza. Si éste se sintió asqueado por el espantoso hedor que surgía de entre las sabanas no lo manifestó en absoluto y permaneció cerca de tres horas encerrado con ella. Cuando le oí murmurar con el pastor y con algunos fieles:

—No he encontrado ninguna parte secreta de su cuerpo, pezones, grandes o

pequeños, de los que el demonio hubiera chupado. Tampoco he encontrado ninguna mancha roja o azul parecida a una picadura de pulga. Ni siquiera algunas manchas insensibles que una vez hurgadas ya no sangrasen. Así es que no puedo aportar ninguna prueba concluyente.

¡Cómo me hubiera gustado asistir al derrumbamiento de mi enemiga, mugriento bebé envuelto en sucios pañales! Pero su puerta sólo se abría para dejar pasar de puntillas a alguna de sus fieles amigas, bajando o subiendo una bandeja o un orinal.

Dice el refrán: «Cuando el gato no está, los ratones bailan».

El sábado siguiente al encantamiento de Susana Endicott, John Indien dio un baile. Yo sabía que no era como yo, una criatura triste criada con la única compañía de una anciana, pero no me imaginaba que tuviese tantos amigos.

Vinieron de todas partes, incluso de las lejanas provincias de Saint-Lucy y Saint-Philipp. Un esclavo anduvo durante dos días para llegar desde Coblers Rock.

La alta *chabine* vestida de madrás formaba parte de los visitantes. Se limitó a echarme una mirada encendida de rabia sin acercarse a mí, como si hubiera comprendido que tenía que reservarse para un mayor encontronazo. Uno de los hombres había birlado del almacén de su amo un pequeño tonel de ron que abrimos con un golpe de mazo. Después de que dos o tres cubiletes hubieran rodado de mano en mano, los ánimos empezaron a calentarse. Un congo semejante a una vara de leña nudosa saltó sobre una mesa y a gritos comenzó a proponer adivinanzas.

—Escuchadme, negros. Escuchadme, bien. No soy ni rey ni reina y sin embargo hago temblar al mundo.

La asistencia se reía a carcajadas.

—¡Ron, ron!

—Aun siendo muy pequeño alumbro una choza.

—¡Vela, vela!

—He enviado a Matilda a por el pan. El pan ha llegado antes que Matilda.

—¡Coco, coco!

Estaba aterrorizada y poco acostumbrada a estos excesos ruidosos. Me sentía asqueada por aquella promiscuidad. John Indien me tomó del brazo.

—No pongas esta cara, sino mis amigos dirán que te haces la orgullosa. Dirán que tu piel es negra pero que por encima llevas una máscara blanca...

Susurré:

—No se trata de esto. ¿Y si alguien oye vuestro jaleo y viene a ver lo que pasa?

Rió.

—¡Qué importa! Ya se espera que los negros se emborrachen y bailen y estén de francachela en cuanto sus amos han vuelto la espalda. Realizamos a la perfección nuestro papel de negros.

Esto no me divirtió y él, sin prestarme mayor atención, dio una vuelta en redondo y se lanzó a bailar con ímpetu una mazurca.

La principal atracción de la fiesta tuvo lugar cuando los esclavos se deslizaron

hacia el interior de la casa donde Susana Endicott se recocía en su orina y regresaron con una serie de ropas pertenecientes a su difunto marido. Se las pusieron imitando los modos solemnes y pomposos de los hombres de su categoría. Uno de ellos se anudó un pañuelo alrededor del cuello y fingió ser pastor. Simuló abrir un libro, lo hojeó y se puso a recitar en tono de plegaría una letanía de obscenidades. Todo el mundo se reía a carcajadas y John Indien el primero. Después el hombre saltó sobre un tonel e hinchó la voz:

—Voy a casaros, Tituba y John Indien. Quién conozca algún impedimento a esta unión que dé un paso adelante y hable.

La alta *chabine* vestida de madrás se adelantó y levantó la mano.

—Yo sé de uno. John Indien me ha hecho dos bastardos tan parecidos a él como dos medios peniques entre sí. Me había prometido casarse conmigo.

La farsa podía haberse puesto al rojo vivo. No pasó nada. Bajo una nueva tempestad de risotadas, el improvisado pastor declaró con aires de profunda inspiración.

—En África, de donde venimos todos, cada uno tiene derecho al número de mujeres que sus brazos puedan abarcar. Vete en paz, John Indien, y vive con tus dos negras.

Todo el mundo aplaudió y alguien nos empujó a la *chabine* y a mí contra el pecho de John Indien que nos cubrió de besos a ambas. Yo fingí reírme pero debo decir que me hervía la sangre en el cuerpo. La *chabine* voló en brazos de otro bailarín diciéndome:

—Los hombres, querida, están hechos para ser compartidos.

Me negué a contestarle y salí a la veranda.

La bacanal duró hasta la madrugada. Cosa rara, nadie vino a imponernos silencio.

Dos días más tarde, Susana Endicott nos mandó llamar a John Indien y a mí. Estaba sentada en la cama con la espalda apoyada contra las almohadas. Su tez era ya tan amarilla como su orina y su rostro estaba demacrado pero sereno. La ventana estaba abierta en atención al olfato de los visitantes y el olor purificador del mar ahogaba todos los vapores fétidos. Me miró cara a cara y no pude, una vez más, aguantarle la mirada. Me habló insistiendo en cada sílaba:

—Tituba, sé que el estado en el que me encuentro se debe a tu sortilegio. Eres hábil, lo suficientemente hábil para engañar a Fox y a todos los que aprenden su ciencia en libros. Pero a mí no me puedes engañar. Quisiera decirte que hoy triunfas. Sea. Sólo que el mañana me pertenece y me vengaré, ¡ay, me vengaré de ti!

John Indien empezó a protestar, pero no le prestó atención alguna. Volviéndose hacia la pared dio por terminada la conversación.

Al comienzo de la tarde vino a verla un hombre al que yo nunca había encontrado por las calles de Bridgetown ni, a decir verdad, en ningún otro lugar. Alto, muy alto, vestido de negro de pies a cabeza, la piel blanca, yesosa. Cuando se disponía a subir la escalera sus ojos se fijaron en mí, de pie, a media luz, con la escoba y un cubo que

estuve a punto de volcar. Ya he hablado mucho sobre la mirada de Susana Endicott. ¡Pero aquélla! Imagínense unas pupilas verdosas y frías, astutas y retorcidas, creando el mal porque lo veían por todas partes. Era como encontrarse frente a una serpiente o algún reptil maléfico, maligno. En seguida me convencí de que aquel Demonio con el que nos calentaban las orejas debía de escrutar de arriba a abajo a los individuos que deseaba extraviar y luego perder. Exactamente igual que este hombre.

Habló y su voz era como su mirada, fría y penetrante.

—Negra, ¿por qué me miras así?

Salí corriendo.

Después, en cuanto tuve fuerzas, me acerqué a John Indien que afilaba cuchillos baja la veranda canturreando. Me apreté contra él y finalmente tartamudeé:

—John Indien, acabo de encontrarme con Satanás.

Se encogió de hombros.

—¡Vaya, ahora hablas como una cristiana!

Luego, reparando en mi turbación, me atrajo hacia él y dijo con ternura:

—Satanás no es aficionado al día y no lo verás andando a la luz del sol. Prefiere la noche...

Viví las horas siguientes llena de angustia.

Por primera vez maldije mi impotencia, pues faltaba mucho para que mi arte fuera completo, perfecto. Man Yaya había abandonado demasiado pronto la tierra de los hombres para tener ocasión de iniciarme a un tercer grado de conocimiento, el más elevado, el más complejo.

Podía comunicar con las fuerzas de lo invisible y, con su apoyo, modificar el presente, pero no sabía descifrar los signos del futuro. Para mí éste era como un astro circular cubierto de árboles frondosos cuyos troncos se enmarañaban hasta el punto de que ni el aire ni la luz podían circular libremente entre ellos.

Lo sentía. Me amenazaban terribles peligros pero era incapaz de nombrarlos y sabía que ni Abena, mi madre, ni Man Yaya podían intervenir para alumbrarme.

Aquella noche hubo un ciclón.

Lo oí venir de lejos, oí como ganaba fuerza y vigor. La ceiba del jardín intento resistir pero hacia la medianoche renunció dejando caer sus ramas más altas con un terrible estruendo. En cuanto a los bananos, se tumbaron dócilmente y por la mañana el espectáculo era de una desolación poco común.

Aquel desorden natural volvía todavía más terroríficas las amenazas proferidas por Susana Endicott. ¿No debería yo intentar deshacer lo que había hecho, quizás un poco apresuradamente, y curar a una matrona que demostraba ser tan tenaz?

Con la muerte en el alma comparecí ante la arpía. Su sonrisa astuta que alargaba su boca incolora no presagiaba nada bueno. Empezó:

—Mi muerte se acerca...

John Indien creyó oportuno prorrumpir en ruidosos sollozos, pero ella continuó sin prestarle atención:

—El deber de un amo en un caso semejante es pensar en el porvenir de los que Dios le ha encomendado: me refiero a sus hijos y a sus esclavos. No he conocido la alegría de ser madre. Pero para vosotros, mis esclavos, he encontrado un amo nuevo.

John Indien tartamudeó:

—¿Un nuevo amo, ama?

—Sí, es un hombre de Dios que se preocupará de vuestras almas. Es un ministro llamado Samuel Parris. Había intentado comerciar en estas tierras pero sus asuntos no funcionaron, por lo cual se va a Boston.

—¿A Boston, ama?

—Sí, está en las colonias de América. Preparaos a seguirle.

John Indien estaba asustado. Pertenece a Susana Endicott desde su infancia. Ella le había enseñado a leer sus oraciones, a firmar con su nombre. Estaba convencido de que un día u otro le hablaría de su liberación. Pero de repente, en vez de todo esto, le anunciaba su venta. ¿Y a quién, Señor? A un desconocido que iba a cruzar el mar para buscar fortuna en América... ¿En América? ¿Quién había estado alguna vez en América?

En cuanto a mí, comprendí inmediatamente el horrible cálculo de Susana Endicott. Estaba todo enfocado hacia mí, hacia mí sola. A mí me separaba de mi tierra natal, de los que me querían y cuya compañía me era necesaria. Sabía muy bien lo que yo podía replicar, y no ignoraba la parada que podía utilizar. Sí, podía exclamar:

«¡No, Susana Endicott! Soy la compañera de John Indien pero usted no me ha comprado. No posee ningún título de propiedad que me enumere junto con sus sillas, sus cómodas, su cama y sus edredones, por lo cual no puede venderme y el caballero de Boston no se apoderará de mis tesoros».

Sí, pero hablando de esta manera me separaría de John Indien. Susana Endicott era una experta en crueldad, mas ¿cuál de nosotras dos era más temible? Después de todo la enfermedad y la muerte están inscritas en la existencia humana y quizá yo sólo había precipitado su irrupción en la vida de Susana Endicott. ¿Y ella? ¿Qué hacía con la mía?

John Indien se hincó de rodillas y dio a cuatro patas la vuelta a la cama. Todo fue en vano. Susana Endicott permaneció inflexible bajo el baldaquino cuyas cortinas separadas formaban como un cuadro con repliegues de terciopelo.

Bajamos la escalera llenos de congoja.

En la cocina, delante del hogar donde cocía a fuego lento una sopa de verduras, el pastor conversaba con un hombre. Éste se volvió al oír nuestros pasos y reconoció, ante el silencio terrorífico de todo mi cuerpo, al desconocido que tanto me había asustado la víspera. Me invadió un horrible presentimiento y sus palabras pronunciadas con voz monótona y pese a todo cortante como un hacha, sin inflexión pero cargadas de una violencia asesina, vinieron a confirmármelo.

—¡De rodillas, escoria del infierno! Soy vuestro nuevo amo. Me llamo Samuel

Parris. Mañana en cuanto el sol abra sus ojos zarparemos a bordo del bergantín *Blessing*. Mi mujer, mi hija Betsey y Abigail, la pobre sobrina de mi mujer que hemos recogido a la muerte de sus padres, están ya a bordo.

5

El nuevo amo me hizo arrodillar sobre el puente del bergantín entre las cuerdas, los toneles y los marineros burlones e hizo correr un hilo de agua helada sobre mi frente. Después me ordenó levantarme y le seguí hacia la popa del navío donde se encontraba John Indien. Nos obligo a arrodillarnos uno junto al otro. Avanzó hacia nosotros y fuimos cubiertos por su sombra que oscureció la luz del sol.

—John y Tituba Indien, os declaro unidos por los sagrados vínculos del matrimonio para vivir en paz hasta que la muerte os separe.

John Indien tartamudeó:

—¡Amén!

En cuanto a mí no pude pronunciar ni una palabra. Mis labios estaban soldados uno al otro. A pesar del calor asfixiante sentía frío.

Un sudor helado chorreaba entre mis omóplatos como si fuera presa de la malaria, del cólera o del tifus. No me atrevía a mirar hacia Samuel Parris pues el terror que me infundía era inmenso. A nuestro alrededor el mar era de un azul muy vivo y la línea ininterrumpida de la costa mostraba un tono verde oscuro.

No tardé en darme cuenta de que alguien compartía el espanto y la repugnancia que me inspiraba Samuel Parris: su mujer Elizabeth.

Era una joven de extraña belleza cuyos hermosos cabellos rubios disimulados bajo una severa toca no dejaban de relucir por ello como un halo luminoso alrededor de su cabeza. Iba envuelta en mantas y chales como si temblara a pesar de la atmósfera tibia y viciada del camarote. Me sonrió y, con una voz tan agradable como el agua del río Ormonde, me dijo:

—¿Eres tú, Tituba? ¡Qué cruel debe ser para ti estar separada de los tuyos! De tu padre, de tu madre, de tu pueblo...

Aquella compasión me sorprendió. Hablé con dulzura:

—Por suerte tengo a John Indien.

Su delicado rostro se contrajo.

—¡Bienaventurada si crees que tu marido puede ser un compañero amable y si el contacto de su mano no te produce un escalofrío a lo largo de la espalda!

En aquel momento se interrumpió como si hubiera hablado demasiado.

La interrogué:

—Ama, no parece usted encontrarse bien. ¿Qué le ocurre?

Rió sin alegría.

—Más de veinte médicos se han sucedido junto a mi cabecera y no han podido encontrar la causa de mi enfermedad. Todo lo que sé es que mi existencia es un suplicio... Cuando estoy de pie la cabeza me da vueltas. Siento nauseas como si llevara un hijo en mis entrañas, y el cielo me ha concedido de la gracia de darme sólo uno. De vez en cuando unos dolores insoportables me recorren el vientre. Mis menstruaciones son un martirio y siempre tengo los pies como dos bloques de hielo.

Con un suspiro se recostó sobre la estrecha litera y se cubrió con la manta de áspera lana hasta el cuello. Me acerqué a ella y me hizo señal de sentarme a su lado murmurando:

—¡Qué bella eres, Tituba!

—¿Bella?

Pronuncié aquella palabra con incredulidad pues el espejo que me habían tendido Susana Endicott y Samuel Parris me había persuadido de lo contrario. Algo se desató en mí y exclamé movida por un impulso irresistible:

—Ama, ¡déjeme cuidarla!

Sonrió y me tomó las manos.

—Muchas antes que tú lo han intentado y no lo han logrado. Pero es verdad que tus manos son dulces. Dulces como dos flores cortadas.

Bromeé:

—¿Ha visto usted alguna vez flores negras?

Meditó un instante y luego contestó:

—No, pero si existieran serían como tus manos.

Puse la mano sobre su frente paradójicamente helada y húmeda de sudor. ¿Cuál era su mal? Creí adivinar que era el espíritu que arrastra al cuerpo como ocurre con la mayoría de los males de los hombres. En aquel momento la puerta se abrió de un brutal empujón y Samuel Parris entró. No sabría decir cuál de las dos, el ama o yo, estaba más confusa, más aterrorizada. La voz de Samuel Parris no se elevó en absoluto. La sangre no invadió su rostro de yeso. Dijo simplemente:

—Elizabeth, ¿estás loca? ¿Le permites a esa negra sentarse a tu lado? ¡Fuera, Tituba, y de prisa!

Obedecí.

El aire frío del puente actuó sobre mí como una reprimenda. ¿Cómo? ¿Iba a dejar que este hombre me tratara como una bestia sin decir nada? Cambiando de opinión me encaminaba ya hacia el camarote cuando me crucé con las miradas de dos chiquillas vestidas con largos trajes negros sobre los cuales contrastaban unos estrechos delantales blancos, y adornadas con unas tocas que no dejaban escapar ni una sola hebra de sus cabellos. No había visto nunca unas muchachas emperifolladas de aquella manera. Una era el vivo retrato de la pobre reclusa que acababa de dejar. Ella me interrogó:

—¿Eres tú Tituba?

Reconocí las graciosas entonaciones de su madre.

La otra niña, dos o tres años mayor que ella, me miraba fijamente con un aire insoportable de arrogancia.

Dije suavemente:

—¿Sois las niñas Parris?

Respondió la mayor de ambas.

—Ella es Betsey Parris, yo soy Abigail Williams, la sobrina del pastor.

No he tenido infancia. La sombra del cadalso de mi madre ha oscurecido todos los años que hubieran podido estar consagrados a la inconsciencia y a los juegos. Por razones seguramente muy distintas a las mías, sospechaba que Betsey Parris y Abigail Williams habían sido también privadas de su infancia, desposeídas para siempre de aquel capital de ligereza y de dulzura. Sospechaba que nunca les habían cantado nanas, explicado cuentos, llenado la imaginación de aventuras mágicas y bienhechoras. Sentí profunda piedad hacia ellas, sobre todo de Betsey, tan encantadora y tan indefensa. Le dije:

—Venga, la voy a meter en la cama. Parece estar muy cansada.

La otra chiquilla, Abigail, se interpuso vivamente:

—¿Qué estás diciendo? Aún no ha rezado sus oraciones. ¿Quieres que mi tío la azote?

Alcé los hombros y seguí mi camino.

John Indien estaba sentado en la parte trasera del puente en el centro de un círculo de marineros encandilados a los que explicaba algún cuento. Cosa extraña, John

Indien, que había llorado todas las lágrimas de su cuerpo cuando los contornos de nuestra querida Barbuda se habían borrado entre la bruma, ya se había consolado. Efectuaba mil pesadas tareas para los marineros y así se procuraba monedas con las que se mezclaba en sus juegos y bebía su ron. Ahora les enseñaba con voz afinada una vieja canción de esclavos:

*Mougué, e mougué eh:
Coq-là chanté cokiyo...*

¡Ay! ¡Qué frívolo era el hombre que mi cuerpo había escogido! Pero quizá no lo hubiera amado si hubiera estado hecho también de un triste tejido de luto como aquel con que a mí me fabricaron.

Cuando vio que me acercaba se apresuró a aproximarse a mí dejando plantado al coro de sus alumnos, que protestó ruidosamente. Me cogió los brazos y murmuró:

—¡Qué hombre más extraño es nuestro amo! Un comerciante frustrado que en el ocaso de su existencia recomienza su vida allí donde la había dejado...

Le interrumpí:

—No tengo ningunas ganas de escuchar cotilleos.

Dimos la vuelta al puente y nos resguardamos detrás de un rimero de troncos de azúcar de caña que navegaban hacia el puerto de Boston. La luna estaba alta, y ese tímido astro igualaba en claridad al sol. Me apreté contra John Indien y nuestras manos buscaban nuestros cuerpos cuando un paso firme estremeció el suelo de madera y los troncos. Era Samuel Parris. Al contemplar nuestra postura, un poco de sangre surcó sus pálidas mejillas y escupió como si se tratase de un veneno:

—Es cierto que el color vuestra piel es la señal de vuestra condenación, sin embargo mientras estéis bajo mi techo os comportaréis como cristianos. ¡Venid a rezar!

Obedecemos. Ama Parris y las dos niñas, Abigail y Betsey, estaban ya arrodilladas en uno de los camarotes. El amo permaneció de pie, levantó los ojos al techo y empezó a bramar. No comprendí gran cosa de aquel discurso a excepción de las palabras tantas veces escuchadas: pecado, mal, demonio, Satanás, Diablo... El momento más penoso fue el de la confesión. Cada uno tuvo que confesar en voz alta sus pecados del día y oí tartamudear a las pobres chiquillas:

—He mirado cómo bailaba John Indien en el puente.

—Me he quitado la toca y he dejado que el sol acariciase mis cabellos.

John Indien confesó a su manera habitual toda clase de payasadas y se zafó del asunto ya que el amo se limitó a decirle:

—¡El señor te perdona, John Indien! Vete y no peques más.

Cuando llegó mi turno me invadió una especie de rabia que no era otra cosa que la otra cara del terror que me inspiraba Samuel Parris y dije con voz firme:

—¿Por qué confesarme? Lo que pasa por mi cabeza y en mi corazón sólo a mí me

atañe.

Me pegó.

Su mano, seca y cortante, hirió mi boca que empezó a sangrar. A la vista del hilillo rojo, el ama Parris tomó fuerzas, se levantó y dijo con rabia.

—Samuel, no tienes derecho...

Le pegó a su vez. Ella también sangró. Aquella sangre selló nuestra alianza. De vez en cuando una tierra árida y desolada da una flor de suave colorido que embalsama e ilumina el paisaje a su alrededor. Sólo a esto puedo comparar la amistad que no tardó en unirme al ama Parris y a la pequeña Betsey. Juntas inventamos mil artimañas para encontrarnos en ausencia de aquel demonio que era el reverendo Parris. Yo peinaba sus largos cabello rubios que, una vez liberados de la sujeción de las trenzas y los moños, les caían hasta las rodillas. Frotaba, con un aceite cuyo secreto me había confiado Man Yaya, sus pieles malsanas y macilentas que poco a poco se doraban bajo mis manos.

Un día en que le estaba dando un masaje me atreví a preguntar al ama Parris:

—¿Qué opina su rígido esposo ante la transformación de su cuerpo?

Se echó a reír.

—Mi pobre Tituba, ¿cómo quieres que se dé cuenta?

Levanté los ojos al cielo.

—Pensaba que nadie mejor que él podría apercibirse.

Rió más fuerte.

—¡Si supieras! Me posee sin quitarse su ropa ni despojarme de la mía, acuciado por la prisa en acabar con este acto odioso.

Protesté:

—¿Odioso? Para mí es el acto más hermoso del mundo.

Rechazó mi mano mientras yo le explicaba:

—Sí, ¿no es que perpetúa la vida?

Sus ojos se llenaron de terror.

—¡Cállate, cállate! Es la herencia de Satanás en nosotros.

Parecía tan turbada que no insistí más. Generalmente mis conversaciones con el ama Parris no tomaban ese cariz. Se complacía con los cuentos que entusiasmaban a Betsey: los de la araña Anansa, los de los rehenes, los de los *soukougans*, el de la bestia de Man Hibé que caracolea sobre su caballo de tres patas. Me escuchaba con el mismo fervor que su hija. Sus hermosos ojos de color avellana estaban sembrados de estrellas de felicidad. Preguntaba:

—¿Puede llegar a hacerse Tituba? ¿Puede un ser humano abandonar su piel y pasearse en espíritu a leguas de distancia?

Yo afirmaba:

—Sí, se puede.

Insistía:

—Sin duda se necesita un mango de escoba para desplazarse.

Me reía a carcajada limpia.

—¡Qué idea tan tonta! ¿Qué quiere hacer con un mango de escoba?

Se quedó perpleja.

No me gustaba que la joven Abigail viniera a turbar mis entrevistas a solas con Betsey. Había algo en aquella niña que me infundía un profundo malestar. Su manera de escucharme, de mirarme como si yo fuera un objeto espantoso y sin embargo atractivo. De una manera autoritaria reclamaba precisiones sobre todo.

—¿Cuáles son las palabras que los espíritus o la gente prisionera deben pronunciar antes de abandonar su piel?

—¿¿Cómo se las arreglaban los *soukougans* para beber la sangre de sus víctimas?

Yo respondía con evasivas. En realidad temía que explicara estas conversaciones a su tío Samuel Parris y que la luz de placer que aportaban a nuestras vidas se apagara. Pero no dijo nunca nada. Tenía una extraordinaria facultad del disimulo. Jamás, después de las oraciones de la noche, hizo alusión alguna a lo que a los ojos de Parris hubiera aparecido como un pecado inexplicable. Se limitaba a confesar.

—He permanecido en el puente para que las olas me salpicara.

—He arrojado al mar la mitad de mi sémola.

Y Samuel Parris la absolvía.

—Vete, Abigail Williams, no peques más.

Poco a poco, por consideración a Betsey, la acepté en nuestra intimidad.

Una mañana, mientras servía al ama Parris un poco de té, que su estómago toleraba mejor que la sémola, me dijo suavemente:

—No cuentes todas estas historias a las niñas. Las hace soñar y los sueños no son buenos.

Me encogí de hombros.

—¿Por qué los sueños no han de ser buenos? ¿No son mejores que la realidad?

No contestó y permaneció largo rato silenciosa. Al cabo continuó:

—Tituba, ¿no crees que ser mujer es una maldición?

Me enfadé:

—Ama Parris, no habla usted más que de maldiciones. ¿Hay algo más hermoso que el cuerpo de una mujer? Sobre todo cuando el deseo de un hombre lo enloquece...

Gritó:

—¡Cállate, cállate!

Fue nuestra única disputa. Y no llegué a comprender la causa.

Una mañana llegamos a Boston.

Digo que era por la mañana y sin embargo el color del día no lo indicaba en absoluto. Un velo grisáceo caía del cielo y envolvía en sus pliegues el bosque de

mástiles de los barcos, los montones de mercancías apiladas en el muelle y la silueta masiva de los depósitos. Soplaba un viento helado y John Indien, como yo, tiritaba bajo las ropas de algodón. A pesar de sus chales ama Parris y las niñas hacían lo mismo. Sólo el amo permanecía con la cabeza erguida bajo su sombrero negro de ala ancha, igual a un espectro en la luz sucia y borrosa. Bajamos al muelle. John Indien sucumbía bajo el peso de los equipajes mientras Samuel Parris se dignaba ofrecer el brazo a su esposa. Yo tomé a las niñas de la mano.

Nunca hubiera imaginado que existiera una ciudad como Boston, poblada de casas tan altas, una muchedumbre tan numerosa pisoteando las calles empedradas y atestadas de carricoches arrastrados por bueyes y caballos. Observé varios rostros de mi color y comprendí que allí también los hijos de África pagaban su tributo a la desgracia.

Samuel Parris parecía conocer perfectamente el lugar, pues ni una sola vez se detuvo a preguntar el camino a seguir. Calados hasta los huesos llegamos por fin ante una casa de madera de una sola planta cuya fachada estaba adornada con almocárabes de vigas de un color más claro. Samuel Parris soltó el brazo de su mujer y dijo como si se tratara de la más suntuosa de las viviendas:

—¡Es aquí!

El lugar olía a cerrado y a húmedo. Al ruido de nuestros pasos dos ratones huyeron velozmente mientras que un gato negro que dormitaba entre el polvo y la ceniza se levantó perezosamente y pasó a la habitación contigua. No sabría describir la impresión que aquel desgraciado gato produjo a las niñas así como a Elizabeth y Samuel Parris. Este último se precipitó sobre un libro de plegarias y se puso a recitar una oración interminable. Cuando se hubo calmado un poco se enderezó y comenzó a dar órdenes:

—Tituba, limpia esta habitación. Después prepara las camas. John Indien, ven conmigo a comprar leña.

John Indien, una vez más, adoptó aquel lenguaje que yo detestaba tanto:

—¿Salir, amo? ¡Con este viento y esta lluvia! ¿Quiere usted gastarse ya el dinero para comprar las tablas de mi ataúd?

Sin decir una palabra Samuel Parris se quitó la amplia capa de paño negro que llevaba y se la arrojó.

En cuanto los dos hombres hubieron salido, Abigail interrogó con voz jadeante:

—Tía, era el demonio, ¿verdad?

El rostro de Elizabeth Parris se crispó.

—¡Cállate!

Yo, intrigada, la interrogué:

—Pero ¿de qué están hablando?

—Del gato. Del gato negro.

—¿Y qué tiene que ver el gato? No es más que un animal a quien nuestra llegada ha sobresaltado. ¿Por qué habláis sin cesar del demonio? Los invisibles que andan a

nuestro alrededor sólo nos atormentan si los provocamos. Y seguramente a una edad como la vuestra esto no es de temer.

Abigail protestó:

—¡Mentirosa! ¡Pobre e ignorante negra! El demonio nos atormenta a todos. Todos somos sus presas. Nos condenamos todos, ¿verdad, tía?

Cuando vi el efecto que esta conversación producía en el ama Parris y sobre todo en la pobre Betsey la interrumpí rápidamente.

No sé si fue a causa de aquellas palabras o del frío que reinaba en la casa a pesar del fuego encendido por John Indien, que aquella noche la salud del ama Parris empeoró. Samuel Parris vino a despertarme hacia medianoche.

—Creo que va a morir.

No había emoción en su voz. Era el tono de una atestiguación forense.

¿Morirse mi pobre y dulce Elizabeth? ¿Y dejar solas a las niñas con el monstruo de su marido? ¿Morirse mi atormentado corderito sin haber aprendido que la muerte no es más que una puerta que los iniciados saben mantener abierta de par en par? Salté de la cama apresurándome a socorrerla. Pero Samuel Parris me detuvo.

—¡Vístete!

¡Pobre hombre, que a los pies del lecho de muerte de su mujer pensaba en la decencia!

Hasta entonces no había recurrido a ningún elemento sobrenatural para curar a Elizabeth Parris. Me contentaba con abrigoarla y hacerle tragar a la fuerza bebidas muy calientes. La única libertad que me había permitido había consistido en introducir un poco de ron en sus tisanas. Aquella noche decidí echar mano de mi talento.

Sin embargo me faltaban los elementos necesarios para la práctica de mi arte. Los árboles de reposo de los invisibles. Los condimentos de sus manjares preferidos. Las plantas y las raíces de la curación.

En este país desconocido e inclemente, ¿qué iba a hacer?

Decidí usar subterfugios.

Un arce cuyo follaje tiraba a rojizo hizo las veces de ceiba. Unas hojas de acebo aceradas y brillantes reemplazaron las hierbas de Guinea. Unas flores amarillas e inodoras sustituyeron al *salapertuis*, panacea de todos los males del cuerpo y que sólo crece a media altura de los cerros. Mis plegarias hicieron el resto.

Por la mañana los colores retornaron a las mejillas del ama Elizabeth Parris. Pidió un poco de agua para beber. Hacia el mediodía consiguió alimentarse un poco. Por la noche se durmió como un bebé recién nacido.

Tres días más tarde me dedicó una sonrisa tibia como el sol a través del tragaluz.

—Gracias, Tituba. Me has salvado la vida.

Permanecimos un año en Boston, pues Samuel Parris esperaba que sus correligionarios, los puritanos, le ofrecieran una parroquia. Por desgracia no llegó ni una sola proposición. Se debía, creo yo, a la personalidad de Parris. Por muy fanáticos y tenebrosos que fueran los que compartían su fe, lo eran menos que él, y su alta y envarada silueta sumada a la reprimenda y a la exhortación que siempre tenía en los labios, les asustaba. Las escasas economías que había traído de su incursión en el mundo del comercio en Barbuda se derritieron como la cera y nos encontramos en terribles apuros. A veces sólo teníamos para comer todo el día manzanas resecas. No había leña para calentarnos y temblábamos de frío.

Fue entonces cuando John Indien encontró trabajo en una taberna llamada *The Black Horse*. Su tarea consistía en ocuparse del fuego de las enormes chimeneas delante de las cuales los clientes se calentaban, y en barrer y vaciar basuras. Regresaba a primera hora de la madrugada apestando a *brandy* y a *stout* pero con restos de comida disimulados entre sus ropas. Me explicaba con voz cansina y semidormida:

—Reina mía, si supieras la vida que lleva esta ciudad de Boston a dos pasos de los censores de la Iglesia como nuestro Samuel Parris, no lo creerían ni tus propios ojos. Prostitutas, marineros con anillas en las orejas, capitanes con los cabellos grasientos bajo sus tricornios e incluso gentileshombres concedores de la Biblia con mujer e hijos en su hogar. Todo el mundo se emborracha, blasfema, fornicación. ¡Oh, Tituba! No puedes comprender la hipocresía del mundo de los blancos.

Lo acostaba y él seguía hablando.

Gracias a su buen carácter no tardo en hacerse numerosos amigos y me repetía sus conversaciones. Me hizo saber que la trata se intensificaba. Los nuestros eran arrancados de África a miles. Me dijo que no éramos el único pueblo que los blancos reducían al esclavismo sino que también avasallaban a los indios, primeros habitantes de América como de nuestra querida Barbuda.

Le escuchaba con estupor y rebeldía.

—En *The Black Horse* trabajan dos indios. Tendrías que ver cómo los tratan. Me han contado como han sido desposeídos de sus tierras, como los blancos han diezmado sus rebaños y han derramado entre ellos «el agua de fuego» que en poco tiempo conduce a un hombre a la tumba. ¡Ay, los blancos!

Estas historias me dejaban perpleja e intentaba comprender.

—Han hecho tanto daño a sus semejantes, a unos porque tienen la piel negra, a otros porque la tienen roja, que quizá por eso experimentan un sentimiento muy fuerte de maldición y condenación.

John era incapaz de responder a mis reflexiones que por otra parte le tenían sin cuidado. De todos modos él era ciertamente el menos desgraciado.

Samuel Parris no me confiaba en manera alguna sus pensamientos, pero al verlo,

encerrado en casa como un animal en su jaula, rezando interminablemente u hojeando su temible libro, me era fácil adivinar su curso. Su presencia constante actuaba sobre nosotros como una amarga poción. Se acabaron los furtivos y tiernos diálogos, las canciones tarareadas a media voz. En lugar de esto se empeñó en enseñar las letras a Betsey y se sirvió de un formidable cartón.

- A. En la caída de Adán
Estamos todos arrastrados
- B. Sólo la Biblia
Puede salvar nuestras vidas
- C. La cabra trisca en el monte
Pero también embiste...

Y así sucesivamente. La pobre Betsey, tan frágil e impresionable, palidecía y sentía escalofríos.

A mediados de abril, cuando el tiempo empezó a aclararse, Parris tomó la costumbre de salir después de comer para dar un corto paseo. Yo aprovechaba para llevar a las niñas al jardincito que se extendía detrás de la casa y allí, ¡qué juegos, qué corros endiablados! Las desembarazaba de la odiosa toga que les envejecía la cara, les desabrochaba el cinturón a fin de que su sangre se calentara y de que el sano rocío del sudor inundara sus cuerpecitos. De pie, en el umbral de la puerta, Elizabeth Parris me recomendaba débilmente:

—Cuidado, Tituba. ¡Qué no bailen! ¡Qué no bailen!

Sin embargo un minuto más tarde, se contradecía y palmoteando seguía el ritmo con arrebatos ante nuestros trenzados.

Obtuve autorización para conducir a las pequeñas hasta Long Wharf en donde contemplábamos los barcos y el mar. Al otro lado de aquella extensión líquida, un punto: Barbuda.

¡Qué extraño es el amor al país! Lo llevamos en nosotros como nuestra sangre, como nuestros órganos. Y basta que estemos separados de nuestra tierra para que experimentemos un dolor que surge de lo más profundo de nosotros mismos sin disminuir jamás. Volvía a ver la plantación de Darnell Davis, la altiva mansión y sus columnatas en la cumbre del cerro, las calles con las chozas hormigueantes de dolor y de animación, niños con el vientre hinchado, mujeres envejecidas prematuramente, hombres mutilados, y aquel triste cuadro que había perdido de vista se me antojaba ahora precioso mientras la lágrimas corrían por mis mejillas.

En cuanto a las niñas, insensibles a mi estado de ánimo, jugaban en los charcos de agua salada, se empujaban, se caían de espaldas muertas de risa entre los cordajes, y yo no podía dejar de imaginar la cara que pondría Samuel Parris si asistiera a

semejantes escenas. Toda su vitalidad reprimida día a día, hora a hora, exudaba, y era como si aquel demonio tan temido las hubiera por fin poseído. De las dos, Abigail era la más desenfrenada, la más violenta, y yo me maravillaba una y otra vez de sus dotes de disimulo. En cuanto regresábamos a casa era la más rígida y lacónica, perfecta a los ojos de su tío. ¿Sería capaz de repetir con él las palabras de su libro santo? Sus mínimos gestos estaban teñidos de reserva y de compunción.

Una tarde, volviendo de Long Wharf, fuimos testigos de un espectáculo cuya terrible impresión no se me ha borrado nunca. Salíamos de Front Street cuando vimos la plaza situada entre la cárcel, el Tribunal y la casa de reunión, abarrotada de gente. Iba a tener lugar una ejecución. La muchedumbre se apretaba a los pies de la tarima elevada sobre la que habían erigido la horca. A su alrededor se agitaban unos hombres siniestros tocados con sombreros de ala ancha. Al acercarnos divisamos a una mujer, una anciana, puesta en pie con una cuerda ciñéndole el cuello, bruscamente uno de los hombres apartó la pieza de madera en la que descansaban sus pies. Su cuerpo se tensó como un arco. Se oyó un grito espeluznante y su cabeza se inclinó cayendo hacia un lado.

Yo también grite arrodillada en medio del gentío excitado, curioso, casi alegre.

Era como si hubiera sido condenada a revivir la ejecución de mi madre. No, no era una anciana la que se balanceaba ante mis ojos. Era Abena en la flor de la vida y con la belleza de sus formas. Sí, era ella y yo tenía otra vez seis años. Y la vida estaba por empezar desde aquel momento.

Aullaba, y cuanto más aullaba, más deseo experimentaba de seguir aullando, de gritar mi sufrimiento, mi rebeldía, mi rabia impotente. ¿Qué clase de mundo era éste que había hecho de mí una esclava, una huérfana, una paria? ¿Qué mundo era aquel que me separaba de los míos? ¿Quién me obligaba a vivir entre aquella gente que no hablaba mi lengua, que no compartía mi religión, en un país grosero y poco afable?

Betsey se precipitó hacia mí abrazándome con sus brazos delgaduchos.

—¡Cállate! ¡Cállate, por favor, Tituba!

Abigail, que había correteado entre la muchedumbre implorando explicaciones aquí y allá, vino hacia nosotras y dijo fríamente:

—Sí, cállate. Ha tenido lo que merecía, no era más que una bruja. Había embrujado a los niños de una honorable familia.

Logré levantarme y encontrar el camino de regreso a casa. Toda la ciudad hablaba de aquella ejecución. Los que la habían presenciado explicaban a los que no la habían visto cómo la mujer Glover había chillado al ver la muerte, semejante a un perro ladrando a la luna, y cómo su alma se había escapado bajo la forma de un murciélago mientras un puré nauseabundo, prueba contundente de la vileza de su ser, descendía a lo largo de sus piernas huesudas. Yo no había visto nada parecido. Había asistido a un espectáculo de una barbarie total.

Fue justo después de este incidente cuando me di cuenta de que llevaba un hijo en mis entrañas y decidí matarlo.

Durante mi triste existencia, aparte de los besos robados a Betsey y de los secretos interminables con Elizabeth Parris, los únicos momentos de felicidad eran los que pasaba con John Indien.

Lleno de barro, tiritando de frío, ebrio de cansancio, cada noche mi hombre me hacía el amor. Como dormíamos en un reducto contiguo a la alcoba de los amos Parris, debíamos reprimir cualquier suspiro, cualquier palabra o quejido para que nada pudiera revelar la naturaleza de nuestras actividades. Paradójicamente, nuestras furiosas efusiones e intercambios eran más apasionados que nunca.

Para una esclava, la maternidad no es una dicha. Se limita a dar a un mundo de servidumbre y de abyección, un pequeño inocente cuyo destino será imposible de cambiar. Durante toda mi infancia había visto cómo las esclavas asesinaban a sus recién nacidos introduciendo una larga espina en el huevo todavía gelatinoso de su cráneo, seccionando con una hoja envenenada el cordón umbilical o abandonándolos por la noche en algún lugar transitado por espíritus irritados. Durante toda mi infancia había oído cómo las esclavas se intercambiaban pociones de recetas, de lavativas, de inyecciones que esterilizaban para siempre las matrices transformándolas en tumbas tapizadas de sudarios escarlatas.

En Barbuda, donde cada rincón me era conocido, donde cada planta me era familiar, no hubiera tenido ningún problema para desembarazarme de un fruto inoportuno. Pero aquí, en Boston, ¿cómo iba a hacerlo?

A menos de media legua de la salida de Boston se alzaban unos bosques frondosos que decidí explorar. Una tarde logré escaparme de la casa, dejando a Betsey enfrentada a su terrorífico abecedario y a Abigail ocupada en su tapicería sentada junto al ama Parris, pero con el espíritu visiblemente en otra parte.

Una vez fuera constaté con sorpresa que aquellos parajes poseían un cierto encanto. Los árboles que habían permanecido tanto tiempo esqueléticos como tristes husos se estaban llenando de yemas. Las flores cubrían los prados, y los campos verdosos se extendían hasta el infinito como un mar tranquilo.

Cuando estaba a punto de introducirme en el bosque, un jinete de silueta oscura y rígida con la cara oculta por la sombra de su sombrero interpeló:

—¡Eh, negra! ¿No tienes miedo a los indios?

¿Los indios? Les temía menos a los «salvajes» que a los seres civilizados entre los cuales vivía y que ahorcaban a los ancianos en los árboles.

Me incliné sobre un arbusto aromático que se parecía mucho al taronjil de múltiples virtudes. En aquel momento alguien pronunció mi nombre:

—¡Tituba!

Me sobresalté. Era una anciana de rostro informe como una hogaza de pan y sin embargo bastante agradable. Me extrañe:

—¿Cómo sabes mi nombre?

Sonrió misteriosamente.

—Te he visto nacer.

Mi extrañeza se acrecentó.

—¿Vienes de barbuda?

Su sonrisa se hizo más ancha.

—He estado siempre en Boston. Llegué con los primeros viajeros y desde entonces no los he abandonado nunca. Bueno, basta de charla. Si te retrasas demasiado Samuel Parris se dará cuenta de que has salido y pasarás un mal rato.

Yo seguía interrogándola perpleja:

—No te conozco. ¿Qué quieres de mí?

Se marchó hacia el interior del bosque y viendo que yo permanecía inmóvil se volvió y me espetó:

—No te hagas la tonta: soy una amiga de Man Yaya. Mi nombre es Judah White.

La vieja Judah me indicó el nombre de cada planta con sus propiedades. Grabadas en la mente tengo algunas de las recetas que me reveló.

Para librarse de las verrugas hay que frotarlas con un sapo vivo hasta que la piel del animal las absorba.

Durante el invierno, para prevenir las molestias causadas por el frío hay que beber infusiones de cicuta. (Atención, este jugo es mortal y puede ser utilizado para otros fines).

Para evitar la artritis hay que llevar en el dedo anular de la mano izquierda un anillo hecho de patata cruda.

Todas las heridas pueden ser curadas con emplastos de hojas de col y las ampollas con puré de nabo crudo.

En caso de bronquitis aguda hay que colocar la piel de un gato negro sobre el pecho del enfermo.

Para calmar un rabioso dolor de muelas: mascar, si es posible, hojas de tabaco... Hacer lo mismo en caso de dolor de oídos.

Para todas las diarreas: tres veces al día infusiones de moras.

Regresé a Boston algo más reconfortada y aprendí a considerar amigos a algunos de los animales a los que antes nunca hubiera prestado atención: el gato de pelaje negro, la lechuza, la mariquita y el mirlo burlón.

Meditaba sin cesar las palabras de Judah: «Sin nosotros, ¿qué sería del mundo? ¿Eh? ¿Qué sería? Los hombres nos detestan y sin embargo le damos nuestros instrumentos sin los cuales su vida sería triste y limitada. Gracias a nosotros pueden modificar el presente y a veces leer el porvenir. Gracias a nosotros pueden tener esperanza. Tituba, somos la sal de la tierra».

Aquella noche un chorro de sangre negra expulsó a mi hijo de mi matriz. Le vi mover los brazos como un renacuajo desesperado y estallé en sollozos. John Indien, a quien no había confesado mi secreto, creyó en un nuevo golpe de suerte y lloró también. La verdad es que estaba medio borracho después de haber vaciado muchos

bocks de stout con los marineros que frecuentaban la taberna *Black Horse*.

—¡Reina mía! He aquí que nuestro báculo de la vejez se rompe. ¿Sobre qué tendremos que apoyarnos cuando ambos tengamos joroba en este país sin verano?

Me recuperé con dificultad del asesinato de mi hijo. Sabía que lo había hecho por su bien. Sin embargo la imagen de aquella carita cuyos contornos reales no conocería nunca, me perseguía. Por una extraña aberración, el grito que había emitido la mujer Glover al enfilarse el pasillo de la muerte venía de las entrañas de mi hijo, martirizado por la misma sociedad, condenado por los mismo jueces. Betsey y Elizabeth Parris, constatando mi estado de ánimo, redoblaban sus atenciones y sus caricias hacia mí, cosa que en otros tiempos hubiera llamado la atención de Samuel Parris. Pero éste estaba constantemente envuelto en un humor cada vez más tétrico, pues las cosas iban de mal en peor. El único dinero que entraba en la casa era el que ganaba John Indien haciendo chisporrotear el fuego en las chimeneas de *The Black Horse*. Nos moríamos literalmente de hambre. Las caras de las niñas se adelgazaban y sus cuerpecitos flotaban dentro de sus vestidos.

Llegó el verano.

El sol iluminó los tejados grises y azulados de Boston. Hizo brotar hojas en las ramas de los árboles. Introdujo en el mar largas agujas de color de fuego. A pesar de la tristeza de nuestras vidas la sangre empezó a bullir en nuestras venas.

Unas semanas después, Samuel Parris nos anunció con voz sombría que había aceptado la oferta de una parroquia y que íbamos a trasladarnos al pueblo de Salem, a unas veinte millas aproximadamente de Boston. John Indien, que como de costumbre estaba al corriente de todo, me explicó porque Samuel Parris parecía tan poco entusiasmado. El pueblo de Salem tenía muy mala reputación en Bay Colony. Por dos veces, dos ministros, el reverendo James Bayley y el reverendo George Borroughs, habían sido expulsados por la hostilidad de gran parte de los parroquianos que se negaban a satisfacer las necesidades de sus ministros. El salario anual de sesenta y seis libras era una miseria sobre todo teniendo en cuenta que la madera no estaba incluida y los inviernos eran rigurosos en el bosque. Y además, en los alrededores de Salem vivían los indios, ariscos y salvajes, decididos a dejar sin cuero cabelludo a todas las cabezas que se atrevían a acercarse demasiado.

—Nuestro amo no ha terminado sus estudios...

—¿Estudios?

—Sí, de teología, para convertirse en pastor. Sin embargo, él querría que se le tratara como al reverendo Increase Mather o como al mismo John Cotton.

—¿Quiénes son esas gentes?

Ahora John Indien se turbó visiblemente.

—¡Y yo que sé, hermosa mía! Sólo oigo citar sus nombres.

Aún pasamos largas semanas en Boston. Tuve tiempo de hacerme un recordatorio con las principales recomendaciones de Judah White.

«Antes de ocupar una casa, o inmediatamente después de haberla ocupado, poner

en los rincones de cada habitación ramas de muérdago y hojas de mejorana. Barrer el polvo de oeste a este y quemarlo con cuidado antes de esparcir afuera las cenizas. Rociar los suelos de orina fresca con la mano izquierda.

»Al ponerse el sol quemar ramitas de *populara índica*^[5] mezcladas con sal gorda.

»Lo más importante: preparar el jardín y reunir todos los simples necesarios. En su defecto hacerlos crecer en cajones llenos de tierra. No dejar de escupir encima cuatro veces por la mañana al despertarse».

No quiero ocultar que en muchos casos todo esto me parecía infantil. En las Antillas, nuestra ciencia es más noble y se apoya más en las fuerzas que sobre las cosas. Pero en fin, como me recomendaba Man Yaya: «Si llegas al país de los lisiados, sin piernas, arrástrate por el suelo».

Canción triste para mi hijo perdido:

*La piedra de la luna ha caído en el agua
en el agua del río,
y mis dedos no han podido recuperarla.
¡Pobre de mí!
La piedra de la luna ha caído.
Sentada sobre la roca al borde del río
yo lloraba y me lamentaba.
¡Oh! piedra dulce y brillante,
reluces en el fondo del agua.
El cazador pasó por allí
con sus flechas y su carcaj:
Hermosa, hermosa, ¿por qué lloras?
Lloro porque mi piedra de luna
yace en el fondo del agua.
Hermosa, hermosa, si únicamente es esto,
te voy a ayudar.
Pero el cazador se sumergió y se ahogó.*

Le enseñé esta canción a Betsey y la tarareamos en sordina durante nuestras escasas entrevistas. Su bonita vocecita, tierna y lastimera, acompañaba maravillosamente a la mía.

Un día, con gran sorpresa, oí que Abigail también la canturreaba. Quise reñir a Betsey, recomendarle que se guardara para ella las cosas que yo le enseñaba. Pero esta vez también cambié de opinión. ¿No era Abigail su única compañera de juegos? ¿Y no era una niña? Una niña no puede ser peligrosa.

El pueblo de Salem, al que sobre todo no hay que confundir con la ciudad del mismo nombre que me pareció bastante rozagante, estaba emplazado dentro del bosque, como una placa de calvicie en una cabellera enmarañada.

Samuel Parris había alquilado tres caballos y un carricoche, y ofrecíamos una estampa lamentable. A Dios gracias, no había nadie para recibirnos. A aquella hora los hombres debían de estar en los campos a donde las mujeres les habrían llevado la comida y los refrescos. Samuel Parris nos enseñó la casa de reunión, un enorme edificio cuya puerta monumental estaba hecha de vigas ensambladas, y continuamos nuestro camino. ¿Cuántos habitantes podía tener Salem? Seguramente apenas dos mil, y llegando de Boston, el lugar parecía en verdad un agujero. Las vacas atravesaban con indolencia la calle principal haciendo tintinear sus esquilas y observé que en las puntas de sus astas llevaban atados unos pedazos de trapo rojo. De un vallado surgía el olor fétido de media docena de cerdos que se revolcaban en un fango negruzco.

Por fin llegamos ante la casa que nos estaba reservada. Se sostenía de soslayo en medio de un inmenso jardín invadido por entero de hierbajos. Dos ceibas negras la flanqueaban como dos cirios y de ellas se desprendía una especie de hostilidad repulsiva. Samuel Parris ayudó a apearse a su mujer, a quien el viaje había fatigado mucho. Yo deposité en el suelo a mi pequeña Betsey, mientras Abigail, sin esperar ayuda, saltaba a tierra y se precipitaba hacia la puerta de entrada. Samuel Parris la detuvo al vuelo y gritó:

—Nada de eso, Abigail. ¿Ha entrado en ti el demonio?

A pesar de la poca simpatía que yo albergaba hacia Abigail, el corazón me dio un vuelco ante el efecto que aquella frase le produjo.

El interior de la casa estaba en consonancia con el exterior: era sombrío y desagradable. Sin embargo, una mano caritativa había encendido el fuego en cada chimenea y las llamas devoraban alegremente los leños. Elizabeth Parris preguntó:

—¿Cuántas habitaciones hay? Tituba, ve a ver las que estén mejor orientadas.

Samuel Parris tuvo naturalmente algo que añadir. Aplastando a Elizabeth con el peso de su mirada displicente:

—La única habitación bien orientada ¿no es la tumba en la cual cada uno de nosotros descansará algún día?

Después se arrodilló para agradecer al Señor el habernos protegido de los lobos y de otros animales salvajes que infestaban los bosques que nos separaban de Boston. Aquella oración interminable acabó por fin cuando la puerta de entrada se abrió con un chirrido que nos sobresaltó a todos. Una mujercita pobremente vestida a la moda puritana, pero con la cara sonriente, se deslizó en la habitación.

—Soy la hermana Mary Sibley. Les he encendido el fuego. También les he dejado en la cocina un pedazo de buey, nabos y una docena de huevos.

Samuel Parris le dio las gracias y preguntó seguidamente:

—¿Es usted, una mujer, la que representa a la congregación?

Mary Sibley sonrió:

—El cuarto mandamiento nos ordena trabajar y derramar el sudor de nuestra frente. Los hombres están en el campo. En cuanto regresen, Deacon Ingersoll, Sergeant Thomas Putnam, el capitán Walcott y algunos otros vendrán a saludarles.

Entonces me dirigí a la cocina y pensando en los pobres estómagos de las niñas me dispuse a preparar el trozo de buey salado que la hermana Mary Sibley había tenido la buena idea de traer. Al cabo de un momento vino a mi encuentro y me observó de arriba a abajo.

—¿Cómo es posible que Samuel Parris tenga a su servicio a un negro y a una negra?

Había en sus palabras más ingenua curiosidad que maldad. Yo contesté con ligereza:

—Es a él a quien hay que preguntárselo.

Permaneció silenciosa un momento y luego convino:

—¡Qué extraño por parte de un ministro!

Al cabo de un momento volvió a la carga.

—¡Qué pálida está Elizabeth Parris! ¿De qué adolece?

Dije:

—Nadie conoce exactamente su enfermedad.

—Es de temer que la estancia en esta casa no le haga mucho bien.

Bajó la voz.

—Dos mujeres murieron en la cama de la habitación de arriba. Mary Bayley, la mujer del primer pastor de esta parroquia, y también Judah Borroughs, la mujer del segundo pastor.

A pesar mío lancé una exclamación de inquietud, pues no ignoraba lo mucho que los difuntos desasosegados pueden turbar a los vivos. Tal vez deberían hacer una ceremonia de purificación para ofrecer alguna satisfacción a aquellas pobres almas. Por suerte la casa estaba rodeada de un jardín en el que podía ir y venir a mi gusto. Mary Sibley siguió la dirección de mi mirada y dijo con voz turbada:

—¡Ah, sí, los gatos! Está lleno en Salem, a pesar de que matan a muchos.

En efecto, una verdadera horda de gatos se perseguía por la hierba. Maullaban y se echaban de espaldas, alzando sus nerviosas patas rematadas por afiladas zarpas. Unas semanas antes no hubiera encontrado nada sobrenatural en aquel espectáculo. Ahora, instruida por la buena de Judah White, comprendí que los espíritus del lugar me saludaban. ¡Qué infantiles son los hombres de piel blanca manifestando su poder a través de animales como el gato! Nosotros preferimos animales de otra envergadura: por ejemplo la serpiente, soberbio reptil de oscuros anillos.

Desde el instante de mi llegada a Salem sentí que no iba a ser feliz allí. Sentí que mi vida conocería terribles pruebas y que acontecimientos de un dolor inaudito

encanecerían todos los cabellos de mi cabeza.

Cuando cayó la tarde los hombres regresaron de los campos y la casa se llenó de visitantes. Anne Putnam y su marido Thomas, un coloso de dos metros de altura, su hija Anne, que enseguida se puso a cuchichear por los rincones con Abigail, Sara Houlton, John y Elizabeth Proctor, y otros muchos cuyos nombres no sabría citar. Sentí que era la curiosidad más que la simpatía la que atraía a toda esta gente, y que venían a juzgar, a calibrar al ministro con objeto de saber qué papel representaría en la vida del pueblo. Samuel Parris no se dio cuenta de nada y se mostró tal cual era de ordinario: odioso. Se quejó de que no se hubieran cortado, en previsión de su llegada, grandes montones de madera que deberían estar apilados en su granja. Se quejó de que la casa fuera vieja, de que la hierba del jardín le llegara hasta las rodillas y de que las ranas organizaran su estrepito justo debajo de sus ventanas.

No obstante, nuestra instalación en Salem nos proporcionó una dicha cuya brevedad yo no suponía. La casa era tan amplia que cada uno disponía de una habitación propia. John Indien y yo pudimos refugiarnos bajo el techo en una estancia bastante fea y abuhardillada cuyo techo estaba sostenido por un almocárabe de vigas carcomidas. En aquella soledad pudimos de nuevo amarnos sin freno, sin medida, sin temor a ser oídos.

En un momento de gran abandono no me contuve y le susurré a John Indien:

—¡Tengo miedo!

Me acarició el hombro.

—¿Qué será del mundo si nuestras mujeres tienen miedo? ¡Se derrumbará! Su bóveda caerá y las estrellas que forman su constelación se mezclaran con el polvo de los caminos. ¿Tú tienes miedo? ¿De qué?

—Del mañana que nos espera...

—Duerme, princesa. El mañana que nos espera es la sonrisa del recién nacido.

La segunda dicha fue que, debido a la carga de sus deberes, Samuel Parris iba siempre de un lado a otro. Lo veíamos apenas durante las oraciones de la mañana y de la noche. Cuando estaba en casa, se encontraba siempre reunido con hombres con los que discutía ásperamente sobre materias que no parecían religiosas.

—Las sesenta y seis libras de mi salario provienen de las contribuciones de los habitantes del pueblo y son proporcionales a la superficie de sus tierras.

—Debéis suministrarme la leña.

—El día del Sabbat las contribuciones deben ser abonadas en documentos..., etc.

Y a sus espaldas la vida recobraba sus derechos.

En lo sucesivo mi cocina siempre estuvo llena de niñas.

No las quería a todas. Sobre todo no me gustaban Anne Putnam y Mercy Lewis, la joven criada de su edad que la acompañaba a todas partes. Había en aquellas dos chiquillas algo que me hacía dudar de la pureza de la infancia. Después de todo, quizá

los niños no estén fuera del alcance de las frustraciones ni de las ansias de la edad adulta. En cualquier caso, Anne y Mercy me recordaban indefectiblemente los discursos de Samuel Parris sobre la presencia del demonio en cada uno de nosotros. Me ocurría lo mismo con Abigail. No dudaba de la violencia que en ella había, del poder de su imaginación para dar un giro particular a los mínimos incidentes que esmaltaban los días, ni de aquel odio (no, la palabra no es demasiado fuerte) que ella sentía hacia el mundo de los adultos, como si no les perdonara el construir un sepulcro para su juventud.

Si no las quería a todas, sin embargo me compadecía de su tez cerúlea, de sus cuerpos tan ricos en promesas pero mutilados como aquellos árboles que más adelante los jardineros se esforzarían en reducir. Por contraste, nuestras infancias de pequeñas esclavas, sin embargo tan amargas, parecían luminosas, alumbradas por el sol de nuestros juegos, de los paseos, de los vagabundeos en común. Hacíamos flotar balsas de corteza de caña de azúcar por los torrentes. Asábamos pescados rosados y amarillos sobre hogueras de leña verde. Bailábamos. Y era esta piedad contra la que no me podía defender la que me hacía tolerar a aquellas criaturas a mi alrededor, la que me empujaba a alegrarlas. No paraba hasta lograr hacerlas reír a carcajadas, hasta que sofocadas exclamaban:

—¡Tituba, oh Tituba!

Sus historias preferidas eran las de espíritus. Se sentaban en círculo a mi alrededor y yo respiraba el olor agrio de sus cuerpos lavados con parsimonia. Me asaeteaban a preguntas.

—Tituba, ¿crees que existen los aojados, es decir, que los hay aquí en Salem?

Afirmé con una carcajada:

—Sí, creo que Sarah Good es una de ellas.

Sarah Good era una mujer todavía joven pero perturbada y medio mendiga a quien los niños temían a causa de la apestosa pipa que llevaba siempre entre los dientes y de las palabras que no cesaba de farfullar como si recitara unas letanías únicamente comprensibles para ella. Aparte de esto, yo lo creía, palabra de honor. Las niñas gritaban:

—¿Lo crees, Tituba? Y Sarah Osburne, ¿también lo es?

Sarah Osburne era una anciana pero no una mendiga. Ella, por el contrario, gozaba de una posición acomodada, era propietaria de una hermosa casa con paneles de roble, pero, para su descrédito, había cometido durante su juventud una falta que yo desconocía.

Inspiraba profundamente haciendo ver que reflexionaba, dejándolas consumirse de curiosidad, antes de declarar sentenciosamente:

—Quizás.

Abigail insistía:

—¿Las has visto a ambas con las carnes desolladas, volando por los aires? Y a Elizabeth Proctor, ¿la has visto?

Me puse seria, pues ama Proctor era de las mujeres más buenas del pueblo, la única que tuvo empeño en hablar conmigo de la esclavitud, del país del que yo venía y de sus habitantes.

—¡Ya sabe que estoy bromeando, Abigail!

Y las despedía a todas. Cuando nos quedamos solas Betsey y yo, ésta me preguntó con su voz aflautada:

—Tituba, ¿existe la gente aojada? ¿Existe realmente?

La tomé entre mis brazos.

—¿Y qué importa? ¿No estoy aquí para protegerlas si intentan hacerles daño?

Me miraba fijamente a los ojos y en el fondo de sus pupilas bailaba una sombra que me esforcé en disipar.

—Tituba conoce las palabras que curan todos los males, que alivian todas las heridas, que desatan todos los nudos. ¿No lo sabe?

Se quedó inmóvil y el temblor de su cuerpo se acentuó a pesar de mis palabras tranquilizadoras. La apreté más fuerte contra mí y su corazón latía desesperadamente como un pájaro enjaulado mientras yo repetía:

—Tituba lo puede todo. Tituba lo sabe todo. Tituba lo ve todo.

Pronto el círculo de jovencitas se amplió. Bajo el impulso de Abigail una serie de espingardas cuyos senos reventaban las blusas y cuya sangre chorreaba por sus muslos durante sus ciclos, se apretujó en mi cocina. No me gustaban nada. Ni Mary Walcott, ni Elizabeth Booth, ni Susana Sheldon. Sus ojos destilaban todo el desprecio de sus padres hacia la gente de nuestra raza. Al mismo tiempo me necesitaban para alegrar el insípido discurrir de sus vidas. Y entonces, en vez de reclamarme me ordenaban:

—Tituba, cántanos una canción.

—Tituba, cuéntanos un cuento. No, éste no nos gusta. Cuéntanos el de los aojados.

Un día las cosas se estropearon. La gorda Mary Walcott daba vueltas a mi alrededor y acabó por decirme:

—Tituba, ¿es cierto que lo sabes todo, que lo ves todo, que lo puedes todo? ¿Eres pues una bruja?

Me enfadé rotundamente.

—No emplee palabras cuyo sentido usted ignora. ¿Saben por ejemplo qué es una bruja?

—¡Pues claro que lo sabemos! Es alguien que ha hecho un pacto con Satanás. Mary tiene razón; ¿es usted bruja, Tituba? Yo creo que sí.

¡Era demasiado! Eché a todas aquellas jóvenes víboras de mi cocina y las perseguí hasta la calle.

—No quiero volverlas a ver. Nunca, nunca jamás.

Cuando se hubieron dispersado me acerqué a la pequeña Betsey y la reñí.

—¿Por qué repiten todo lo que yo les cuento? Ya ven lo mal que lo interpretan.

La niña se ruborizó y se acurrucó contra mí.

—Perdón, Tituba. No les diré nada más.

Desde que estábamos en Salem, Betsey había cambiado mucho. Se ponía nerviosa, se irritaba, estaba siempre al borde de las lágrimas por un sí o por un no, mirando al vacío con las pupilas desorbitadas, con los ojos más grandes que las monedas de medio penique. Acabé por inquietarme. ¿No estarían actuando los espíritus de las dos difuntas muertas en el primer piso en circunstancias desconocidas sobre aquella naturaleza frágil? ¿No debía proteger a la niña como había protegido a la madre?

¡Ay, no!, nada me gustaba en el marco de mi nueva vida; día a día, mis aprensiones se fortalecían y se volvían tan pesadas como una carga de la que no podía librarme. Me acostaba con ella. Se extendía sobre mí por encima del cuerpo musculoso de John Indien. Por la mañana entorpecía mis pasos por la escalera y disminuía la velocidad de mis manos cuando preparaba la insípida sémola de trigo.

Ya no era yo misma.

Para intentar restablecerme usé un remedio. Llené un cuenco de agua que coloqué junto a la ventana de manera que pudiera verlo yendo y viniendo por la cocina, y dentro de él metí mi isla Barbuda. Logré introducirla entera con el oleaje de los campos de caña de azúcar prolongando el de las olas del mar, los cocoteros inclinados al borde del agua y los almendros del país cargados de frutos rojos o verde oscuro. Si no podía distinguir bien a los hombres, divisaba los cerros, las chozas, los molinos de azúcar y las carretas de bueyes azotados por manos invisibles. Distinguía los dormitorios y los cementerios de los amos. Todo esto se movía en medio de un gran silencio en el fondo del agua de mi cuenco y aquella presencia me calentaba el corazón. A veces, Abigail, Betsey o ama Parris, me sorprendían en aquella contemplación y se extrañaban.

—¿Pero qué miras, Tituba?

Más de una vez estuve tentada de compartir mi secreto con Betsey y ama Parris, quienes, yo lo sabía, echaban mucho de menos Barbuda. Siempre me reprimía, movida por una prudencia nuevamente adquirida que me dictaba mi entorno. Y además me preguntaba si su nostalgia y su pesar se podían comparar con los míos. Lo que ellas echaban de menos era la dulzura de una vida más fácil, de una vida de blancas, servidas, rodeadas de atentas esclavas. Aunque el amo Parris había acabado por perder todos sus bienes y todas sus esperanzas, los días transcurridos allí habían sido de lujo y voluptuosidad. Y yo, ¿qué era lo que echaba de menos? Las pequeñas dichas de los esclavos. Las migajas que caen del pan árido de cada día y que les aportan un poco de dulzura. Los instantes fugaces de los juegos prohibidos.

No pertenecíamos al mismo mundo, ama Parris, Betsey y yo, y todo el afecto que sentía por ellas no podía cambiar este hecho. A principios de diciembre, como las ausencias y los atolondramientos de Betsey pasaban de castaño oscuro (era incapaz de recitar el credo y recibía azotes, como es de suponer, por parte de Samuel Parris),

decidí empezar dándole un baño.

Le hice prometer que guardaría el secreto y al caer la noche la sumergí hasta el cuello en un líquido al que había dado todas las propiedades del líquido amniótico. Me hicieron falta cuatro días, trabajando en las difíciles condiciones del exilio, para lograrlo. Pero me sentí orgullosa del resultado obtenido. Sumergiendo a Betsey en aquel líquido ardiente, me parecía que las mismas manos que habían dado muerte poco tiempo antes, daban vida, y que me purificaban del asesinato de mi hijo. Le hice repetir las palabras rituales antes de mantener su cabeza bajo el agua y después la saqué bruscamente a la superficie, sofocada y con los ojos llenos de lágrimas. Luego envolví su cuerpo enrojecido en una amplia manta antes de acostarla en su cama. Se durmió como un tronco, sumida en un sueño que hacía tiempo no conocía porque desde hacía varias noches me llamaba repetidamente con su vocecita lastimera:

«¡Tituba, Tituba! ¡Ven!».

Poco antes de media noche, estando segura de no encontrar ni un alma viviente por la calle, salí a arrojar el agua del baño a una encrucijada, tal como estaba recomendado.

¡Cómo cambia la noche según el país donde se vive! En el nuestro la noche es un vientre a la sombra de cual uno se queda sin fuerza y temblando, pero paradójicamente, con los sentidos relajados y sutiles prestos a captar los mínimos susurros de los seres y de las cosas. Salem era una pared negra de hostilidad contra la que iba a golpearme. Animales agazapados en los oscuros árboles ululaban con maldad a mi paso mientras mil miradas malévolas me perseguían. Cosa rara, aquel que debería saludarme con una palabra de consuelo, maulló rabiosamente y arqueó el lomo bajo la luna.

Caminé a paso ligero hasta la glorieta de Dobbin. Una vez allí dejé en el suelo el cubo que llevaba en equilibrio sobre la cabeza y suavemente, con precaución, derramé su contenido en el suelo blanco de escarcha. En el momento en que la última gota de líquido se filtraba en la tierra, oí un rumor en la hierba del talud. Supe que Man Yaya y Abena, mi madre, no estaban lejos. Sin embargo tampoco se me aparecieron y tuve que contentarme con su silenciosa presencia.

Pronto el invierno acabó de cercar Salem. La nieve llegó hasta el alfeizar de las ventanas. Cada mañana luchaba contra ella arrojando grandes cubos de agua caliente y sal. No obstante, por mucho que hiciera, la nieve ganaba siempre la partida. Pronto el sol no se dignó a salir más. Los días se sucedieron en una tenebrosa angustia.

Antes de vivir en Salem no había sabido tomar la medida de los estragos que causaba la religión de Samuel Parris y ni siquiera había comprendido su verdadera naturaleza. Imagínese una estricta comunidad de hombres y mujeres aplastados por la presencia del demonio entre ellos e intentando acorralarlo en todas sus manifestaciones. Una vaca que moría, un niño con convulsiones, una joven que tardaba en tener su flujo menstrual, todo era materia de infinitas especulaciones. ¿Quién, habiéndose liado por un pacto con el terrible enemigo, había provocado tales catástrofes? ¿Era por culpa quizá de Bridget Bishop quien no había aparecido por la casa de reunión durante dos domingos consecutivos? No, más bien era por culpa de Giles Corey a quien vieron alimentar a un animal vagabundo una tarde del día de Sabbat. Yo misma me envenenaba con esta atmosfera deletérea y me sorprendía, por una pequeñez cualquiera, recitando unas letanías protectoras o efectuando gestos de purificación. Por otra parte, tenía razones muy precisas para sentirme turbada. En Bridgetown, Susana Endicott ya me había comunicado que, a sus ojos, mi color era señal de mi intimidad con el demonio. De eso podía por supuesto reírme, como podía hacerlo de las elucubraciones de una comadre amargada por la soledad y la proximidad de la vejez. En Salem, esta convicción era compartida por todos.

Había dos o tres servidores negros en el lugar —no sé de donde procedían—, y éramos todos no solamente malvados, sino los emisarios invisibles de Satanás.

Por eso mismo venían furtivamente a nuestro encuentro para intentar saciarse de inconfesables deseos de venganza, a liberarse de odios y de rencores insoportables y a esforzarse en hacer daño por todos los medios. Alguno, de quien se suponía ser un esposo modelo, no soñaba más que en la muerte de su esposa. Otra, que parecía ser la más fiel de las mujeres, estaba dispuesta a vender el alma de sus hijos para suprimir al padre. El vecino quería exterminar a la vecina, el hermano a la hermana. Incluso había niños que deseaban acabar, aun de la manera más dolorosa, con uno u otro de sus progenitores. Y era el olor fétido de todos estos crímenes que intentaban cometer, lo que me estaba convirtiendo en otra mujer. Y por mucho que mirara el agua azul de mi cuenco y que me transportara con el pensamiento a orillas del río Ormonde, algo dentro de mí se iba deshaciendo lenta e inexorablemente.

Sí, me convertía en otra mujer. Una extraña a mis propios ojos.

Un hecho acabó de transformarme. Acuciado sin duda por necesidades económicas y ante la imposibilidad de comprarse una montura, Samuel Parris alquiló a John Indien a Deacon Ingersoll para que le ayudara en las tareas del campo, con lo cual John Indien no volvió a dormir conmigo más que el sábado, víspera de Sabbat, cuando Dios ordena el descanso incluso a los negros. Noche tras noche me acurrucaba bajo una manta, demasiado ligera, en una habitación sin chimenea, jadeando de deseo del ausente. Muy a menudo, cuando regresaba John Indien, a pesar de su robusta constitución que hasta entonces me había colmado de felicidad, estaba

tan agotado por haber trabajado como una bestia de carga, que se dormía en cuanto apoyaba la cabeza sobre mi pecho desnudo. Yo le acariciaba los cabellos rizados y ásperos, rebosante de piedad y de rebeldía hacia nuestra suerte.

¿Quién, quién ha hecho el mundo?

En mi impotencia y mi desesperación empecé a acariciar la idea de vengarme. ¿Pero cómo? Tramaba planes que rechazaba de madrugada para reconsiderarlos a la caída de la noche. Ya casi ni comía. No bebía nada. Iba como un alma en pena, envuelta en mi chal de burda lana y seguida por uno o dos gatos negros enviados sin duda por la bondadosa Judah White para recordarme que no estaba completamente sola. No era de extrañar que los habitantes de Salem me temieran. Tenía realmente un aspecto temible.

Temible y repelente. Mis cabellos, que ya no peinaba nunca, formaban una pelambreira alrededor de mi cabeza. Mis mejillas se hundían y mis labios resaltaban impúdicos y tirantes sobre mis encías hinchadas.

Cuando John Indien estaba a mi lado se quejaba con dulzura.

—¡Te abandonas, esposa mía! Antes eras una pradera en la que yo me apacentaba. Ahora, las altas hierbas de tu pubis, la espesura de tus axilas, casi me repugnan.

—Perdóname, John Indien, y continúa queriéndome aun si ya nada valgo.

Cogí la costumbre de caminar a grandes zancadas por el bosque, pues fatigando mi cuerpo me parecía fatigar también mi espíritu, y esperaba conciliar de esta forma el sueño. La nieve blanqueaba los senderos y los árboles de nudosas ramas que parecían esqueletos. Un día, al penetrar en un claro del bosque, tuve la impresión de estar en una cárcel cuyas paredes de mármol me aprisionaban. Vislumbraba el blanco y nacarado cielo por un estrecho orificio que se abría sobre mi cabeza y sentí que mi vida iba a terminar allí, envuelta en aquel resplandeciente sudario. ¿Podría entonces mi espíritu encontrar el camino de Barbuda? Y en caso de que lo consiguiera, ¿estaría condenada a vagar impotente y sin voz como Man Yaya y Abena, mi madre? Recordaba sus palabras: «¡Estarás tan lejos y será necesario tanto tiempo para cruzar el agua!».

¡Ay! Debería haberlas acribillado a preguntas. Debía haberlas forzado a transgredir sus reglas y a revelarme lo que yo no llegaba a adivinar, ya que aquel pensamiento no cesaba de obsesionarme: si mi cuerpo seguía la ley de la especie ¿retomaría mi espíritu liberado el camino del país natal?

Me acerco a la tierra que he perdido. Regreso hacia la yerma fetidez de sus heridas. La reconozco por su olor. Olor a sudor, a sufrimiento y a trabajo. Pero, paradójicamente, es un olor fuerte y cálido que me reconforta.

Una o dos veces, vagando por el bosque, me tropecé con habitantes del pueblo que se inclinaban torpemente sobre hierbas y plantas con miradas furtivas que revelaban las intenciones de sus corazones. Esto me divertía mucho. El arte de hacer daño es complejo. Si se apoya en el conocimiento de las plantas, debe estar asociado

a un poder de actuación sobre unas fuerzas evanescentes como el aire, en primer lugar rebeldes, y a las que se trata de conjurar. ¡No se declara bruja quien quiere!

Un día cuando me había sentado sobre la tierra brillante de escarcha arrebujando los pliegues de mi falda contra mis piernas, vi surgir de entre los árboles una pequeña silueta enloquecida y familiar. Era la de Sarah, la esclava negra de Joseph Henderson. Al verme tuvo un movimiento de huida, después, cambiando de opinión, se acercó a mí.

He dicho ya que los negros abundan en Salem, sometidos y subordinados según un coeficiente que el amo fijaba arbitrariamente, peor tratados que los animales de los cuales tenían que ocuparse.

Joseph Henderson, que venía de Rowley, se había casado con una hija de la familia Putnam, la más importante del pueblo. Había sido quizás un matrimonio de conveniencia. En cualquier caso, había resultado poco productivo. A causa de sórdidas razones, la pareja no había recibido las posesiones que esperaba y vegetaba en la pura miseria. Por este motivo, quizás, el ama Priscilla Henderson era siempre la primera en franquear el umbral de la casa de reunión, la primera en entonar las plegarias y la que más pegaba a su criada. Ya nadie se extrañaba de los chichones que poblaban el rostro de Sarah ni del persistente olor a ajos con los que intentaba aliviarse. Se acurrucó junto a mí y exclamó:

—Tituba, ayúdame.

Cogí su manita callosa y rígida como un trozo de madera mal pulido y le pregunté:

—¿Cómo puedo ayudarte?

Su mirada vacilaba.

—Todo el mundo sabe que tus poderes son grandes. Ayúdame a desembarazarme de ella.

Permanecí un momento en silencio y después sacudí la cabeza:

—No puedo hacer lo que ni tu corazón se atreve a proponerme. La que me comunicó su ciencia me ha enseñado a curar y a aliviar más que a hacer daño. Una vez, que como tú, yo deseaba lo peor, me puso en guardia: «No te vuelvas como ellos, que lo único que saben hacer es daño».

Alzó sus frágiles hombros bajo el tosco chal que los cubría.

—La enseñanza debe adaptarse a las sociedades. Ya no estás en Barbuda entre nuestros desdichados hermanos y hermanas. Estás entre unos monstruos que quieren destruirnos.

Escuchándola, yo me preguntaba si era realmente la pequeña Sarah la que así me hablaba o si era el eco de mis más secretos pensamientos lo que resonaba en el gran silencio del bosque. Vengarme. Vengarnos. Yo, John Indien, Mary Black, Sarah y todos los demás. Desencadenar el incendio, la tempestad. Teñir de escarlata la blanca capa de nieve.

Dije con voz turbada:

—No hables así Sarah. Ven a verme a la cocina. Si tienen hambre no faltarán manzanas secas para ti.

Se levantó y el desprecio de su mirada me quemó como si de un ácido se tratará.

Regresé al pueblo sin apresurarme. Sarah me transmitía quizás alguna señal de «lo invisible» y lo mejor sería que pasara tres noches en oración exclamando con todas mis fuerzas:

*Cruza el agua, oh padres míos.
Cruza el agua, oh madres mías.
¡Estoy tan sola en este lejano país!
Cruza el agua.*

Sumergida en estas angustiosas reflexiones, pasaba sin detenerme ante la casa del ama Rebecca Nurse cuando oí que alguien me llamaba por mi nombre. El ama Rebecca Nurse iba por los setenta años y jamás había visto una mujer tan aquejada de males como ella. A veces sus piernas se hinchaban de tal manera que no podía desplazarse ni un centímetro y permanecía tumbada en la cama como aquellas ballenas que se divisan a veces desde la borda de los barcos negreros. Más de una vez sus hijos me habían llamado y siempre había logrado aliviarla. Aquel día su cara envejecida me pareció menos deteriorada. Dedicándome una sonrisa me dijo:

—Dame el brazo, Tituba, quiero andar unos pasos contigo.

Obedecí. Descendimos a lo largo de la calle que conducía al centro del pueblo todavía iluminado por un sol pálido. Me sentía de nuevo inmersa en mi dilema cuando oí que Rebecca Nurse me murmuraba:

—Tituba ¿no puedes castigarlos? Los Houlton han vuelto a dejar sueltos a los cerdos. Por enésima vez han destrozado nuestro huerto.

Tardé un momento en comprender lo que esperaba de mí. Me invadió la cólera y me desasí de su brazo dejándola plantada frente a una valla.

—¡Ah no! No me volveré como ellos. No cederé. No voy, de ninguna manera, a ejercer el mal.

Al cabo de unos diez días Betsey cayó enferma.

No me sorprendió en absoluto. La había abandonado bastante en las últimas semanas, replegada egoístamente en mí y en mi malestar. Ni siquiera sé si por la mañana rezaba por ella y si le suministraba su saludable tisana de cada día. A decir verdad la veía muy poco. Pasaba la mayor parte del tiempo con Anne Putnam, Mercy Lewis, Mary Walcott y las demás, quienes, despedidas de mi cocina, se encerraban desde entonces en el primer piso para librarse a toda clase de juegos cuya turbia índole no ignoraba. Un día Abigail me enseñó una baraja de tarot que había sacado Dios sabe de dónde y me interrogó:

—¿Crees que se puede leer el futuro en esta cartas?

Me encogí de hombros.

—Mi pobre Abigail, ¡no creerás que con unos trozos de cartón coloreado se puede predecir el porvenir!

Entonces agito una mano en la que el dibujo de las líneas surcaba la palma abultada y rosácea.

—¿Y aquí, se puede leer el futuro?

Alcé de nuevo los hombros y no respondí.

Sí, ya sé que la banda de chiquillas se entregaba a unos juegos peligrosos pero cerré los ojos. Todas aquellas tonterías, cuchicheos y risas incontroladas ¿las estarían vengando quizá de la terrible cotidianidad de su existencia?

*«En el pecado de Adán
nos hundimos todos...».*

*«La mancha está en nuestra frente
no podemos borrarla», etc.*

Por lo menos durante unas horas volvían a ser libres y a sentirse ligeras.

Un atardecer, después de cenar, Betsey cayó redonda al suelo y permaneció extendida con los brazos en cruz, los ojos en blanco y un rictus que dejaba al descubierto sus dientes de leche. Me precipité a socorrerla. Sin embargo, apenas mi mano había rozado su brazo, se relajó y emitió un aullido. Me quedé desconcertada. El ama Parris se abalanzó sobre ella y la abrazó cubriéndola de besos.

Yo me volví a la cocina.

Cuando llegó la noche y cada uno se había retirado a su habitación, esperé prudentemente unos instantes antes de volver a bajar la escalera de madera como si fuera un malhechor. Conteniendo la respiración, entreabrí la puerta de Betsey pero, con gran sorpresa, vi que la habitación estaba vacía como si sus padres, para protegerla de algún mal desconocido, se la hubieran llevado con ellos.

Volví a recordar perfectamente la expresión de la mirada que el ama Parris me había lanzado. El mal desconocido que se había apoderado de Betsey no podía venir de nadie más que de mí.

¡La ingratitud de las madres!

Desde que habíamos dejado Bridgetown no había cesado de atender solícitamente al ama Parris y a Betsey. Había vigilado hasta sus estornudos y aliviado sus ataques de tos. Había aromatizado la sémola que comían y salpicado de especias sus caldos. Había salido bajo el viento huracanado para traer una libra de melaza. Había afrontado la nieve por algunas espigas de maíz.

Pero en un abrir y cerrar de ojos todo esto cayó en el olvido y me convertí en una enemiga. Quizás, en verdad, nunca había dejado de serlo y el ama Parris estaba celosa de los lazos que me unían a su hija.

Si hubiera estado menos confusa, hubiera intentado razonar y comprender este cambio. Elizabeth Parris vivía desde hacía meses en la deletérea atmosfera de Salem entre las gentes que me consideraban Satanás y no se privaban de airearlo extrañándose de que, junto con John Indien, fuera tolerada en una casa cristiana. Es probable que tales pensamientos la hubieran contaminado a su vez, incluso si en los primeros tiempos los había rechazado enérgicamente. Pero yo me sentía incapaz de ser objetiva con el dolor que reconcomía. Subí a mi cuarto atormentada y me acosté con mi soledad y mi pesadumbre. La noche pasó.

Al día siguiente bajé la primera como de costumbre para preparar el desayuno. Había huevos recién puestos y los batí para hacer una espumosa tortilla. En aquel momento la familia ocupó sus sitios en la mesa para rezar las plegarias cotidianas. La voz de Samuel Parris se alzó con energía:

—¡Tituba!

Cada mañana me llamaba de la misma manera: con dureza y sequedad. Pero en aquel instante su voz resonó particularmente amenazadora. Me adelanté sin prisas.

En cuanto pisé el umbral de la puerta anudándome estrechamente el chal, pues el fuego recién encendido ahumaba sin dar todavía calor alguno, la pequeña Betsey saltó de su silla y revolcándose en el suelo se puso a gritar.

Sus aullidos no eran humanos.

Cada año en previsión de la Navidad, los esclavos tenían la costumbre de cebar a un cerdo que mataban dos días antes de la cena de Nochebuena con el fin de que su carne, marinada en limón y hojas de bosque de la India, expulsara todas sus impurezas. Degollaban al animal de madrugada, después lo colgaban cabeza abajo de las ramas de una güira. Mientras su sangre chorreaba primero a borbotones, luego gota a gota, el cerdo berreaba con unos alaridos roncós, insoportables, que el silencio de la muerte acallaba bruscamente.

Así gritaba Betsey. Como si de repente aquel cuerpo de niña se hubiera transformado en el de un animal vil habitado por un poder monstruoso.

Abigail permaneció de pie visiblemente desconcertada. Después su mirada que todo lo percibía voló del rostro acusador de Samuel Parris al del ama Parris que no era mucho menos terrorífica. Luego escudriñó mi cara, que debía de expresar una turbación total. Parecía comprender de que se trataba, y entonces, como un ser temerario que se arroja a una charca sin saber lo que esconde su verdosa superficie, saltó de su silla y se tiró al suelo aullando de la misma manera.

Aquel horrible concierto duró unos minutos. A continuación las dos niñas entraron en una especie de catalepsia. Entonces Samuel Parris dijo:

—Tituba, ¿qué les has hecho?

Me hubiera gustado contestar con una carcajada de soberano desprecio antes de marcharme hacia mi cocina. En lugar de ello me quedé pegada al suelo, horrorizada, mirando a las dos chiquillas sin poder pronunciar una palabra. Finalmente el ama Parris murmuró con voz quejumbrosa:

—¡Observa el efecto de tus sortilegios!

Era demasiado. Exploté.

—Ama Parris, cuando usted estuvo enferma, ¿quién la cuidó? En el cuchitril de Boston donde estuvo a punto de morir, ¿quién hizo brillar sobre su cabeza el sol de la curación? Sí, fui yo, ¿por qué me habla usted de sortilegios?

Samuel Parris giró sobre sí mismo como una fiera salvaje que descubre una nueva presa y ruga:

—Elizabeth Parris, hable claro. ¿También usted se ha prestado a estos juegos satánicos?

La pobre criatura se tambaleó antes de caer de rodillas a los pies de su marido.

—Perdóneme, Samuel Parris, no sabía lo que hacía.

Ignoro si Samuel Parris se hubiera sentido culpable a su vez si en aquel momento Betsey y Abigail no hubieran salido de su trance para volver a aullar como condenadas.

De repente resonaron unos golpes en la puerta de entrada, provocados por los puños de nuestros vecinos alborotados. El rostro de Samuel Parris se transfiguró; puso un dedo sobre los labios indicando silencio, agarró a las niñas como si fueran haces de leña y las subió al primer piso.

Al cabo de un momento el ama Parris recuperó el aplomo y abrió la puerta a los curiosos balbuceando frases tranquilizadoras.

—No es nada, no es nada. Esta mañana el amo Parris ha decidido castigar a las chiquillas.

Los recién llegados asintieron ruidosamente.

—En mi opinión, esto hubiera debido hacerse con más frecuencia.

El ama Sheldon, cuya hija Susanna se encerraba cada día con Abigail, emitió la primera nota discordante.

—Esto me recuerda a las chicas de Goodwin. ¡Con tal de que no hayan sido embrujadas!

Mientras así hablaba clavó sobre mí su mirada pálida y cruel. El ama Parris logró emitir una risa amarga.

—¿Qué pretendéis con esto, ama Sheldon? ¿Es que ignoráis que el niño es como el pan que hay que amasar? Y creedme, Samuel Parris es un buen panadero.

Todo el mundo se rió a carcajadas. Volví a mi cocina. Después de unos instantes de reflexión las cosas me resultaban más claras. Voluntaria o involuntariamente, consciente o inconscientemente, algo o alguien había vuelto a Betsey contra mí, porque estaba convencida de que en este asunto Abigail no era más que una comparsa muy hábil para olfatear la mejor manera de lucirse en su papel. Era necesario recuperar la confianza de la niña, cosa que no dudaba lograr si podía estar a solas con ella.

A continuación debía protegerme. Ya había tardado mucho en hacerlo. Debía devolver golpe por golpe. Debía exigir ojo por ojo. Las viejas lecciones de Man Yaya

ya no estaban vigentes. Quienes me rodeaban eran tan feroces como los lobos que aúllan a la muerte en los bosques de Boston, y yo tenía que volverme como ellos.

Sin embargo, había algo que ignoraba. La maldad es un don que se recibe al nacer. No se adquiere. Los que entre nosotros no han venido al mundo armados de uñas y dientes, son perdedores en todos los combates.

—Te contemplo, mi pobre mujer rota, después de todos estos años que hemos vivido juntos y creo que no comprendes este mundo de blancos en el que vivimos. Piensas que hay excepciones. Crees que algunos de ellos pueden estimarnos y querernos. ¡Cómo te equivocas! Hay que odiar sin discernimiento.

—John Indien, ¡qué bien te cuadra hablarme de esa manera! Tú que eres como una marioneta en sus manos. Yo tiro de este hilo, tú tiras del otro...

—Llevo una máscara, mujer acorralada. Pintada de los colores que ellos desean. ¿Ojos rojos y saltones? «Sí, amo». ¿Boca hocicona y violácea? «Sí, ama». ¿La nariz aplastada como un sapo? «Como ustedes gusten, señoras y señores». Y detrás de todo esto, soy yo mismo, libre, John Indien. Te observaba chupar a la pequeña Betsey como un caramelo de miel y me decía: «¡Ojalá nunca se sienta decepcionada!».

—¿Crees entonces que no me quiere?

—Somos negros, Tituba. El mundo entero está contra nosotros.

Me acurruqué contra el pecho de John Indien ya que sus palabras no eran demasiado crueles. Finalmente balbuceé:

—¿Qué va a pasar ahora?

Reflexionó.

—A Samuel Parris le preocupa más que a nadie, que el rumor de que las niñas están embrujadas se extienda por todo Salem. Hará venir al doctor Griggs con la esperanza de que se trate de una enfermedad vulgar y común. Las cosas no se estropearán del todo a no ser que el pobre infeliz no pueda curarlas.

—Escucha, John Indien, Betsey no puede estar enferma. La he protegido contra todo...

—¡Ahí está la desgracia! Querías protegerla. Ella explicaba los pormenores, con toda inocencia, estoy convencido, a Abigail y a su corte de pequeñas arpías, y las demás los convertían en puro veneno. Por desgracia ella ha sido la primera víctima.

Estallé en sollozos. John Indien no me consoló, diciendo por el contrario con voz áspera:

—¿Ya recuerdas que eres la hija de Abena?

Aquella frase me hizo recordar un poco de mi identidad.

Por el estrecho tragaluz se filtraba el día sucio como un harapo. Debía levantarme y dedicarme a la cotidianidad de las cosas.

Samuel Parris ya estaba vestido y se disponía a dirigirse a la casa de reunión, pues era el día de Sabbat.

El sombrero negro le ocultaba la mitad de la frente reduciendo su rostro a un triangulo de líneas rígidas. Se volvió hacia mí:

—Tituba, no acuso sin pruebas y me reservo también mi sentencia, pero si mañana el doctor Griggs confirma la influencia del demonio sabrás que clase de hombre soy.

Protesté sarcástica:

—¿A qué llama usted pruebas?

Continuó mirándome fijamente:

—Te obligaré a confesar lo que les has hecho a mis hijas y te haré ahorcar. ¡Qué hermoso fruto colgará de los árboles de Massachusetts!

En aquel momento el ama Parris y las dos chiquillas entraron en la estancia. Abigail llevaba entre las manos el libro de oraciones.

Fue la primera en caer y empezar a gritar. Por un instante Betsey permaneció de pie con el rostro de color escarlata, dudando, creo, entre la afección y el terror. Luego se derrumbó junto a Abigail.

Empecé a gritar a mi vez:

—¡Alto, alto! Saben muy bien, Betsey y Abigail, que nunca les he hecho mal alguno. Sobre todo usted, Betsey. Todo lo que deseaba era ayudarlas y aliviarlas.

Samuel Parris se acercó a mí y la fuerza de su odio era tal que vacilé como si me hubiera golpeado.

—¡Explícate! Has hablado demasiado, ¿qué les has hecho?

También ahora me salvó el grupo de vecinos amotinados como la víspera por todo aquel jaleo. Formaron un círculo respetuoso y mudo de horror alrededor de las niñas que seguían presas de las más indecentes convulsiones. John Indien, que a su vez había aparecido, sin decir una palabra se fue a buscar un cubo de agua a la cocina y, ¡zas!, lo arrojó sobre las pequeñas dementes. Esto las calmó. Se levantaron chorreando, casi contritas. Tomamos, en procesión, el camino hacia la casa de reunión.

El tumulto volvió a empezar en el momento de ocupar nuestros puestos en el banco de oraciones. John Indien tenía la costumbre de entrar el primero seguido por mí, y así el ama Parris y yo rodeábamos a las niñas. Cuando le tocó a Abigail arrodillarse a mi lado, se detuvo, dio un salto atrás que la proyectó hasta el pasillo central y comenzó a chillar.

¡Imagínense el oficio del domingo en Salem! Estaban todos allí, John Putnam, el vendedor de ron, Thomas Putnam, el sargento y Anne, su mujer, Gilles Corey y su esposa Martha, sus hijas Johanna Chibum, Nathaniel Ingersoll, John Proctor y Elizabeth... y otros, muchos otros. Y también reconocí las caras de ojos brillantes de excitación de las chiquillas adolescentes, camaradas de los peligrosos juegos de Abigail y Betsey. Ellas asimismo se morían de ganas de echarse al suelo atrayendo las miradas de toda la concurrencia. Lo presentía, no pararían hasta entrar ellas también en el baile.

Abigail fue la única esta vez en contorsionarse y organizar el escándalo. Betsey no la imitó. Al cabo de un momento Abigail se calló y permaneció postrada con los cabellos escapándose rebeldes de la toca. John Indien se levantó del banco y cogiéndola en sus brazos la llevó hasta la casa. El resto del oficio se desarrolló sin incidentes.

Confieso que soy ingenua. Estaba convencida de que incluso una raza perversa y criminal puede producir individuos sensibles y buenos, como un árbol apergaminado puede dar frutos generosos. Creía en el afecto de Betsey, desviado pasajera­mente por no sabía quién, pero que esperaba reconquistar. Aproveché por lo tanto un momento en que el ama Parris había bajado a dialogar con la multitud de curiosos que esperaban impacientes noticias de las niñas, para subir a su habitación.

Estaba sentada junto a la ventana con los dedos inmóviles sobre su tapicería, y en el crepúsculo su carita reflejaba una expresión tal, que se me encogió el corazón. Al ruido de mis pasos levantó la cabeza e inmediatamente sus labios se abrieron para dejar escapar un grito. Me precipité sobre ella y le tapé la boca. Me mordió con tanta ferocidad que la sangre brotó de mi mano y nos quedamos mirándonos cara a cara, mientras un hilillo escarlata humedecía el suelo.

Dije, lo más dulcemente que pude, a pesar del dolor:

—Betsey, ¿quién te ha puesto contra mí?

Sacudió la cabeza.

—Nadie, nadie.

Insistí.

—¿No será Abigail?

Siguió moviendo la cabeza, cada vez más violentamente.

—No, no, ellas sólo me han dicho que lo que me hacías era malo.

Hablé en el mismo tono.

—¿Por qué les habló de ello? ¿No le había dicho yo que este secreto debíamos guardarlo entre las dos?

—¡No podía, no podía! Todas esas cosas que me hacías... —Su labio superior adquirió un rictus espantoso que descubrió sus enfermizas encías—. ¿Tú hacer el bien? Tú eres una negra, Tituba. Tú sólo puedes hacer daño. Tú eres el mal.

Ya había oído estas palabras, o bien, ya había leído su esencia en las miradas. Pero nunca me hubiera imaginado que saldrían de una boca que me era tan querida. Me quedé sin voz. Betsey silbó como si fuera una mamba^[6] verde de las islas.

—¿Qué contenía el baño que me hiciste tomar? ¿Quizá la sangre de un recién nacido que habías matado por maldad?

Me quede absolutamente abrumada.

—Aquel gato que alimentabas cada mañana era Él, ¿no es así?

Empecé a llorar.

—Cuando te ibas hacia el bosque era para encontrarte con las demás, tus semejantes, y bailar con ellas, ¿verdad?

Encontré la fuerza suficiente para salir de la habitación.

Atravesé el comedor lleno de excitadas y charlatanas matronas y me retiré a mi cocina. Alguien había hecho desaparecer el cuenco en el que contemplaba los

contornos de mi Barbuda y me senté en un taburete, rígida y tensa de dolor. Estando allí encogida y acurrucada apareció Mary Sibley. No sentía más simpatía por ella que por la mayoría de las mujeres del pueblo. Confieso, sin embargo, que una vez o dos me había hablado con bastante compasión del destino que los blancos adjudicaban a los hombres de piel negra. Me cogió por los brazos.

—Escucha, Tituba. Muy pronto la manada de lobos se arrojará sobre ti y se apresurará a relamerse antes de que la sangre se cuaje y pierda su sabor. Debes defenderte y demostrar que estas niñas no están embrujadas.

Me sorprendí y dije desconfiando de aquella inesperada solicitud:

—Me gustaría mucho ser capaz de ello. Por desgracia no conozco la manera de hacerlo.

Bajo la voz.

—Eres la única que lo ignora. Basta con hacerles un pastel. La diferencia estriba en que en lugar de amasar harina con agua has de añadirle orines. Después, una vez que esté cocido en el horno, lo ofreces...

La interrumpí.

—Ama Sibley, a pesar de todo el respeto que le debo, ¡déjese de cuentos!

Con una pirueta se acercó a John Indien que entraba en aquel preciso momento.

—¿Pero ya sabes lo que hacen ellos con las brujas? Me esfuerzo en ayudarla y hete aquí que se ríe en mis narices.

John Indien se puso a mover los ojos de derecha a izquierda y profirió con voz llorosa:

—¡Oh sí, ama Sibley, ayúdeme! ¡Ayude a la pobre Tituba y al pobre John Indien!

Pero yo aguanté firme e insistí:

—Ama Sibley, ¡déjese de cuentos!

Salió muy ofendida y seguida por John Indien, que se esforzaba en vano por apaciguarla. Hacia el final de la tarde todas las que yo había echado de la cocina entraron una detrás de la otra. Sin que faltara ninguna. Anne Putnam. Mary Walcott. Elizabeth Hubbard. Mary Warren. Mercy Lewis. Elizabeth Booth. Susanna Sheldon. Sarah Churchill. Y comprendí que venían a provocarme. Que venían a alimentarse con el espectáculo de mi hundimiento. ¡Y era sólo el principio! Aún caería más bajo, todavía me haría más daño. En este feliz anticipo sus ojos relucían de crueldad. Se tornaban casi bellas dentro de sus uniformes y ridículas vestimentas. Se tornaban casi deseables. Mary Walcott, con las nalgas en forma de baúl de las Indias, Mary Warren, con los pechos en forma de peras prematuramente marchitas, Elizabeth Hubbard con los dientes semejantes a piedras de cantera que se escapaban de su boca.

Aquella noche soñé con Susana Endicott y recordé sus palabras:

—¡Viva o muerta, siempre te perseguiré!

¿Era pues su venganza? ¿Estaba muerta y enterrada en el cementerio de

Bridgetown? ¿Había sido su casa vendida al mejor postor y distribuidos sus bienes a los pobres como ella había deseado?

¿Era pues su venganza?

John Indien había regresado a la casa de Deacon Ingersoll y mi cama estaba vacía y fría como la tumba que algunos me cavaban. Aparté la cortina y vislumbré la luna asentada como una amazona en mitad del cielo. Una estela de nubes se anudó alrededor de su cuello y el cielo que la circundaba se volvió color tinta. Me estremecí y me acosté de nuevo.

Pero antes de medianoche mi puerta se abrió y me encontré en un estado de excitación y de angustia tal que de un salto me incorporé de la cama. Era Samuel Parris. No pronunció ni una palabra y se quedó de pie en la penumbra. Sus labios murmuraban plegarias que no podía entender. Durante un tiempo, que me pareció infinito, su silueta alargada permaneció inmóvil apoyada contra la pared. Después se retiró tal como había venido y llegué a creer que todo había sido un sueño, incluso su aparición.

Por la mañana el sueño acabó por acogerme en sus manos bienhechoras, y caritativo conmigo, me ofreció un paseo a través de los cerros de mi Barbuda. Volví a ver la choza en la que había pasado tantos días felices, en aquella soledad que, ahora me daba cuenta, había sido mi mayor dicha. ¡Mi choza no había cambiado!

Apenas se hallaba un poco más deteriorada, un poco más musgosa. El emparrado de ramas de manzano estaba cargado de frutos. La güira mostraba redondeces semejantes al vientre de una mujer encinta. El río Ormonde gorjeaba como un recién nacido.

País, país perdido. ¿Podré alguna vez volver a verte?

El doctor Griggs y yo manteníamos excelentes relaciones. Sabía que yo había hecho maravillas aliviando el decaimiento del ama Parris y que gracias a mí el ama era capaz de cantar los salmos del domingo en la casa de reunión. Sabía también que había curado las toses y las bronquitis de las chiquillas. Incluso una vez vino a pedirme una cataplasma para una llaga maligna que su hijo tenía en el tobillo.

Hasta entonces no parecía encontrar malicia alguna en mis facultades. Sin embargo aquella mañana cuando empujó la puerta de Samuel Parris evitó mirarme y comprendí que se estaba preparando para incorporarse al bando de mis acusadores. Subió la escalera que conducía al primer piso y en el rellano le oí conversar en voz baja con amo y ama Parris. Al cabo de un momento la voz de Samuel Parris resonó:

—Tituba, debes estar presente.

Obedecí.

Betsey y Abigail estaban en la habitación de sus padres sentadas uno junto a la otra en la amplia cama cubierta por un edredón. Apenas entré en el dormitorio ambas se arrojaron al suelo lanzando desenfrenados alaridos. El doctor Griggs no se dejó impresionar. Puso sobre la mesa una serie de gruesos libros encuadernados en piel que abrió por unas páginas cuidadosamente y empezó a leer con mucha seriedad. Después se volvió hacia el ama Parris y le ordenó:

—¡Desnúdelas!

La pobre desgraciada parecía desconcertada y me acordé de las confidencias que me había hecho acerca de su marido: «Mi pobre Tituba, me posee sin quitarse su ropa ni despojarme de la mía».

El doctor Griggs repitió en un tono que no admitía demora ni contradicción:

—¡Desnúdelas!

Ella tuvo que obedecer.

No me entretengo en describir las dificultades con las que topó para desnudar a las chiquillas que se movían cual gusanos cortados en dos y que gritaban como si las estuviesen despellejando vivas. De todas formas consiguió hacerlo y los cuerpos de las niñas aparecieron, el de Betsey perfectamente infantil, el de Abigail ya acechado por la adolescencia con la incipiente vellosidad del pubis y las rosadas aureolas de los pezones. El doctor Griggs las examinó minuciosamente a despecho de los abominables epítetos que Abigail le dedicaba sumando a sus aullidos las más viles injurias. Por fin Griggs se volvió hacia Samuel Parris y dijo con compasión:

—No constato desorden alguno ni en el bazo ni en el hígado, ni congestión de la bilis ni calentamiento de la sangre. En una palabra: no encuentro ninguna causa física. Debo convenir que la mano del demonio se ha posado con toda certeza sobre ellas.

Aquellas palabras fueron acogidas por una salva de ladridos, de bufidos, de rugidos. Alzando la voz para dominar el tumulto el doctor Griggs continuó:

—Pero no soy más que un humilde practicante de pueblo. Acudan, por amor a la máxima verdad, a colegas más sabios que yo.

Dicho esto recogió sus libros y se marchó.

Bruscamente se hizo el silencio en la sala como si Abigail y Betsey se hubieran percatado de la enormidad que había sido proferida. Después Betsey estalló en sollozos lastimeros en los que parecían mezclarse el miedo, el remordimiento y una infinita lasitud.

Samuel Parris se reunió conmigo en el rellano y de un empujón me lanzó contra la pared. Luego se abalanzó sobre mí y me cogió por los hombros. No me había dado cuenta de lo fuerte que era. Sus manos eran como garras de aves rapaces y no había aspirado nunca desde tan cerca el hedor que emanaba de su cuerpo. Recalcó:

—Tituba, se ha demostrado que eres tú quien realmente ha embrujado a mis hijas. Te lo repito: te haré ahorcar.

Tuve la fuerza suficiente para protestar.

—¿Por qué piensa en mí cuando se trata de sortilegios? ¿Por qué no piensa en sus vecinos? Mary Sibley parece saber mucho sobre ellos, interróguela.

Empezaba ya a comportarme como un animal acorralado que muerde y araña a quien puede.

La cara de Samuel Parris se tornó rígida y su boca se redujo a delgado y sanguinolento rasgo. Aflojó sus contraídos miembros.

—¿Mary Sibley?

Sin embargo, estaba escrito que Samuel Parris no podría pedirle explicaciones a Mary Sibley, al menos en aquel momento, pues de repente una manada de vociferantes comadres entró en la planta baja. El mal se extendía y había alcanzado a otras muchachas de la aldea. Una después de otra, Anne Putnam, Mercy Lewis, Mary Walcott habían caído bajo lo que se había dado en llamar la influencia del Demonio.

Del norte al sur de Salem, sobre las cárceles de madera que eran las casas, sobre los corrales de los animales, se elevaba un rumor informe de voces. Voces de «poseídas». Voces de padres aterrorizados. Voces de servidores o de allegados intentando prestar auxilio. Samuel Parris parecía exhausto:

—Mañana iré a Boston a consultar con las autoridades.

Yo no tenía nada que perder y arremangándome la falda sobre los chanclos de madera que me ensangrentaban los pies corrí a casa de Anne y Thomas Putnam. Thomas Putnam era, sin lugar a dudas, uno de los hombres más ricos de Salem. Aquel formidable coloso, con su sombrero de un metro de circunferencia y su capa de espeso paño inglés, contrastaba fuertemente con su mujer, a la que todos en voz baja calificaban de loca. Más de una vez su hija, la pequeña Anne, me había hablado de lo mucho que su madre deseaba hablar conmigo sobre las visiones que tenía.

—¿Qué visiones?

—Ve cómo algunos se asan en el infierno.

Es comprensible que, después de tamaños despropósitos, yo prefiriese evitar

cualquier contacto con Anne Putnam.

De entre la muchedumbre que atestaba la planta baja nadie me prestó atención y pude, con toda tranquilidad, observar las evoluciones de la pequeña Anne. En un momento dado se enderezó y señalando la pared con el índice dijo en tono teatral:

—¡Allí, allí! Lo veo con su nariz semejante al pico de un águila, sus ojos cual bolas de fuego y todo su cuerpo recubierto de largos pelos. Allí, allí, ¡lo estoy viendo!

¿Qué es lo que uno podía esperar? Pues, naturalmente, que aquel gentío de adultos se riera en sus narices antes de calmar sus eventuales terrores infantiles. En lugar de ello, la asistencia se precipitó en todas direcciones y cayó de rodillas recitando salmos y oraciones. La única en ponerse en jarras y echar la cabeza hacia atrás para soltar un irónico relincho fue Sarah Good.

E incluso añadió dirigiéndose a mí:

—¿Por qué no sale a bailar con él? Si alguna de sus criaturas se encuentra en esta habitación, mi opinión es que usted es una de ellas.

Después, tomando a su pequeña Dorcas de la mano, se retiró. Ojalá yo hubiera hecho lo mismo, porque en el movimiento que produjo su salida acompañada de aquellas burlonas palabras, todos miraron a su vecino y me descubrieron en el rincón en el que me había refugiado.

Fue el ama Pope quien me lanzó la primera piedra:

—¡Vaya neófita nos ha aportado Samuel Parris! En verdad no ha logrado hacer brotar oro y se ha conformado con esta higuera maldita.

El ama Pope, una mujer sin marido como tantas en Salem, pasaba la mayor parte de su tiempo divulgando de casa en casa un montón de chismes. Sabía siempre por qué tal o cual recién nacido había fallecido, por qué el vientre de una recién casada permanecía vacío como un odre... y en general todo el mundo la huía. Sin embargo aquella vez logró la unanimidad. Ama Huntchinson siguió su ejemplo y recogió la segunda piedra.

—Desde que apareció en el pueblo con sus ropajes de luto en su equipaje, comprendí que había abierto la puerta de la desgracia. Y ahora la desgracia se cierne sobre nosotros.

¿Qué hubiera podido decir para defenderme?

Con gran sorpresa por mi parte, Elizabeth Proctor, que lo observaba todo con la mayor aflicción, se atrevió a levantar la voz:

—Absténganse de condenar antes de que haya llegado la hora de juzgar. No sabemos si se trata de un embrujamiento...

Diez voces cubrieron la suya.

—¡Sí, sí! ¡El doctor Griggs lo ha reconocido!

Ama Proctor alzó con valentía los hombros:

—¿Y qué? ¿Nadie ha visto alguna vez equivocarse a un médico? ¿No fue el mismo Griggs quien mando al cementerio a la mujer de Nathaniel Bayley al tratarle la garganta cuando su sangre estaba envenenada?

Le dije:

—No se preocupe tanto por mí, ama Proctor. ¡El veneno del sapo no ha disminuido nunca el perfume de la rosa!

Hubiera podido con toda seguridad elegir una comparación más adecuada, pues mis enemigas la aprovecharon enseguida gritando muertas de risa:

—¿Quién es la rosa? ¿Eres tú? ¿Eres tú? Pobre Tituba, te equivocas, sí, te equivocas sobre tu color.

Aunque Man Yaya y Abena, mi madre, no me hablaban más, yo las presentía a mi alrededor en algún que otro momento. Con frecuencia, por la mañana, una sombra frágil se agarraba de las cortinas de mi habitación antes de ovillarse a los pies de mi cama y de comunicarme, impalpable como era, una sorprendente claridad. Entonces reconocía a Abena por la fragancia a madreselva que se extendía por mi miserable reducto. El olor de Man Yaya era más intenso, algo parecido a la pimienta y también más insidioso. Man Yaya no me transmitía calor pero daba a mi espíritu una especie de agilidad, es decir la convicción de que, a fin de cuentas, nada lograría destruirme. Para hacer un esquema somero, digamos que Man Yaya me aportaba la esperanza y Abena, mi madre, la ternura. Sin embargo es evidente que ante los grandes peligros que me amenazaban hubiera necesitado una comunicación más estrecha. Palabras. A veces nada vale tanto como las palabras. A veces mentirosas, a menudo traidoras, pero no por ello menos repletas de irremplazables bálsamos.

En un pequeño cercado, detrás de nuestra casa, yo criaba aves de corral, por lo que John Indien me había construido un gallinero. Con frecuencia había sacrificado algún ave en honor de mis amados seres invisibles. No obstante, de momento, necesitaba otros mensajeros. Dos casas más allá, la anciana ama Huntchinson se enorgullecía de su rebaño de corderos, sobre todo de uno de ellos, inmaculado y con la frente marcada con una estrella. Al alba, cuando sonaba la corneta que anunciaba a todos los habitantes de Salem que ya era hora de honrar a su dios, un pastor que ella había alquilado para las tareas ganaderas tomaba el camino de la dehesa comunal situada al otro extremo del pueblo, seguido por dos o tres perros. El ama Huntchinson había tenido incluso algunas desagradables pendencies pues se negaba a pagar las tasas de pastoreo. ¡Esto era Salem! Una comunidad en la que todos robaban, hacían trampas y saqueaban envolviéndose en la capa del nombre de Dios. Y por mucho que la ley marcara a los ladrones con una B^[7], cortara orejas, arrancara lenguas, los crímenes proliferaban.

Todo esto para explicar que no tuve ningún escrúpulo en robar a una ladrona.

Desaté la cuerda del corral y me deslicé entre los animales somnolientos y rápidamente inquietos. Cogí el cordero. Se resistió a la presión de mi mano, reculando con energía, pero yo era más fuerte y tuvo que seguirme.

Lo llevé hasta la linde del bosque.

Nos estuvimos mirando durante un breve instante, él, la víctima; yo, el verdugo tembloroso, suplicándole que me perdonara y que aunara mis plegarias a su sangre sacrificada en el holocausto. Después lo degollé con un tajo nítido y contundente. Cayó de rodillas mientras la tierra se humedecía alrededor de mis pies. Unté mi frente con aquella sangre fresca. Después extraje las vísceras del animal sin que el hedor de órganos y de excrementos me molestara lo más mínimo. Corté su carne en cuatro partes iguales y las presenté a los cuatro puntos cardinales antes de dejarlas como ofrendas para los míos.

Luego permanecí postrada entre plegarias y encantamientos que se atropellaban en mi cabeza. ¿Iban por fin a hablarme aquellas de las que yo sacaba fuerzas para vivir? Las necesitaba. Ya no tenía mi tierra, sólo tenía a mi hombre. Por tanto las necesitaba, a ellas, las que me habían hecho nacer. Pasó un tiempo, para mí incalculable. A continuación surgió un rumor de entre la maleza. Man Yaya y Abena, mi madre, estaban delante de mí. ¿Iban a romper por fin aquel silencio contra el que chocábamos como si fuera una pared? Mi corazón latía desesperadamente. Por fin Man Yaya habló:

—¡No pierdas la cabeza, Tituba! Ya sabes que la mala suerte es la hermana gemela del negro. Nace con él, se acuesta con él, le disputa el mismo pecho marchito. Le quita el pan de la boca. Sin embargo el negro resiste. Y los que desean verlos desaparecer de la superficie de la tierra perderán el tiempo. Serás la única en sobrevivirlos.

Supliqué:

—¿Volveré algún día a Barbuda?

Man Yaya se encogió de hombros y únicamente dijo:

—¡Vaya pregunta!

Después, con un ligero ademán de despedida, desapareció. Abena, mi madre, se demoró unos momentos más emitiendo su cuota habitual de suspiros. Por fin también se desvaneció sin aportarme explicación alguna.

Me alcé del suelo un poco más serena. A pesar del frío, las moscas atraídas por el olor a sangre y a carne fresca empezaron a revolotear. Regresé al pueblo donde ya resonaban los toques de corneta del amanecer. No me había dado cuenta del largo rato transcurrido, embebida como estaba en mis plegarias. A Sarah Huntchinson la había despertado el pastor que se había percatado de inmediato de la desaparición del rey de su rebaño, y ésta, con los cabellos enmarañados debajo de su toca, gritaba rabiosa:

—Algún día la venganza de Dios caerá sobre los habitantes de Salem como en Sodoma y Gomorra. Ni diez hombres justos podrán evitar al pueblo el castigo supremo. ¡Ladrones, caterva de ladrones!

Llegué a simular hipócritamente que compartía su emoción y ella, bajando la voz, me arrastró hasta un rincón de su jardín:

—Ayúdame, Tituba. Ayúdame a encontrar al que me ha hecho daño y castígalo.

Que su primera criatura, si la tiene, muera de algo parecido a las viruelas. Si todavía no ha nacido, que su mujer nunca se la dé. Porque tú puedes hacerlo, lo sé. Dicen por todas partes que no hay bruja más temible que tú.

La miré sin pestañear, repleta de la fugitiva arrogancia que me habían insuflado Man Yaya y Abena, mi madre, y respondí:

—Las más terribles no son las más nombradas. Ha vivido usted suficiente, ama Hutchinson, para saber que no hay que escuchar las habladurías.

Rió con maldad:

—¡Qué razonable eres, negrita mía! No lo serás tanto cuando te balancees colgando de una soga.

Regresé a casa tiritando.

Parecerá extraño, quizá, que pudiera temblar pensando en la muerte. Pero ahí está la ambigüedad de mis semejantes. Poseemos un cuerpo mortal y en consecuencia somos presa de todas las angustias que acosan a la mayoría de las personas. Tememos el sufrimiento igual que ellos. Como a ellos nos asusta la terrible antecámara que remata la vida terrenal. Por mucho que sepamos que sus puertas se abrirán ante nosotros para alcanzar una distinta existencia, esta vez eterna, la angustia nos ahoga. Para traer de nuevo la paz a mi corazón y a mi espíritu, tuve que repetirme varias veces las palabras de Man Yaya:

—De entre todos, serás la única superviviente.

SEGUNDA PARTE

1

Como tres grandes aves de rapiña, los ministros ocuparon sus puestos en el comedor. Uno venía de la parroquia de Beverly, dos de la ciudad de Salem. Extendieron sus piernas huesudas hacia el fuego que relucía chispeante y luminoso en la chimenea. Después acercaron a él las palmas de sus manos. Finalmente uno de ellos, el más joven, Samuel Allen, levantó los ojos hacia Samuel Parris y preguntó:

—¿Dónde están las niñas?

Samuel Parris respondió:

—Esperan en el piso de arriba.

—¿Están todas?

Samuel Parris afirmó con la cabeza.

—He rogado a sus padres que las condujeran hasta aquí de buena mañana. Ellos aguardan en la casa de reunión rezando al Señor.

Los tres ministros se levantaron.

—Hagamos lo mismo, pues la tarea que nos incumbe exige el auxilio de Dios.

Samuel Parris abrió su libro y empezó a leer con aquel tono declamatorio y apasionado que tanto le agradaba:

Así habla el Padre eterno:

El cielo es mi trono

y la tierra mi estribo.

¿Qué mansión podrías construirme,

y qué lugar me darías por morada?

Todas estas cosas las ha creado mi mano...

Siguió leyendo durante bastantes minutos, después cerró el libro y dijo:

—Isaías. Capítulo 66.

Fue Edward Payson, de Beverly, quien ordenó:

—¡Háganlas bajar!

Samuel Parris salió apresuradamente y, dirigiéndose a mí, dijo con sorprendente bondad:

—Si eres inocente no tienes nada que temer.

Contesté con una voz que hubiera deseado más firme pero que sonó temblorosa y áspera al mismo tiempo:

—Soy inocente.

Las niñas entraban ya en la habitación. Samuel Parris había mentido al decir que estaban todas pues sólo aparecieron Betsey, Abigail y Anne Putnam.

Más tarde comprendí que había seleccionado a las más jóvenes de las endemoniadas, como se las llamaba, a las más lastimosas, a aquellas a las cuales los

corazones de los padres y de esposos no deseaban más que aliviarlas de sus sufrimientos y abreviar sus tormentos.

Pensé para mis adentros que, a excepción de Betsey, diáfana y con los ojos relucientes de terror, Abigail y Anne Putnam no me habían parecido nunca en mejor forma, sobre todo la primera con su aspecto de gato astuto que se dispone a devorar un festín de pájaros indefensos.

Sabía ciertamente que yo estaba fichada pero no podría describir la impresión que sentía en aquel momento. Era la pobre tonta que había confortado a unas víboras en mi seno, que había ofrecido sus pezones a sus bocas triangulares de bífidas lenguas. Estaba confusa. Confiscada como un pesado galeón lleno de perlas de Venecia. Un pirata español me atravesaba el cuerpo con la hoja de su cuchillo.

Edward Payson era, entre los cuatro hombres, el de más edad. Sus cabellos empezaban a encanecer y su piel estaba marchitada y ajada. Preguntó con decisión:

—Dígannos para que podamos ayudarlas, ¿quién las atormenta?

Contestaron después de una pausa calculada, como para dar más énfasis a sus palabras:

—¡Es Tituba!

Turbada por el caos de mis sentimientos las oí pronunciar otros nombres incompresiblemente yuxtapuestos al mío:

—¡Es Sarah Good! ¡Es Sarah Osburne!

Sarah Good, Sarah Osburne y yo no habíamos intercambiado ni una palabra de más desde que vivíamos en Salem. A lo sumo le había regalado a Dorcas Good un pedazo de tarta de manzana o de calabaza cuando pasaba debajo de mi ventana con su aspecto de criatura mal alimentada.

Semejantes a tres enormes aves rapaces, los hombres entraron en mi habitación. Llevaban capirotos negros con agujeros para los ojos y el vaho de su respiración atravesaba la tela. Rápidamente rodearon mi cama. Dos de ellos me agarraron los brazos mientras el tercero me ataba las piernas con tanta fuerza que grité de dolor. Luego uno de ellos habló y reconocí la voz de Samuel Parris:

—Que por lo menos surja algo bueno del infierno que has desencadenado. Para nosotros será fácil acabar contigo. Nadie en el pueblo levantaría el meñique y los magistrados de Boston tienen otras cosas que hacer, pero es lo que haremos si no nos obedeces. Tituba, no vales ni la cuerda para ahorcarte.

Balbuocé.

—¿Qué quieren de mí?

Uno de ellos se sentó en el borde del lecho e inclinándose hacia mí hasta casi tocarme, recalcó:

—Cuando aparezcas delante del Tribunal confiesa que todo esto ha sido obra tuya.

Grité:

—¡Nunca! ¡Nunca!

Me golpeó en plena boca y de ella brotó un hilo de sangre.

—Confiesa que es obra tuya pero que no has actuado sola y denuncia a tus cómplices. Good y Osburne y todas las demás.

—No tengo cómplices ya que no he hecho nada.

Uno de los hombres se sentó descaradamente a horcajadas sobre mí y empezó a golpearme la cara con los puños duros como piedras. Otro me arremangó la falda e introdujo un bastón puntiagudo en la parte más sensible de mi cuerpo riendo sardónicamente.

—Toma, toma, ¡es el pene de John Indien!

Cuando ya no fui más que un montón informe de sufrimientos cesaron de atormentarme y uno de los tres retomó la palabra:

—No eres la única criatura del Anticristo en Salem. Existen otras cuyos nombres vas a pronunciar a los jueces. ¡Óyelo bien!

Empecé a comprender hasta dónde querían llegar. Dije con voz de moribunda:

—¿No han nombrado ya las niñas a mis supuestas cómplices? ¿Qué quieren ustedes que añada a sus palabras?

Rieron.

—Son, como tú dices, palabras de niñas, muy incompletas. Pronto les enseñaremos a no omitir lo esencial. Y serás tú quien iniciará el tema.

Sacudí la cabeza:

—¡Jamás! ¡Jamás!

De nuevo se ensañaron conmigo y sentí como si el afilado bastón me llegara hasta la garganta. Sin embargo lo soporté y seguí gritando:

—¡Jamás! ¡Jamás!

Se retiraron; después, la puerta chirrió y una voz me llamó suavemente:

—¡Tituba!

Era John Indien. Las tres aves de rapiña le empujaron:

—Explícaselo tú que pareces más listo.

Se retiraron y en la habitación permaneció únicamente nuestro dolor y el olor de mi humillación.

John Indien me abrazó. ¡Qué dulce era encontrarse al amparo de sus brazos! Con el pañuelo enjugó como pudo la sangre de mis heridas. Bajó mi falda sobre mis ultrajados muslos y sentí sus lágrimas sobre mi piel.

—¡Mi mujer, mi mujer torturada! Te equivocas otra vez sobre lo esencial. Lo esencial es permanecer con vida. Si te piden que denuncies, denuncia. ¡A medio Salem si te apetece! Este mundo no es el nuestro, y si quieren abrasarlo lo único que importa es que estemos fuera del alcance de las llamas. Denuncia, denuncia a todos los que ellos te sugieran.

Lo rechacé.

—John Indien, quieren que confiese mis culpas. Ahora bien, yo no soy culpable.

Alzó los hombros y me volvió a coger entre sus brazos meciéndome como a un

niño obstinado.

—¿Culpable? Sí que lo eres, y a sus ojos lo serás siempre. Se trata de que conserves la vida para ti..., para los hijos que tengamos.

—John Indien, no hables de nuestros hijos porque no engendraré nunca en este mundo siniestro.

Hizo caso omiso de mis palabras y continuó:

—¡Denuncia, mi violada mujer! Y así, paradójicamente, fingiendo obedecerles, véngate, véngame... Deja que saqueen, como el Padre Eterno, sus montañas, sus campos, sus bienes, sus tesoros.

Siempre semejantes a tres aves rapaces, los hombres de la policía del pueblo nos arrestaron a Sarah Good, a Sarah Osburne y a mí. No pudieron enorgullecerse de su hazaña puesto que ninguna de nosotras opuso resistencia.

Sarah Good, colocando las muñecas entre las cadenas, únicamente preguntó:

—¿Quién se ocupará de Dorcas?

Amo y ama Proctor que asistían a la escena con el corazón henchido de piedad, se adelantaron diciendo:

—Vete en paz. La acogeremos entre los nuestros.

Estas palabras elevaron un rumor entre la muchedumbre como si todos fueran de la opinión de que el hijo o la hija de una bruja no pudiera mezclarse con niños sanos. En seguida corrió la voz de que quizás el amo y la ama Proctor mantenían alguna relación dudosa con Sarah Good ya que recordaban que, según su criada, Mary Warren, Elizabeth Proctor clavaba alfileres en las muñecas de cera que encerraba en los armarios. Los hombres de la policía nos rodearon los tobillos y las muñecas con cadenas tan pesadas que apenas podíamos arrastrarlas y nos encaminamos hacia la cárcel de Ipswich.

Estábamos en el mes de febrero, el mes más frío del año, que se revelaba más cruel que nunca. La multitud se apretujó a lo largo de la calle principal de Salem para vernos marchar, los hombres de la policía en cabeza montados en sus caballos y nosotras chapoteando en la nieve enlodada de los caminos. En medio de aquella desolación, se elevaba, sorprendentemente, el canto de los pájaros persiguiéndose de rama en rama en el aire de color de hielo.

Recordé las palabras de John Indien y comprendí su profunda sabiduría. ¡Qué ingenua era al pensar que bastaba con declarar la propia inocencia para demostrarla!

Ingenua al ignorar que hacer el bien a los malvados o a los débiles se convierte en hacer el mal. Sí, me iba a vengar. Las denunciaría y, desde lo alto de este poder que me atribuían, iba a desencadenar la tempestad, a surcar el mar con olas tan altas como murallas, a arrancar de cuajo los árboles, a lanzar al aire, como si fueran briznas de paja, las vigas maestras de las casas y de los hangares.

¿A quién querrían que nombrara?

¡Cuidado!, no me contentaría con citar a las desgraciadas que caminaban junto a mí por el barro. Pegaría fuerte. Les golpearía en la cabeza. Y hete aquí que, en la extrema indignación en que me encontraba, el sentimiento de mi poder me emborrachaba. Sí, mi John Indien tenía razón. Aquella venganza con la cual había soñado frecuentemente me pertenecía por su propia voluntad no por la mía.

Ipswich se encontraba a unos quince kilómetros de Salem y llegamos justo antes del anochecer. La prisión estaba llena de criminales, asesinos, ladrones de toda clase, de los que la tierra de Massachusetts era tan fecunda como lo eran de peces sus aguas. Un hombre de la policía con la cara roja como una naranja a causa del ron, inscribió nuestros nombres en su libro y después consultó una lista colgada en la pared.

—No queda ni una celda libre, ¡brujas! Por lo cual podéis mantener vuestras reuniones con toda impunidad. Satanás, por lo visto, está de vuestra parte.

Sus acólitos le lanzaron una mirada de reproche: ¿Se puede bromear con un tema semejante? Pero él, entre los vapores del alcohol, no les hizo ningún caso.

Nos amontonaron una sobre otra y tuve que respirar el hedor de la pipa de Sarah Good mientras Sarah Osburne, aterrorizada, no paraba de recitar, con un tono lúgubre, sus oraciones. Hacia la media noche nos despertó un clamor:

—¡Se apodera de mí! ¡Me agarra! ¡Suéltame, criatura de Satanás!

Era Sarah Osburne con los ojos casi fuera de las órbitas. ¿A quién señalaba con el dedo? A mí, evidentemente. Me volví hacia Sarah Good para tomarla como testigo de la audacia y de la hipocresía de nuestra compañera. ¿Empezaba a preparar su defensa a mis expensas? Pero ésta se puso a su vez a gritar mirándome fijamente con sus ojos porcinos.

—¡Me agarra, me agarra! ¡Suéltame, criatura de Satanás!

El hombre de mejillas sonrosadas, completamente borracho, sosegó aquel inmenso jaleo echándome de la celda a patadas. Por fin me encadenó a un gancho colocado en el pasillo.

El agrio viento de la noche soplaba por todas las cerraduras.

2

Permanecimos durante una semana esperando que se terminaran los preparativos de nuestra comparecencia ante el Tribunal de Salem. Una vez más, a pesar de mis recientes desengaños y del recuerdo de las recomendaciones de John Indien caí en la trampa de la aparente amistad. Tiritaba y sangraba en el pasillo en el que estaba encadenada cuando una mujer introdujo la mano a través de los barrotes de su celda y detuvo a uno de los hombres de la policía:

—¡Aquí hay lugar para dos! Haga entrar a esa pobre criatura.

La mujer que así había hablado era joven, hermosa, no tendría más de veintitrés años. Se había quitado sin pudor la toca y mostraba una lujuriosa cabellera de color ala de cuervo, que, a ojos de algunos, debía simbolizar el pecado y atraer, sin duda alguna, el castigo. Sus ojos también eran negros, no grises como el agua sucia, ni verdes color maldad, sino negros como la sombra bienhechora de la noche. Acercó una jarra de agua, y de rodillas, se esforzó en lavar con esmero mi rostro tumefacto. Embebida en este menester iba hablando para sí misma sin esperar respuesta alguna:

—Tu piel tiene un color magnífico y es capaz, una vez limpia, de disimular tus sentimientos. Miedo, angustia, rabia, repugnancia. Yo no lo he logrado nunca y los arrebatos de mi sangre me han traicionado siempre.

Detuve el vaivén de su mano:

—Ama...

—No me llames «ama».

—¿Cómo debo llamarla entonces?

—Pues por mi nombre: Hester. ¿Y cuál es el tuyo?

—Tituba.

—¿Tituba?

Lo repitió con arrobamiento:

—¿De dónde proviene?

—Mi padre me lo puso al nacer.

—¿Tu padre?

Sus labios formaron un rictus de irritación.

—¿Llevas el nombre que te ha dado un hombre?

En mi extrañeza tardé un instante en responder, y después repliqué:

—¿No sucede igual con todas las mujeres? Primero el nombre de su padre, luego el de su marido...

Dijo pensativa:

—Esperaba que, por lo menos, algunas sociedades escaparan de esta ley. Por ejemplo, la tuya.

Permanecí a mi vez pensativa y añadí:

—Quizás en África, de donde procedemos, fuera así. Pero ya no sabemos nada de África y ha dejado de importarnos.

Se paseaba arriba y abajo de la celda y, como pude comprobar, estaba embarazada. Me quedé sobrecogida. Vino hacia mí y me interrogó con dulzura:

—He oído que te llamaban «bruja». ¿Qué te reprochan?

Llevada, una vez más, por la simpatía que aquella desconocida me inspiraba, me empeñé en explicarle:

—¿Por qué en tu sociedad...

Me interrumpió tajantemente:

—No es mi sociedad. ¿Acaso no estoy proscrita como tú y encerrada entre estas paredes?

Proseguí:

—... en esta sociedad se da a la función de «bruja» una connotación peyorativa y maléfica? La «bruja», si empleamos esta palabra, corrige, endereza, consuela, cura...

Me cortó con una carcajada:

—Entonces no has leído a Cotton Mather.

Hinchó el pecho y recitó con un tono solemne:

—«Las *brujas* hacen cosas extrañas y malignas. No pueden realizar verdaderos milagros ya que son privilegio, únicamente, de los elegidos y de los trabajadores del Señor».

Reí a mi vez y pregunté:

—¿Quién es ese Cotton Mather?

No contestó y tomó mi cara entre sus manos:

—No puedes haber ejercido el mal, Tituba. Estoy segura de ello. Eres demasiado hermosa. Aunque todos te acusaran, yo proclamaría tu inocencia.

Emocionada por sus palabras me atreví a acariciarle el rostro y murmuré:

—Tú también eres hermosa, Hester. ¿De qué te acusan?

Dijo rápidamente:

—De adulterio.

La miré con espanto, porque conocía la gravedad de esta ofensa a los ojos de los puritanos. Continuó:

—Y mientras me pudro aquí dentro, el que ha engendrado este niño en mi vientre va y viene libremente.

Susurré:

—¿Por qué no le denuncias?

Giró sobre sí misma:

—¡Ay! No conoces el placer de la venganza.

—¿De la venganza? Confieso que no te sigo.

Dijo con pasión salvaje:

—De entre los dos, no soy la más digna de compasión. Por lo menos, si tiene conciencia, cosa que se puede esperar de un hombre de Dios.

Yo estaba cada vez más perpleja. Debió apercibirse de ello ya que vino a sentarse junto a mí sobre el mugriento banquillo de la celda:

—Será mejor que empiece por el principio si quiero que comprendas algo de mi historia.

Inspiró profundamente mientras me tenía pendiente de sus palabras:

—En la bodega del *Mayflower*, el primer navío que atracó en esta costa, viajaban dos de mis ancestros, el padre de mi padre y el de mi madre, dos huraños «separatistas» que venían a implantar el reino del Dios verdadero. Ya sabes qué peligrosos son semejantes proyectos y omitiré la ferocidad con la que sus descendientes fueron educados. Gracias a ello produjeron una caterva de reverendos que leían los textos de Cicerón, Catón, Ovidio, Virgilio...

La interrumpí:

—No he oído hablar nunca de esa gente.

Levantó los ojos al cielo:

—¡Qué sea para bien! Yo tuve la desgracia de pertenecer a una familia que creía en la igualdad de los sexos y, a la edad en que las niñas juegan sanamente a las muñecas, mi padre me hacía recitar los clásicos. ¿Dónde estaba? ¡Ah, sí! A los dieciséis años me casaron con un reverendo amigo de la familia que había enterrado a tres esposas y a cinco hijos. El olor de su boca era tal que me desmayaba, por fortuna, en cuanto me acercaba. Todo mi ser lo rechazaba; sin embargo me hizo cuatro hijos que Dios tuvo a bien llevarse de la tierra. ¡Qué gran favor me hizo!, pues era imposible querer a los retoños de un hombre que odiaba. No quiero ocultarte, Tituba, que las numerosas pociones, decocciones, purgantes y laxantes que ingerí en mis embarazos ayudaron a este feliz desenlace.

Murmuré para mí misma:

—Yo también tuve que matar a mi hijo.

—Por suerte, hace poco más de un año, tuvo que partir hacia Ginebra para entrevistarse con otros calvinistas y tratar el problema de los elegidos y fue entonces... Fue entonces...

Se interrumpió y comprendí que a pesar de sus baladronadas, todavía amaba a su verdugo. Prosiguió:

—La belleza de un hombre tiene algo de indecente. Los hombres no deberían ser guapos, Tituba. Dos generaciones de elegidos estigmatizando la carne y el placer habían dado a luz a aquel ser que hacía pensar, de un modo irresistible, en el placer de la carne. Empezamos a vernos con el pretexto de discutir sobre el pietismo alemán. Más tarde nos encontramos en la cama para hacer el amor y he aquí a lo que he llegado.

Rodeó su vientre con las manos. Pregunté:

—¿Qué va a pasar ahora?

Se encogió de hombros:

—No lo sé... Creo que aguardan el regreso de mi marido para decidir mi suerte.

Insistí:

—¿Qué castigo te pueden infringir?

Se levantó:

—Ya no lapidan a las mujeres adúlteras. Creo que llevan en el pecho una letra escarlata.

Fui yo la que ahora se encogió de hombros:

—¡Si sólo es esto!

Me arrepentí de mi ligereza cuando vi la expresión de su rostro. Aquella criatura tan buena como hermosa sufría un verdadero martirio. Se trataba, una vez más, de una víctima a la que culpabilizaban. ¿Están las mujeres condenadas a esto en este mundo? Intenté, de alguna manera, darle ánimos y esperanza y manifesté:

—¿No estás embarazada? Has de vivir para tu hijo.

Sacudió la cabeza con energía:

—Es necesario que muera conmigo. Simplemente. Ya lo voy preparando para ello por la noche cuando conversamos. Sabes, en este momento nos está escuchando, acaba de llamar a la puerta de mi vientre para atraer mi atención. ¿Quieres que te diga lo que desea? Que nos cuentes un cuento. Una historia de tu país. ¡Complácele, Tituba!

Apoyé la cabeza sobre aquel tierno promontorio de carne, aquella colina viva, a fin de que el pequeño ser que albergaba estuviera cerca de mis labios y comencé a narrar un cuento, y aquellas palabras tomadas del amado ritual, siempre presente, iluminaron nuestro triste recinto.

—¡Tim, tim, leña seca!

»—¿Duerme la corte?

»—No, la corte no duerme.

»—Si la corte no duerme, que escuche pues esta historia, mi historia. Hace mucho tiempo, cuando el diablo todavía llevaba pantalones cortos que descubrían sus rodillas nudosas y llenas de cicatrices, vivía en el pueblo de Wagahaba, en la cima de un puntiagudo cerro, una joven que no tenía padre ni madre. Un ciclón había arrasado la choza de sus padres y la había dejado flotando milagrosamente en una cuna como Moisés sobre las aguas. Estaba sola y triste. Un día, al sentarse en el banco de la iglesia vio, de pie junto al púlpito, a un negro alto, vestido de dril blanco y tocado con un sombrero de paja con una cinta de color negro. Dios mío, ¿por qué las mujeres no pueden vivir sin los hombres? ¿Por qué? ¿Por qué?

»—Padre difunto, madre difunta, necesito a este hombre, si no me moriré.

»—A propósito, ¿sabes si es bueno, si es malo, si realmente es un ser humano, si es sangre lo que llevan sus venas? Puede tratarse de algún humor maloliente y viscoso que afluye a su corazón.

»—Padre difunto, madre difunta, le necesito, si no moriré.

»—Bueno, si lo quieres lo tendrás.

»—Y la joven abandonó su choza y su soledad por aquel desconocido vestido de

dril y poco a poco su vida se convirtió en un infierno. ¿No podemos preservar a nuestras hijas de los hombres?

En aquel momento Hester me interrumpió, consciente de la angustia de mi voz:

—¿Qué historia me estás contando, Tituba? ¿Se trata de la tuya? ¡Dímelo, dímelo!

Pero algo dentro de mí me impidió confesar la verdad.

Hester me ayudó a preparar mi declaración. No hay como una hija de reverendo para saber mucho sobre Satanás. Desde la infancia, Hester había compartido con él hasta el pan. Satanás se había revolcado sobre el edredón en su habitación sin fuego mirándola fijamente con sus pupilas amarillentas. Había maullado dentro de todos los gatos negros, y croado encerrado en las ranas. E incluso se había paseado metido en el cuerpo de los ratones grises.

—¡Asústales, Tituba! ¡Dales lo que se merecen! Descríbelo como a un macho cabrío con una nariz en forma de pico de águila, con el cuerpo cubierto de largos pelos negros y con un cinturón hecho de cabezas de escorpiones. Que tiemblen, que se estremezcan, que desfallezcan. Que bailen al son de su flauta que suena en la lejanía. Descríbeles las reuniones de brujas, cada una montada sobre su escoba, con las mandíbulas babeantes pensando en banquetes de fetos y recién nacidos que les será servido acompañado de jarras de sangre...

Rompí a reír:

—Escucha, Hester, ¡todo esto es ridículo!

—Pero ya que lo creen, qué te importa, descríbelo así.

—¿Tú también me aconsejas que los denuncie?

Frunció el ceño.

—¿Quién te ha dado este consejo?

No respondí y se puso seria.

—¡Denunciar, denunciar! Si lo haces te arriesgas a volverte como ellos cuyo corazón no es más que un cúmulo de basuras. Si algunos te han hecho especialmente daño, véngate, si esto te complace. Si no es así, deja planear una nube de dudas a la que, créeme, sabrán darle forma. En el momento oportuno gritarás: «¡Ay, ya no veo nada! ¡Ay, estoy ciega!». Y la jugarreta ya estará hecha.

Dije con ferocidad:

—¡Ah, me vengaré de Sarah Good y de Sarah Osburne que me han denunciado de una forma tan gratuita!

Estalló en carcajadas:

—Eso es. Son demasiado feas para seguir viviendo, no lo dudes. Vamos, empecemos otra vez la lección. ¿Cómo es Satanás? No olvides que tiene muchos disfraces metidos en su bolsa. He aquí por qué los hombres, después del tiempo que hace que lo persiguen, no han sido capaces todavía de echarle mano. A veces es un

hombre muy negro...

Ahí la interrumpí:

—Si digo esto, ¿no van a pensar en John Indien?

Tuvo un gesto de irritación, pues Hester se irritaba fácilmente.

—Déjame en paz y no me nombres a tu desgraciado compañero. No vale mucho más que el mío. ¿No debería estar aquí compartiendo tu angustia? Blancos o negros, la vida se porta bien con los hombres.

No hablé más a Hester de John Indien, pues sabía cuales serían sus comentarios sobre él y no me veía capaz de soportarlos.

Sin embargo, en el fondo de mí misma, algo me decía que tenía razón. El color de la piel de John Indien no le había causado tantos quebrantos como a mí el mío, incluso, por muy puritanas que fueran, algunas mujeres no se habían privado de mantener un pequeño y arrullador diálogo con él:

—John Indien, dicen que cantas muy bien y no solamente los salmos.

—¿Yo, ama?

—Sí, sí, cuando labras la tierra de Deacon Ingersoll, dicen que cantas y bailas al mismo tiempo...

Y en mí nacía un rencor quizás injusto.

Mientras ensayábamos mi declaración, Hester y yo hablábamos de nosotras mismas. ¡Oh, cómo me gustaba oír la hablar!

—Me gustará mucho escribir un libro, pero por desgracia las mujeres no escriben. Sólo los hombres nos abruman con su prosa. Hago una excepción con algunos poetas. ¿Has leído a Milton, Tituba? ¡Ah, es verdad que no sabes leer! *Paradise lost*, Tituba, es la maravilla de las maravillas... Sí, quisiera escribir un libro en el que expondría el modelo de una sociedad gobernada, administrada por mujeres. Daríamos nuestro nombre a nuestros hijos, los educaríamos solas...

La interrumpí burlona.

—¡De todas formas no podríamos hacerlos solas!

Se puso triste.

—No, claro. Necesitaríamos que esos aborrecibles brutos participaran por un momento...

La hice rabiar a sabiendas.

—¡Un momento no demasiado corto! Me gusta tomarme un tiempo...

Acabó por reírse y me atrajo hacia ella.

—Te gusta demasiado el amor, Tituba. Nunca haré de ti una feminista.

—¿Una feminista? ¿Qué es eso?

Me estrechó entre sus brazos y me cubrió de besos.

—¡Cállate! Te lo explicaré más tarde.

¿Más tarde? ¿Habría un más tarde?

Se acercaba el día de nuestra partida hacia Salem, donde íbamos a ser juzgadas. ¿Qué sería de nosotras?

Tenía miedo a pesar de que Hester no cesaba de repetirme que una ley de Massachusetts concede la vida a las brujas que confiesan.

A veces mi miedo era como un niño en el vientre de su madre.

Da vueltas de derecha a izquierda, patatea. A veces era como un malvado animal que me destrozaba el hígado con su pico. Otras veces era como una boa constrictor que me asfixiaba con sus anillos. Había oído decir que habían agrandado la casa de reunión para acomodar en ella, no sólo a los habitantes del pueblo, sino también a los de los alrededores que quisieran tomar parte en el gran festival. Había oído decir que habían montado una tarima en la que nos colgarían a Sarah Good, a Sarah Osburne y a mí, a fin de que todos pudieran contemplarnos. Había oído decir también que los dos jueces nombrados, ambos miembros del Tribunal Supremo de la Colonia, eran famosos por la rectitud de sus vidas y por la intransigencia de su fe: John Hathorne y Jonathan Corwin.

¿Qué podía, pues, esperar?

Aunque me dejaran con vida, ¿de qué me serviría? ¿Podríamos liberarnos John Indien y yo de nuestra servidumbre y navegar rumbo a Barbuda?

Vuelvo a encontrar aquella isla que creía perdida. Su tierra tan rojiza como siempre, sus cerros tan verdes. Sus cañas congo tan cárdenas como antes, ricas de zumo pegajoso, y no menos satinada su cintura de color esmeralda. Pero los hombres y las mujeres siguen sufriendo. Están sumidos en la aflicción. Acaban de colgar a un negro de la copa de ceibo. Las flores y la sangre se confunden. ¡Ay! Olvidaba que nuestra esclavitud no ha terminado. Orejas cortadas, piernas y brazos mutilados. Explotamos en el aire como fuegos artificiales. ¡Vean los confetis de nuestra sangre!

Cuando este estado de ánimo se apoderaba de mí, Hester no podía ayudarme. Por mucho que se esforzara en reconfortarme con sus palabras, no la escuchaba. Entonces, deslizaba entre mis labios un poco de ron cedido por alguno de los hombres de la policía, y yo me adormecía. Man Yaya y Abena, mi madre, venían entonces por turno a reemplazarla y me asistían. Me repetían con ternura:

—¿Por qué tiembles? Ya te hemos dicho que en todo este asunto serás la única que saldrás con vida.

Quizá. Pero la vida me espantaba tanto como la muerte, sobre todo tan lejos de los míos.

A pesar de la amistad de Hester, la cárcel me dejó una huella imborrable. Aquella flor tenebrosa del mundo civilizado me envenenó con su perfume y nunca más, por su causa, pude respirar de la misma forma. Mi olfato conservaba únicamente la fetidez de tantos y tantos crímenes: matricidios, parricidios, violaciones y robos, homicidios y asesinatos, y sobre todo, el olor de tantos sufrimientos.

El 29 de febrero volvimos a tomar el camino hacia el pueblo de Salem. Durante todo el trayecto Sarah Good me abrumó de injurias y maldiciones. De creerla, mi presencia era la única que había causado tanto daño en Salem.

—Negra, ¿por qué saliste de tu infierno?

Endurecí mi corazón. ¡Ah, sí! Me vengaría de ella sin tardanza.

INTERROGATORIO DE TITUBA INDIEN

—Tituba, ¿con qué espíritu maligno mantienes amistad?

—Con ninguno.

—¿Por qué atormentas a estas niñas?

—No las atormento.

—¿Quién las atormenta entonces?

—El demonio por lo que creo.

—¿Has visto alguna vez al demonio?

—El demonio vino a verme y me ordenó que le sirviera.

—¿A quién has visto?

—A veces cuatro mujeres que atormentaban a las niñas.

—¿Quiénes son?

—Sarah Good y Sarah Osburne son las que conozco. No conozco a las demás. Sarah Good y Sarah Osburne querían que atormentara a las niñas pero yo me negué. Había también un hombre de Boston, alto, muy alto.

—¿Cuándo las viste?

—La noche anterior en Boston.

—¿Qué fue lo que te dijeron?

—Querían que atormentara a las niñas.

—¿Y obedeciste?

—No, fueron las cuatro mujeres y el hombre quienes atormentaron a las niñas. Después se echaron sobre mí y me dijeron que si no las atormentaba me harían daño.

—Entonces, ¿les obedeciste?

—Sí, pero no lo haré más.

—¿Te arrepientes de haberlo hecho?

—Sí.

—¿Por qué lo hiciste, pues?

—Porque me dijeron que de no hacerlo me harían aún más daño.

—¿A quién viste?

—Vino un hombre y me dio la orden de servirle.

—¿De qué manera?

—Torturando a las niñas y, la última noche, una aparición me pidió que matara a las chiquillas y que si no obedecía me haría aún más daño.

—¿Cómo era esta aparición?

—A veces era un verraco y a veces un gran perro.

—¿Qué te decía?

—El perro negro me decía que debía servirle y le respondí que tenía miedo, y

entonces añadió que si no le obedecía me haría aún más daño.

—¿Qué le contestaste?

—Que no le serviría más y entonces me dijo que me haría daño y parecía un hombre y me amenazó con hacerme daño. Y este hombre llevaba consigo un pájaro amarillo y me decía que si le obedecía me daría muchas más cosas bonitas.

—¿Qué cosas bonitas?

—No me las enseñó.

—¿Qué es, pues, lo que viste?

—Dos ratas, una roja y otra negra.

—¿Qué te dijeron?

—Que tenía que servir las.

—¿Cuándo las viste?

—La noche anterior, y me dijeron que las obedeciera pero me negué.

—¿Obedecerlas de qué manera?

—Atormentando a las niñas.

—¿No has pellizcado a Elizabeth Hubbard esta mañana?

—El hombre se ha acercado a mí y ha hecho que la pellizcara.

—¿Por qué fuiste la noche anterior a casa de Thomas Putnam y le hiciste daño a su hija?

—Me arrastraron, me empujaron y me hicieron ir hasta su casa.

—Una vez allá, ¿qué tenías que hacer?

—Matarla con un cuchillo.

—¿Cómo fuiste hasta casa de Thomas Putnam?

—Cogí mi escoba y todos eran como yo.

—¿Cómo pudiste pasar entre los árboles?

—Eso no tiene importancia.^[8]

—...

—...

Esto duró horas. Confieso que no era una buena actriz. La vista de todas aquellas caras blancas chapoteando a mis pies me pareció un mar en el que iba a sumergirme y ahogarme. ¡Ay! Estaba segura de que Hester se habría zafado mucho mejor que yo. Hubiera utilizado aquella tribuna para clamar su odio contra la sociedad y maldecir a su vez a sus acusadores. Yo tenía simplemente miedo. Los pensamientos heroicos que había concebido en casa y en mi celda se desvanecían.

—...

—...

—¿Viste a la Good atormentando a Elizabeth Hubbard el sábado pasado?

—Sí, sí, la vi. Se abalanzó como un lobo contra la niña.

—Volvamos a hablar del hombre que viste. ¿Qué ropa llevaba?

—Vestía de negro. Era muy alto con los cabellos blancos, creo.

—¿Y la mujer?

—¿La mujer? Llevaba una capucha blanca y otra negra atadas en lo alto con un nudo. Así es como iba vestida.

—Y ahora, ¿a quién ves atormentando a las niñas?

Proferí con deleite y veneno:

—Veo a Sarah Good.

—¿Está sola?

En aquel momento no tuve valor para obedecer a Samuel Parris y denunciar a inocentes. Recordé las recomendaciones de Hester y balbuceé:

—Ahora ya no veo nada. ¡Estoy ciega!

Después de mi interrogatorio Samuel Parris vino a mi encuentro.

—¡Bien dicho, Tituba! Has comprendido lo que esperábamos de ti.

Me odio tanto como le odio a él.

No fui testigo ocular de la peste que azotó a Salem, ya que después de mi declaración fui encadenada en la granja de Deacon Ingersoll.

El ama Parris fue muy pronto presa de remordimientos.

Vino a verme y lloró:

—Tituba, ¿qué te han hecho, a ti, la mejor de las criaturas?

Intenté alzar los hombros pero no pude moverme, tan fuertes y apretadas eran las ataduras que me aprisionaban. Repliqué:

—Esto no es lo que usted decía hace dos semanas.

Sollozaba cada vez más:

—He sido engañada, he sido engañada. Ahora veo lo que hay detrás. Sí, una conspiración de Parris y de sus seguidores para ensuciar, arruinar...

La interrumpí porque esto no me importaba ya nada, y le pregunté, a pesar mío con gran ternura:

—¿Y Betsey?

Alzó la cabeza.

—La he apartado de este horrible carnaval y la he mandado a casa del hermano de Samuel Parris, Stephan Sewall, que vive en la ciudad de Salem. Es bueno. Creo que a su lado nuestra pequeña Betsey recuperará la salud. Antes de partir me encargó que te dijera que te quería y que la perdonaras.

No contesté nada.

A continuación, el ama Parris me informó de lo que ocurría en el pueblo.

—Sólo puedo compararlo a una enfermedad que al principio parece benigna porque afecta a unas partes del cuerpo que no tienen importancia.

¿No tienen importancia?

Es cierto que yo no era más que una esclava negra. Es cierto que Sarah Good era una pordiosera. Tan grande era su miseria que tuvo que dejar de ir a la casa de reunión por no poder vestir adecuadamente. Es cierto también que Sarah Osburne tenía mala fama ya que había recibido prematuramente, en su cama de viuda, al obrero irlandés llegado para ayudarla en la explotación de su hacienda. Pero, a pesar de todo, al oír cómo nos mencionaba, con aquella tremenda frialdad, el corazón me dio un vuelco.

Sin sospechar por un momento los sentimientos que en mí despertaba, el ama Parris prosiguió:

—... luego, gradualmente, ataca a miembros y órganos vitales. Las piernas ya no funcionan, los brazos tampoco. Al final el corazón y el cerebro resultan también afectados. Martha Corey y Rebecca Nurse han sido detenidas.

Abrí la boca, sobrecogida. El ama Rebecca Nurse. ¡Era inaudito! Si la fe de Dios

podiera tomar forma humana, se encarnaría en aquella mujer. El ama Parris continuó:

—Emocionó al propio juez Hathorne y el primer jurado emitió un veredicto de inocencia. No obstante no pareció suficiente y ha sido conducida a la ciudad donde deberá comparecer ante otro tribunal.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Es horrible, mi pobre Tituba! Si hubieras visto a Abigail y a Anne Putnam, sobre todo a Anne Putnam, revolcarse por el suelo diciendo a gritos que la pobre vieja las torturaba y que ellas imploraban su piedad, tu corazón se hubiera llenado de dudas y horror. Y ella tranquila y serena, recitaba el salmo de David:

*El padre Eterno es mi pastor, nada me faltará.
Necesito descansar en sus verdes pastos,
me dirige hacia unas aguas apacibles,
restaura mi alma.*

Escuchando los estragos que el mal causaba en Salem, me mordía los puños pensando en John Indien.

En efecto, las acusadas no cesaban de mencionar a un «hombre negro» que las obligaba a escribir en su libro. Un espíritu perverso podía muy bien caer en la tentación de identificarlo con John Indien. ¿No sería éste a su vez perseguido? Sin embargo, tamaña preocupación parecía carecer de fundamento. Las pocas veces que franqueaba el umbral de la granja en la que yo gemía, John Indien presentaba un aspecto saludable y bien alimentado, y sus ropas se veían limpias y planchadas. Incluso llevaba ahora una recia capa de lana que le envolvía todo el cuerpo y le abrigaba. Y las palabras de Hester me volvían a la memoria: «Blancos o negros, la vida trata demasiado bien a los hombres».

Un día lo acucí con tantas preguntas que John Indien dijo un tanto irritado:

—¡No te preocupes por mí!

Insistí y bajó la voz:

—Se aullar con los lobos.

—¿Qué quieres decir?

Se dio media vuelta y me miró sin pestañear. ¡Ay, cuánto había cambiado mi hombre! Nunca había sido muy valiente, ni muy fuerte, pero sí cariñoso. Ahora, una expresión astuta deformaba su rostro, estirando de una manera inquietante sus ojos hacia las sienes y alumbrándolos con un fuego malicioso, hipócrita. De nuevo balbuceé:

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, mi desgarrada mujer, que no soy como tú. ¿Crees que únicamente Abigail, Anne Putnam y las demás arpías saben berrear, contorsionarse y caer como una pieza al suelo y jadear: «¡Ay, me pellizcas, me haces daño! Déjame ya»?

Le miré un instante sin comprender. Después la luz me iluminó. Murmuré:

—John Indien, ¿tú también finges ser atormentado?

Inclinó la cabeza afirmativamente y dijo en tono presuntuoso:

—Hace unos días tuve mi mayor hora de gloria.

Imitó, por turno, a los jueces y a las muchachas sentadas en semicírculo:

—John Indien, ¿quién te atormenta?

»—Primero el ama Proctor y después el ama Cloyse.

»—¿Qué te hacen?

»—Me traen el Libro.

»—John Indien, di la verdad: ¿Quién te atormenta?^[9]

—Porque el juez Thomas Danforth dudaba de mí como nunca había dudado de nadie. ¡Asqueroso racista!

Me desmoroné. Sentía vergüenza. Pero ¿por qué? ¿No había sido coaccionada yo también? ¿No había tenido que mentir para salvar el pellejo? ¿Y era la mentira de John Indien más fea que la mía?

Sin embargo, por mucho que quisiera convencerme a mí misma de lo contrario, a partir de aquel momento mis sentimientos hacia John Indien empezaron a cambiar. Me parecía que había pactado con sus verdugos. ¡Quién sabe! Si yo me encontraba en aquella plataforma de infamia, objeto de desprecio y terror, acuciada por jueces rencorosos, ensordecida por fingidos alaridos de angustia, ¿habría sido él capaz de gritar: «¡Ay, ay, Tituba me atormenta! ¡Sí, sí, mi mujer es una bruja!»?

¿Se daba cuenta John Indien de lo que yo experimentaba? ¿O había otra razón? Lo cierto es que sus visitas cesaron. Me llevaron otra vez a Ipswich. Los habitantes de los pueblos vecinos Topsfield, Beverly, Lynn, Malden, se precipitaban a los caminos para verme tropezar, amarrada a la silla del caballo del robusto mariscal Herrick, y me apedreaban. Los árboles desnudos parecían cruces de madera y mi calvario no se terminaba nunca.

A medida que avanzaba, un sentimiento violento, doloroso e insoportable destrozaba mi corazón.

Tenía la sensación de ir desapareciendo poco a poco, de disolverme por completo.

Sentía que en aquellos procesos de las brujas de Salem que harían correr tanta tinta, que excitarían la curiosidad y la piedad de las futuras generaciones y aparecerían ante todos como el testimonio más auténtico de una época crédula y bárbara, mi nombre figuraría únicamente como el de una comparsa sin interés. Se mencionaría aquí y allí que «una esclava originaria de las Antillas practicaba probablemente el hodo». Nadie se preocuparía de mi edad ni de mi personalidad. Se me ignoraría.

A finales de siglo circularían peticiones, se abrirían juicios que rehabilitarían a las víctimas y restituirían a sus descendientes sus bienes y su honor. Yo no sería nunca

una de ellas. ¡Condenada para siempre, Tituba!

No existiría ninguna biografía solícita e inspirada que describiera mi vida y mis tormentos.

Y esta futura injusticia me indignaba. ¡Era más cruel que la muerte!

Llegamos a Ipswich justo a tiempo para ver cómo se balanceaba al extremo de la cuerda el cuerpo un condenado, por no sé qué crimen, y contemplar a la multitud allí congregada gritando de satisfacción y aplaudiendo el castigo, según ella tan merecido.

Al entrar en la prisión mi primera gestión fue rogar que me pusieran en la misma celda que Hester. ¡Ah, qué claro había visto dentro de John Indien! No era más que un pobre hombrecito sin amor, sin honor. Mis ojos se llenaban de lágrimas y sólo Hester podía consolarme.

Pero el hombre de la policía, amante del ron, me hizo saber sin levantar la vista del registro, que esto no sería posible. Insistí con la energía de la desesperación:

—¿Por qué, por qué, señor abogado?

Tuvo a bien interrumpir sus garabatos y dijo mirándome fijamente:

—No es posible porque ya no se encuentra aquí.

Me quedé desconcertada mientras miles de suposiciones se atropellaban en mi espíritu. ¿Habría sido indultada? ¿Habría regresado su marido de Ginebra y la había hecho poner en libertad? ¿La habían trasladado al hospicio para dar a luz? Ignoraba los meses que llevaba de embarazo y quizás estaba ya de parto. Logré balbucear:

—Señor abogado, tenga la bondad de decirme lo que ha sido de ella porque no hay en el mundo un alma más seráfica que la suya.

El hombre de la policía exclamó sorprendido:

—¿Seráfica? Pues bien, por muy seráfica que te parezca, a estas horas ya está condenada, pues se ha ahorcado en su celda.

—¿Ahorcado?

—Sí, ahorcado.

Profiriendo alaridos fracturé la puerta del vientre de mi madre. Reventé con mis puños llenos de rabia la bolsa de sus aguas. Me asfixiaba jadeante en aquel líquido oscuro. Quise ahogarme en él.

¿Ahorcado? Hester, Hester, ¿por qué no me has esperado?

Madre, ¿no tendrá fin nuestro suplicio? Si ha de ser así no volveré a ver la luz del día. Permaneceré agazapada entre tus aguas, sorda, muda, ciega, como un alga adherida a las paredes de tu vientre.

Me engancharé de tal forma que no podrás expulsarme jamás y regresaré a la tierra contigo sin haber conocido la maldición del día. ¡Madre, ayúdame!

¿Ahorcada? ¡Me hubiera ido contigo, Hester!

Después de muchas deliberaciones me transportaron al hospicio de la ciudad de Salem, ya que en Ipswich no existía ninguno. Durante los primeros tiempos no distinguí la noche del día. Se confundían en el mismo círculo de dolor. No me habían

liberado de mis cadenas, pues temían, no que atentara contra mi vida, cosa que hubiera sido para todo el mundo una feliz solución final, sino que, en un ataque de violencia, agrediera a mis compañeros de infortunio. Vino a visitarme un tal doctor Zerobabel que estudiaba las enfermedades mentales y esperaba ser nombrado profesor de la Universidad de Harvard. Recomendó que se experimentara conmigo una de sus pociones.

«Coger leche de una mujer que alimenta a un varón. Coger también a un gato, cortarle una oreja o parte de ella. Dejar fluir su sangre en la leche. Hacer que la paciente beba de esta mezcla. Repetir la dosis tres veces al día».

¿Me hizo realmente efecto aquella medicación? Acabé por pasar de un estado de extrema agitación a un torpor que fue tomado por el preludio de la curación. Abrí los ojos que mantenía cerrados con obstinación. Empecé a alimentarme. Sin embargo no podía pronunciar ni una palabra.

Como el coste de mi mantenimiento en el hospicio era demasiado elevado y la ciudad de Salem, a la que yo no pertenecía, no podía seguir sufragando los gastos, me volvieron a internar en la cárcel.

Allá encontré infinidad de caras que no reconocí, como si todo lo anterior a la muerte de Hester se hubiera borrado de mi memoria.

Una mañana, no sé por qué causa, recobré el habla y la memoria. Me informé de todo lo que ocurría a mi alrededor. Supe que Sarah Osburne había muerto en la cárcel pero no experimente ningún sentimiento de piedad.

En aquella época de mi vida, la tentación de poner fin a mis días me asediaba continuamente. Me parecía que Hester me había dado un ejemplo que debía seguir. Por desgracia, no tenía el valor suficiente para hacerlo.

Me trasladaron de la cárcel de Ipswich a la de la ciudad de Salem, sin que pudiera llegar a comprender las razones. Una vez ya lejana mi estancia con Samuel Parris y su familia, la ciudad me había dejado un recuerdo bastante grato. Aquella estrecha península encerrada entre dos ríos insolentes rivalizaba con Boston, y los barcos atestaban sus muelles. Sin embargo existía (y mi estado de ánimo me permitía comprobarlo) una especie de nube grisácea cargada de austeridad que flotaba sobre las casas. Pasamos delante de una escuela flanqueada por un patio en el cual unos chiquillos melancólicos esperaban, encadenados a unos postes, los azotes que sus maestros les iban a propinar. En el centro de Court Street se erigía una maciza construcción cuyas piedras habían sido traídas de Inglaterra a un alto precio. Allí se impartía la justicia de los hombres. Bajo sus arcadas se encontraba una multitud de hombres y mujeres silenciosos e inquietos. La cárcel, a su vez, era un edificio oscuro con tejado de paja y de troncos, y su puerta estaba cubierta con planchas de hierro.

Con frecuencia pienso en el niño de Hester y en el mío. Niños nonatos. Niños a los que, por su bien, les negamos la luz y el sabor salado del sol. Niños que nosotras indultamos pero a los que, paradójicamente, compadezco. Niños o niñas ¿qué importa? A ellos dos les canto mi antigua endecha:

*La piedra de la luna ha caído en el agua
en el agua del río,
y mis dedos no han podido recuperarla.
¡Pobre de mí!
La piedra de la luna ha caído.
Sentada sobre la roca al borde del río
yo lloraba y me lamentaba.
¡Oh! piedra dulce y brillante,
reluces en el fondo del agua.
El cazador pasó por allí
con sus flechas y su carcaj:
Hermosa, hermosa, ¿por qué lloras?
Lloro porque mi piedra de luna
yace en el fondo del agua.
Hermosa, hermosa, si únicamente es esto,
te voy a ayudar.
Pero el cazador se sumergió y se ahogó.*

Hester, mi corazón se hace pedazos.

Una mañana, como si de una broma se tratara, hicieron entrar en mi celda a una niña. Al principio mis ojos enturbiados por el dolor no la reconocieron. Más tarde recobré la memoria. ¡Dorcas Good! Era la pequeña Dorcas, de unos cuatro años de edad, a la que siempre había visto metida entre las sucias faldas de su madre, hasta que ahora un oficial de policía la había separado de ella.

La pandilla de pequeñas arpías la había denunciado y unos hombres habían trabado con cadenas de hierro los brazos, las muñecas y los tobillos de aquella inocente. Estaba demasiado absorta en mi propia desgracia para prestar atención a la de los demás. No obstante, a la vista de la pobre chiquilla, mis ojos se llenaron de lágrimas. Me miró y me dijo:

—¿Sabes dónde está mi madre?

Tuve que confesar que lo ignoraba. ¿Habría ya sido ejecutada? En la cárcel se rumoreaba que había parido otro hijo, un niño, el cual, hijo del diablo, había regresado al infierno al que pertenecía. No sabía nada más.

Desde entonces canté también para Dorcas, la hija de la mujer que me había delatado vilmente, mi estribillo familiar: «Mi piedra de luna ha caído al agua».

6

La peste que asolaba Salem se extendió rápidamente a otros pueblos, a otras ciudades y por turno Amesbury, Topsfield, Ipswich, Andover... entraron en la danza. Semejantes a perros cazadores excitados por el olor de la sangre, los hombres de la policía recorrían las pistas y los caminos campestres para acorralar a aquellos a los cuales la pandilla de nuestras pequeñas arpías, dotadas del don de la ubicuidad, no cesaban de denunciar. Por los rumores de la prisión me enteré de que el número de niños detenidos era tan grande que tuvieron que encerrarlos en un edificio de madera recubierto de paja construido a toda velocidad. Por la noche el clamor de sus gritos mantenía despiertos a todos los habitantes. Me sacaron de mi celda para dejar sitio a unas acusadas que merecían, a pesar de todo, un techo sobre sus cabezas, y desde el patio de la cárcel pude contemplar a partir de entonces los carros tambaleantes abarrotados de condenadas. Algunas se mantenían muy erguidas como queriendo desafiar a sus jueces. Otras, por el contrario, gemían de terror y suplicaban como niños un día más de vida o incluso, una hora. Vi a Rebecca Nurse tomar el camino de Gellows Hill y recordé aquella vez en que me había susurrado con su voz temblorosa: «Tituba, ¿no puedes ayudarme?».

Cómo lamentaba no haberla obedecido, pues ahora sus enemigos triunfaban. Por los rumores de la prisión me enteré de que aquellos mismos Houlton habían desencadenado contra ella el rebaño de cerdos de su rencor. Se agarraba a los barrotes de la carreta y su mirada escudriñaba el cielo como intentando comprender algo.

Vi pasar a Sarah Good que había sido encerrada en distinto edificio al de su hija y que conservaba su aspecto canalla y guasón de siempre. Me miró, atada como un animal a un poste, y me espetó:

—Sabes, prefiero mi suerte a la tuya.

Después de estas ejecuciones del 22 de septiembre regresé a la cárcel.

La tabla en la que me acosté me pareció el más mullido de los jergones y aquella noche soñé con Man Yaya que llevaba un collar de flores de magnolia. Me repitió su promesa: «Saldrás viva de todo esto» y me contuve de no preguntarle: «¿Para qué?».

El tiempo se desperezaba sobre nuestras cabezas.

Es curioso como el hombre se resiste a confesarse vencido.

Por la cárcel empezaron a circular leyendas. Se murmuraba que los hijos de Rebecca Nurse, que habían ido al atardecer a sacar el cuerpo de su madre de la ignominiosa fosa en la que el verdugo la había arrojado, habían encontrado en su lugar una rosa blanca y perfumada. Se cuchicheaba que el juez Noyes que había condenado a Sarah Good acababa de morir misteriosamente vomitando un mar de sangre. Se hablaba de una extraña enfermedad que atacaba a las familias de los acusadores y se llevaba a un gran número de ellos a la tumba. Se contaba... Se adornaban las historias.

Todo era un gran murmullo de palabras, suave y tenaz como el de las olas del

mar.

Quizás eran estas palabras las que mantenían de pie a las mujeres, los hombres y los niños; que les ayudaban a hacer girar la rueda de la vida. Sin embargo, un suceso imprevisto perturbó a todas aquellas almas. Aunque ya estaban acostumbrados a ver pasar la carretilla tambaleante de condenados, la noticia de que Gilles Corey había sido atormentado hasta la muerte causó un horror especial. Nunca había sentido mucha simpatía hacia Gilles Corey y su mujer, el ama Martha, quién tenía la mala costumbre de persignarse siempre que se tropezaba conmigo.

Cuando me enteré de Gilles había declarado contra ella no sentí ninguna emoción. ¿No me había traicionado también John Indien pasándose al bando de mis acusadores?

Pero el hecho de que aquel anciano acusador convertido en acusado, había sido tumbado de espaldas mientras los jueces ordenaban amontonar sobre su pecho piedras y rocas cada vez más pesadas, hacía dudar de la naturaleza de aquellos que nos condenaban. ¿Dónde estaba Satanás? ¿Se escondía quizás entre los pliegues de las capas de los jueces? ¿No hablaba tal vez por la boca de los juristas y de los hombres de la Iglesia?

Se decía que Gilles sólo había abierto la boca para reclamar piedras cada vez más pesadas con el fin de acelerar su final, abreviando sus sufrimientos. Pronto surgió un cántico:

*Corey, oh Corey
para ti las piedras no tienen peso.
Para ti las piedras son
plumas al viento.*

El segundo acontecimiento que sobrepasó en horror al primero fue la detención de George Borroughs. Como dije anteriormente, George Borroughs había sido pastor en Salem antes que Samuel Parris y, de la misma manera que este último, tuvo todas las dificultades del mundo para que le respetaran los términos de su contrato. Mientras su alma emprendía el gran viaje, una de sus esposas se había acostado en una habitación de nuestra casa. La noticia de que aquel hombre de Dios podía estar acusado de ser el favorito de Satanás, sumió a toda la prisión en la más honda consternación.

Dios, aquel Dios por el amor del cual habían abandonado Inglaterra, sus prados y sus bosques, les daba ahora la espalda.

No obstante, a principios de octubre nos enteramos de que el gobernador de la Colonia, el gobernador Phips, había escrito a Londres para pedir consejo sobre la conducta a seguir en relación a los procesos de brujería. Supimos también, poco después, que la Corte de Oyer y Terminer no se reuniría más y que iba a ser constituido otro tribunal cuyos miembros serían menos sospechosos de colusión con

los parientes de las acusadoras.

Debo confesar que todo esto no me concernía demasiado. Lo sabía, yo estaba condenada a vivir.

Deseo a las futuras generaciones que vivan tiempos en los que el Estado sea prudente y se preocupe del bienestar de sus ciudadanos.

En 1692, en el momento en que transcurre esta historia, nada de esto acontecía. Tanto en la cárcel como en el hospicio, nadie estaba protegido por el Estado y era necesario que cada uno, inocente o culpable, pagara los gastos de su manutención así como el precio de sus cadenas.

En general los acusados eran gente acomodada, dueños de tierras y de granjas que podían ser hipotecadas. Por ello no tenían dificultades para satisfacer las exigencias de la Colonia. Samuel Parris hizo saber muy pronto que no pensaba desembolsar nada para mis gastos y el jefe de policía tuvo entonces la idea de resarcirse de aquellos pagos decidiendo emplearme en las cocinas.

La comida más repugnante era siempre buena para el prisionero. Unos carros transportaban hasta el patio de la cárcel las verduras cuyo olor dulzón no ofrecía dudas sobre su mal estado. Coles negruzcas, zanahorias verdosas, boniatos salpicados de mil verrugas, espigas de maíz agorgojadas compradas a mitad de precio a los indios. Una vez por semana, el día de Sabbat, se agasajaba a los detenidos con un hueso de buey hervido en cantidades de agua y algunas manzanas secas. Preparé aquellos tristes alimentos recordando, a pesar mío, las viejas recetas. Cocinar tiene la ventaja de que el espíritu permanece libre mientras las manos se afanan llenas de una creatividad que sólo les pertenece a ellas. Machaqué todos aquellos desechos. Los sazoné con una brizna de menta que crecía por puro azar entre las piedras. Añadí todo lo que pude salvar de un manojo de cebollas nauseabundas. Me esforcé en hacer pasteles que, aunque duros, no eran por ello menos sabrosos.

¿Con qué patrón se miden las reputaciones? Muy pronto ¡oh, sorpresa! me tacharon de excelente cocinera. A partir de entonces fueron reclamados mis servicios para bodas y banquetes.

Me convertí en una silueta familiar deambulando por las calles de Salem, entrando por las puertas traseras de las casas u hoteles. Cuando caminaba, precedida por el tintineo de mis cadenas, las mujeres y los niños salían a los umbrales para verme pasar. Raras veces escuché burlas o injurias. Era sobre todo objeto de piedad.

Cogí la costumbre de llegarme hasta el mar, casi invisible entre los cascarones de los bergantines, de las goletas y de toda clase de embarcaciones.

El mar fue el que me curó.

Su gran mano húmeda cubriendo mi frente, su vapor en las aletas de mi nariz, su sabor amargo sobre mis labios. Poco a poco recomponía mi ser pedazo a pedazo. Poco a poco recobraba la esperanza. ¿En qué? No lo sabía exactamente. Sin embargo en mí surgía una luz suave y débil como la aurora. Me enteré por los rumores de la cárcel que John Indien figuraba en la primera fila de los acusadores y que se había sumado al azote de Dios contra las chiquillas, gritando como ellas y denunciando a

diestro y siniestro con una voz aún más potente que la de ellas. Supe también que en el puente de Ipswich, antes que Anne Putnam o Abigail, John Indien había descubierto una bruja bajo la figura harapienta de una pordiosera. Incluso se decía que creyó reconocer a Satanás en la forma candorosa de una nube que flotaba sobre la cabeza de las condenadas.

¿Experimente algún sufrimiento al escuchar todo aquello?

En mayo de 1963 el gobernador Phips, de acuerdo con Londres, declaró un indulto general y las puertas de las cárceles se abrieron de par en par para las acusadas de Salem. Los padres reencontraron a sus hijos, los maridos a sus mujeres, las madres a sus hijas. Yo no encontré a nadie. Aquel perdón no cambiaba nada para mí. Nadie se preocupaba por mi suerte.

Noyes, el jefe de la policía, vino a mi encuentro:

—¿Sabes cuánto debes a la Colonia?

Me encogí de hombros.

—¿Cómo iba a saberlo?

—Todo está calculado.

Y volvió las páginas de un libro.

—Lo ves, aquí está. Diecisiete meses de cárcel a dos chelines y seis peniques por semana. ¿Quién me lo va a pagar?

Con un gesto de ignorancia pregunté a mi vez:

—¿Qué vamos a hacer?

Refunfuñó.

—Buscar a alguien que salde estas deudas y que de resultas te tenga a su servicio.

Reí tristemente.

—¿Quién estará dispuesto a comprar a una bruja?

Esbozó una sonrisa llena de cinismo.

—Un hombre necesitado de dinero. ¿Sabes a qué precio se vende hoy en día un negro? ¡A veinticinco libras!

Con esto finalizo nuestra conversación, y desde aquel momento supe cuál era el destino que me esperaba. Un nuevo amo, una nueva servidumbre.

Empecé a dudar seriamente de la convicción fundamental de Man Yaya según la cual la vida era un don. La vida sólo podría ser un don si cada uno de nosotros pudiera elegir el vientre materno. Por ser engendrado en la carne de una desvalida, de una egoísta, de una zorra que se vengaría en nosotros de los sinsabores de su propia vida, formar parte de la tropa de los explotados, de los humillados, de aquellos a los que se les impone un nombre, una lengua, unas creencias, era un verdadero calvario.

Si algún día he de volver a nacer que sea en el ejercito de acero de los conquistadores. A partir de aquella conversación con Noyes venían cada día unos desconocidos a examinarme. Inspeccionaban mis encías y mis dientes. Palpaban mi vientre y mis pechos. Alzaban mis harapos para observar mis piernas. Después ponían mala cara y decían:

—Está muy delgada.

—¿Dices que tiene veinticinco años? ¡Parece tener cincuenta!

—¡No me gusta su color!

Una tarde obtuve el beneplácito de un hombre. ¡Dios mío, qué hombre! Bajito, con la espalda deformada por una joroba que sobresalía de su hombro izquierdo, con la piel color berenjena y el rostro medio oculto por unas enormes patillas pelirrojas que se juntaban con su puntiaguda barba. Noyes murmuró con desprecio:

—Es un judío, un comerciante con fama de rico. Podría comprar un cargamento de madera de ébano y he aquí que regatea por carne de horca.

No demostré lo injuriosas que fueron para mí aquellas palabras. ¿Un comerciante? ¿Estaría quizá relacionado con las Antillas? ¿Con Barbuda?

De repente observé al judío con los ojos llenos de admiración, como si su enorme fealdad hubiera sido sustituida por la más seductora de las presencias. ¿Simbolizaba de alguna forma la eventualidad con la que yo soñaba?

Me transfiguré y mis ojos relucieron con tanta esperanza y deseo que, confundido sin duda por su significado, dio media vuelta y se alejó renqueando. Tenía, acababa de darme cuenta, una pierna más corta que la otra.

¡Noche, noche, noche más hermosa que el día! ¡Noche proveedora de sueños! Noche, gran lugar de encuentro donde el presente da la mano al pasado, donde se mezclan los vivos con los muertos.

En la celda en la que no quedaban más que la pobre Sarah Daston, vieja y desvalida, y que seguramente iba a acabar su vida entre aquellas paredes, Mary Watkins, que esperaba un amo eventual, y yo, de quien nadie quería nada, logré recogerme para elevar mis ruegos a Man Yaya y a Abena, mi madre. ¡Qué sus poderes reunidos me hagan caer en mano de aquel comerciante cuya mirada me indicaba que también conocía el país de los sufrimientos y que, de un modo que no podía definir, estábamos o podíamos estar en el mismo bando!

¡Barbuda!

Durante los períodos álgidos y más tarde embrutecidos de mi enfermedad, no había pensado mucho en mi tierra natal, pero una vez precariamente recompuestos los pedazos de mi ser, su recuerdo me asediaba de nuevo.

No obstante, las noticias que me llegaban no eran muy alentadoras. El dolor y la humillación se habían adueñado para siempre de la isla. El vil rebaño de negros seguía haciendo girar la rueda de la desgracia. ¡Muele, molino, junto con la caña mi antebrazo, y que mi sangre colorea el azucarado jugo!

¡Y eso no era todo!

Cada día el apetito de los blancos devoraba otras islas vecinas y me enteré también de que en las colonias de América del Sur nuestras manos tejían ahora largos sudarios de algodón.

Aquella noche tuve un sueño.

Mi barco entraba en el puerto con la vela hinchada por la enorme fuerza de mi

impaciencia. Me encontraba en el muelle y observaba cómo el casco revocado de alquitrán hendía el agua. Al pie de uno de los mástiles distinguí una forma vaga e imprecisa. Sin embargo, sabía que traía alegría y felicidad. ¿Cuándo llegaría a mi vida? No podía adivinarlo. Sabía que el destino era como un anciano. Camina a pequeños pasos, se detiene para resoplar, continúa andando, se vuelve a detener. Alcanza su meta a su hora. No obstante, me invadió la certidumbre de que las horas más negras habían quedado atrás y que pronto podría respirar libremente.

Aquella noche Hester vino a echarse junto a mí como lo hacía a veces. Apoye la cabeza contra el nenúfar de su mejilla y me apreté contra ella.

Suavemente me sentí invadida por un placer que me llenó de asombro. ¿Se puede experimentar placer apretándose contra un cuerpo igual al de una misma? El placer había tenido siempre para mí la forma de otro cuerpo cuyos huecos albergaban mis protuberancias y cuyas protuberancias se acomodaban en las tiernas llanuras de mi carne. ¿Me estaba indicando Hester el camino de otros goces?

Tres días más tarde Noyes vino a abrir la puerta de mi celda. Detrás de él, pegado a su sombra, se deslizaba el judío, más pelirrojo y patituerto que nunca. Noyes me empujó hasta el patio de la cárcel y allí, el herrero, un hombre macizo con un delantal de cuero, me separó las piernas con brutalidad y colocó un tarugo entre mis tobillos. Luego, con un golpe de mazo tremendamente hábil hizo volar mis cadenas en pedazos. Repitió la misma operación en mis muñecas mientras yo aullaba.

Aullaba con la misma fuerza con que mi sangre, que durante tantas semanas había abandonado mi carne, la volvía a inundar, clavando miles de dardos, miles de botones de fuego bajo mi piel.

Aullaba y aquel aullido, semejante al de un recién nacido aterrorizado, celebró mi regreso al mundo. Tuve que aprender de nuevo a andar. Privada de mis cadenas no lograba mantener el equilibrio y vacilaba como una mujer borracha de alcohol de mala calidad. Tuve que aprender de nuevo a hablar, a comunicarme con mis semejantes, a no contentarme con pronunciar únicamente monosílabos. Tuve que aprender de nuevo a mirar a mis interlocutores a los ojos. También aprendí de nuevo a domar mis cabellos, nido de serpientes silbando alrededor de mi cabeza. Tuve que restregar con ungüentos mi piel seca y agrietada como un cuero mal curtido.

Pocas personas han tenido tanta desdicha: nacer por segunda vez.

Benjamín Cohen de Azevedo, el judío que acababa de comprarme, había perdido a su mujer y a sus hijos menores en una epidemia de tosferina. Sin embargo le quedaban cinco hijas y cuatro hijos, para el cuidado de los cuales precisaba urgentemente una mano femenina. No tenía intención de casarse de nuevo, como lo hacían en casos semejantes todos los hombres de la Colonia, por lo que prefirió recurrir a los servicios de una esclava.

Me encontré, pues, cara a cara con aproximadamente una decena de niños de diferentes edades, algunos de ellos con los cabellos negros como la cola de una urraca, otros pelirrojos como su padre, pero todos tenían en común la particularidad de no hablar ni una sola palabra de inglés. En efecto, la familia de Benjamín era oriunda de Portugal, de donde habían huido durante las persecuciones religiosas para refugiarse en Holanda. Desde Holanda, una rama de la familia se trasladó a vivir a Brasil, exactamente en Recife y, otra vez, tuvieron que salir huyendo cuando la ciudad fue tomada por los portugueses. Más tarde esta rama se dividió en dos y un clan se estableció en Curaçao mientras el otro intentó hacer fortuna en las colonias de América. Y aquella ignorancia del inglés, aquel incesante parloteo en hebreo o en portugués demostraba la indiferencia de esta familia hacia todo lo que no formara parte de su propia desdicha, hacia todo lo que no fueran las tribulaciones de los judíos en el mundo. Yo me preguntaba si Benjamín Cohen de Azevedo estaba al corriente de los procesos de las brujas de Salem y si no habría entrado con toda inocencia en la cárcel. En cualquier caso, si estaba enterado de aquella triste historia la atribuía a aquella crueldad innata que caracterizaba a los llamados gentiles, y me absolvía de una manera total. Es decir, que dentro de todo, había tenido suerte.

Los únicos visitantes que se infiltraban furtivamente en cada de Benjamín Cohen de Azevedo eran media docena de judíos que acudían a celebrar con él el ritual del sábado. Supe que habían pedido permiso para disfrutar de una sinagoga y que su petición había sido denegada, por lo cual se apretujaban en una habitación de la casona ante unos candelabros de siete brazos cuajados de velas y musitaban con voz monocorde unas palabras misteriosas. La víspera de aquellos días no se podía encender las luces y la tropa de chiquillos comía, se lavaba y se acostaba en la más completa oscuridad.

Benjamín Cohen de Azevedo mantenía una constante relación epistolar y comercial con otros Cohen, Levy o Frazier que vivían en Nueva York (ciudad que él se obstinaba en llamar Nueva Amsterdam) o Rhode Island. Se ganaba sobradamente la vida con el comercio de tabaco y era dueño de dos barcos con su correligionario y amigo Judah Monis. Aquel hombre, cuya fortuna debía ser considerable, no estaba imbuido de vanidad alguna. Se cortaba él mismo sus trajes de las piezas de tela llegadas de Nueva York y se alimentaba de pan sin sal y de sémola. El primer día que empecé a trabajar para él me alargó un pequeño frasco diciendo con voz cascada:

—Mi difunta Abigail preparaba este mejunje. Es un remedio que te fortalecerá.

Luego se alejó con los ojos bajos como si se avergonzara de la bondad de su corazón. Aquel mismo día me trajo unos vestidos de paño oscuro de corte muy anticuado.

—Toma, pertenecían a mi difunta Abigail y sé que, allí donde se encuentre, se alegrará de que los uses.

Fue la difunta quien nos acercó el uno al otro.

Empezó por tejer entre nosotros una sutil red de pequeños favores, pequeños detalles, pequeños agradecimientos. Benjamín repartía entre Metahebel, su hija mayor, y yo una naranja traída de las islas, me invitaba a tomar una copa de vino caliente de Oporto y extendía sobre mis hombros una manta suplementaria cuando la noche, en mi desván, se presentaba demasiado fría. Yo le planchaba cuidadosamente las toscas camisas, le cepillaba y reteñía la deteriorada y verdosa capa, y añadía una cucharada de miel a su tazón de leche. El día del primer aniversario de la muerte de su compañera le vi tan desesperado que no pude contenerme y me acerqué a él sigilosamente.

—¿Sabes que la muerte no es más que un paso cuya puerta permanece abierta?

Me miró incrédulo. Me envalentoné y proseguí:

—¿Quieres comunicarte con ella?

Sus ojos se desorbitaron. Le ordené:

—Esta noche cuando los niños duermen, reúnete conmigo en el jardín de los manzanos. Hazte con un cordero, o en su defecto, con algún ave de tu amigo el judío.

Confieso que a pesar de mi aparente seguridad no las tenía todas conmigo. ¡Hacía tanto tiempo que no había ejecutado mi arte! En la promiscuidad de la cárcel, entre mis compañeras de infortunio, privada de todos los elementos de la naturaleza que podían ayudarme, no había podido comunicarme con mis seres invisibles más que en sueños. Hester me visitaba con regularidad. Man Yaya, Abena, mi madre, y Yao muy de tarde en tarde. Pero Abigail no tenía que cruzar el agua. No se encontraba lejos, estaba segura de ello, incapaz de separarse de su marido y sobre todo de sus queridos hijos. Algunas plegarias y un sacrificio cumplido ritualmente la harían aparecer. Y el pobre corazón de Benjamín se alegraría.

Hacia las diez Benjamín se reunió conmigo bajo un árbol en flor. Traía consigo un cordero de immaculado pelaje y con ojos de absoluta resignación. Yo había empezado ya mis salmodias y esperaba que la luna, todavía somnolienta, acudiera esplendorosa a representar su papel en la ceremonia. En el momento decisivo sentí miedo pero unos labios se posaron en mi cuello y supe que se trataba de Hester que venía a infundirme valor.

La sangre inundó la tierra y su olor áspero reseco nuestras gargantas.

Al cabo de un rato, que me pareció interminable, apareció una figura que se fue acercando a nosotros. Era una mujercita con una tez muy pálida y los cabellos negros. Benjamín cayó de rodillas.

Me aparté por discreción. El diálogo entre los esposos fue largo y extenso.

Desde aquel día, cada semana permití que Benjamín Cohen de Azevedo volviera a ver a aquella figura a quien había perdido y a la que tan ferozmente añoraba. Esto ocurría generalmente el domingo por la noche, cuando los últimos amigos llegados para intercambiar noticias de los judíos diseminados por el mundo entero se habían retirado después de la lectura de un versículo de su libro sagrado. Benjamín y Abigail hablaban, creo, de los progresos de sus negocios, de la educación de sus hijos, de las preocupaciones que éstos les causaban, sobre todo el pequeño, Moses, que se empeñaba en frecuentar a los gentiles y en hablar su lengua. Yo había oído algunas conversaciones en hebreo y el extraño sonido de aquel idioma me llenaba de angustia.

Al cabo de un mes, Benjamín me pidió permiso para que su hija Metahebel estuviera presente durante aquellas entrevistas.

—No puedes imaginarte lo que la muerte de su madre significó para ella. Las separaban sólo dieciséis años y Metahebel estaba unida a Abigail como si fueran hermanas. En los últimos tiempos mi amor las confundía a ambas. Tenían la misma risa, las mismas trenzas morenas enroscadas alrededor de la cabeza y de su pálida tez se desprendía el mismo aroma. Tituba, a veces dudo de Dios cuando veo que es capaz de separar a un hijo de su madre. ¡Dudar de Dios! Ya ves, no soy un buen judío.

¿Cómo podía habérselo negado?

Teniendo en cuenta, sobre todo, que Metahebel era mi favorita entre la tropa de chiquillos. Era tan dulce que la idea de lo que la vida, caprichosa e irreflexiva como una arpía, pudiera hacer con ella me llenaba de espanto. Se preocupaba siempre por los demás. Hablaba ya un poco de inglés y a veces me decía:

—¿Por qué hay nubes en el fondo de tus ojos, Tituba? ¿En qué piensas? ¿En los tuyos que son como tú, esclavos? ¿No sabes que Dios bendice el sufrimiento y reconoce a través de él a los suyos?

Aquella declaración de fe no me convenció en absoluto y sacudí la cabeza.

—Metahebel, ¿no es hora ya de que las víctimas cambien de bando?

Desde entonces fuimos tres a tiritar en el jardín esperando las apariciones de Abigail. Los esposos dialogaban primero. Después la hija se acercaba a su madre y permanecían a solas.

¿Por qué cualquier relación teñida de un poco de afecto entre un hombre y una mujer acaba siempre plasmándose en la cama? No salgo de mi asombro.

¿Cómo Benjamín Cohen de Azevedo, tan inmerso él en el recuerdo de una muerta y yo en el de un ingrato, llegamos a emprender juntos el camino de las caricias, de los abrazos, del placer dado y recibido?

Creo que la primera vez que esto ocurrió, se sorprendió más que yo misma, pues estaba seguro de que su sexo era un utensilio fuera de servicio, y grande fue su

extrañeza al comprobarlo inflamado, rígido y penetrante, hinchado de un abundante jugo. Se sorprendió y se avergonzó al mismo tiempo ya que inculcaba a sus hijos el horror hacia el pecado de la fornicación. Se apartó de mí tartamudeando unas palabras de disculpa que fueron barridas por una nueva oleada de deseo. En lo sucesivo viví aquella extraña situación de ser a la vez amante y criada. Durante el día no tenía ni un momento de reposo. Debía cardar la lana, hilar, despertar a los niños, ayudarles a lavarse, a vestirse, preparar el jabón, hacer la colada, planchar, teñir, tejer, remendar los trajes, las sabanas, las mantas, e incluso poner suelas a los zapatos, sin olvidarme del sebo para las velas, de los animales que había que alimentar y de la limpieza de la casa. Por razones de orden religioso no preparaba las comidas. Metahebel era la encargada de hacerlo y me disgustaba que su juventud se consumiera en aquellas tareas domésticas.

Por la noche Benjamín Cohen de Azevedo entraba en la buhardilla donde yo dormía en una cama de barrotes de cobre. Tengo que confesar que cuando se desnudaba y mostraba su cuerpo cerúleo y cojitranco no cesaba de acordarme del cuerpo musculado y moreno de John Indien. Un nudo doloroso me agarrotaba la garganta y luchaba para ahogar mis sollozos. Sin embargo esta sensación no duraba demasiado y con mi contrahecho amante me sumergía en seguida en un mar de delicias. No obstante, los momentos más dulces eran aquellos durante los cuales hablábamos. De nosotros, solamente de nosotros.

—Tituba, ¿sabes lo que es ser judío? En el año 629 los merovingios de Francia nos expulsaron de su reino. Después del cuarto concilio del Papa Inocencio III los judíos fueron obligados a llevar una marca en forma de círculo sobre su vestimenta y a cubrirse la cabeza. Ricardo Corazón de León antes de emprender la cruzada dispuso un asalto general contra los judíos. ¿Sabes de entre nosotros cuántos perdieron la vida durante la Inquisición?

Le interrumpí para exponer mis propias quejas.

—¿Y nosotros? ¿Sabes cuántos de entre nosotros bañan de sangre las costas de África?

Pero él Proseguía:

—En 1298 todos los judíos de Rottingen fueron exterminados y la ola de crímenes se extendió por Baviera y Austria... En 1336 derramamos nuestra sangre desde el Rin hasta Bohemia y Moravia.

Sus argumentos pesaban más que los míos.

Una noche en la que habíamos gozado más intensamente que de costumbre, Benjamín murmuró con pasión:

Hay una sombra siempre en el fondo de tus ojos, Tituba, ¿qué puedo darte para que seas feliz o casi feliz?

—¡La libertad!

No pude reprimir aquella respuesta. Me miró sin pestañear con ojos turbados.

—¿La libertad? ¿Qué harías con ella?

—Montarme en uno de vuestros barcos y navegar hacia mi Barbuda.

Su rostro se endureció, se tornó irreconocible.

—Nunca, nunca, ¿me oyes?, porque si te vas, yo la perdería por segunda vez. No me hables nunca más de esto.

No volvimos a mencionarlo jamás. Las palabras dichas sobre la almohada tienen la misma consistencia que los sueños y la particularidad, como ellos, de ser fácilmente olvidadas.

Volvimos a nuestra rutina cotidiana, a nuestras costumbres. Poco a poco me fui integrando en aquella familia judía. Aprendí a chapurrear el portugués. Me apasioné por los asuntos de naturalización y me irritaba cuando la mezquindad de un gobernador la hacía difícil, casi imposible. Me apasioné también por lo que ocurría con la construcción de las sinagogas y aprendí a considerar a Roger Willians como un espíritu liberal y avanzado, un verdadero amigo de los judíos. Sí, llegué, como los Cohen de Azevedo, a dividir el mundo en dos campos: los amigos de los judíos y los otros, y a calcular las posibilidades que tenían los judíos de ocupar un lugar en el Nuevo Mundo.

Sin embargo, una tarde volví a recuperar mi personalidad un tanto perdida. Venía de llevar una cesta de manzanas secas a la mujer de Jacob Marcus que había dado a luz a su cuarta hija, y cruzaba a paso ligero para luchar contra el frío la ventosa Front Street, cuando oí una voz que me llamaba por mi nombre:

—¡Tituba!

Me encontré frente a una joven negra cuyo rostro me era, en principio, desconocido. Había en aquella época, tanto en la ciudad de Salem como en Boston y en toda la Bay Colony, tal cantidad de negros ocupados en mil serviles tareas que ya no llamaban la atención de nadie.

Al verme vacilar, la joven exclamó:

—¡Soy yo, Mary Black! ¿Me has olvidado?

Mary Black había sido esclava de Nathaniel Putnam. Acusada como yo, por el clan de pequeñas arpías, de ser bruja, había sido conducida a la cárcel de Boston, y nunca más supe nada de ella.

—¡Mary!

De repente el pasado me aplastaba con todo su peso de dolores y humillaciones. Sollozamos durante unos instantes una en brazos de la otra. Después vació en mis oídos un saco lleno de noticias.

—¡Ah sí, ahora se descubre la siniestra maquinación! Las chiquillas estaban manipuladas por sus padres. Líos de tierras, de perras gordas, de antiguas rivalidades. En este momento el viento ha girado y quieren expulsar a Samuel Parris del pueblo, pero él aguanta firme. Reclama retrasos de salarios, leña para la calefacción que nunca fue suministrada. ¿Sabes que su mujer tuvo un hijo?

No quise oír una palabra más sobre aquella historia y la interrumpí.

—¿Y tú qué haces?

Se encogió de hombros.

—Sigo como siempre en casa de Nathaniel Putnam. Me volvió a tomar después del indulto del gobernador Phips. Se ha enfadado con su primo Thomas. ¿Sabes que el doctor Griggs afirma ahora que Mary Putnam y su hija Anne no están bien de la cabeza?

¡Demasiado tarde! ¡Demasiado tarde! La verdad llega siempre demasiado tarde porque camina más despacio que la mentira. La verdad anda a paso lento. No me atrevía a formular una pregunta que me quemaba en los labios.

Por fin no pude contenerme:

—¿Y qué ha sido de John Indien?

Dudó y repetí la misma pregunta con más énfasis.

Contestó brevemente:

—Ya no vive en el pueblo.

Me quedé estupefacta.

—¿Dónde está, pues?

—En Topsfield.

—¿En Topsfield? —Cogí a la pobre Mary por el brazo sin darme cuenta de que mis dedos se clavaban en su carne inocente—. Mary, por el amor de Dios, dime que ha sido de él ¿Qué hace en Topsfield?

Por fin se decidió a mirarme de frente.

—¿Te acuerdas de ama Sarah Porter?

Ni más ni menos que una de las demás. Una delgaducha que no levantaba los ojos de su libro de oraciones en la casa de reunión.

—Pues bien, se puso a trabajar para ella y cuando su marido murió al caerse de un tejado, se metió en su cama. Se organizó tal escándalo en el pueblo que tuvieron que marcharse.

Mi aspecto debía ser tan deplorable que añadió en un tono consolador:

—Parece ser que no se llevan nada bien.

No oí el resto de la conversación. Creí que iba a volverme loca mientras las palabras de Hester volvían a sonar dolorosamente en mis oídos:

—Blancos o negros, la vida trata demasiado bien a los hombres.

Y yo, carne de horca, malgastaba todas mis fuerzas en funciones serviles mientras mi hombre, con sus botas de cuero, recorría con aires de conquistador sus nuevas tierras tomando la medida de sus posesiones. La Porter era rica, ahora lo recordaba. Su nombre y el de su difunto esposo figuraban entre los que pagaban los impuestos más elevados.

Aceleré el paso porque el viento se hacía más frío, colándose entre las ropas que Benjamín Cohen me había dado y que todavía guardaban el olor dulzón y penetrante de la muerta.

Aceleré el paso ya que, me di cuenta en seguida, no tenía más que un refugio a donde acudir: la casona de Essex Street.

Cuando llegué era la hora del Minnah. Los niños reunidos alrededor de su padre, pronunciaban las palabras que ya me eran familiares:

«Sh'ma Yisrael: Adonai Elohenu Ehad».

Corrí hacia mi buhardilla y dejé que el dolor se apoderara completamente de mí.

9

No obstante, con mi dolor sucedió lo mismo que con las demás cosas: se fue apaciguando y disfruté de cuatro meses de paz, no me atrevo a decir de felicidad, en casa de Benjamín Cohen de Azevedo.

Por la noche me susurraba.

—Nuestro Dios no sabe de razas ni de colores. Si quieres puedes convertirte en uno de los nuestros y rezar con nosotros.

Yo le interrumpía con una carcajada.

—¿Tu Dios acepta incluso a las brujas?

Me besaba las manos.

—Tituba, eres mi bruja preferida.

Sin embargo había momentos en los que la angustia reaparecía. Sabía que la desgracia no abandona nunca. Sabía que indultaba solamente a algunos privilegiados y esperaba.

Esperaba.

Todo empezó cuando la *mezuzah* colocada sobre la puerta de entrada de Benjamín Cohen de Azevedo, como en las otras casas judías, fue arrancada y reemplazada por un dibujo obscuro hecho con pintura negra.

Los judíos estaban tan acostumbrados a las persecuciones que Benjamín, olfateando el peligro, enumeró a sus hijos y los hizo entrar en casa como a un dócil rebaño. Estuve buscando durante horas a Moses, el que faltaba. Lo encontré retozando con unos granujas cerca de los muelles con su *Rippa* colgando de un rizo de sus espesos cabellos rojos. El día siguiente era de Sabbat. Como era habitual, los cinco Levy y los tres Marcus (Rebeca, la mujer de Jacob estaba siempre indispuesta a causa de sus frecuentes embarazos) entraron sigilosos en casa de Benjamín para celebrar el ritual. En cuanto se elevaron sus voces, quizá más temblorosas que de costumbre, una ráfaga de piedras rebotó contra puertas y ventanas.

Yo, que no tenía nada que perder, salí afuera y vi a un grupo de hombres y mujeres, con los siniestros atavíos de los puritanos, concentrados a algunos metros de la casa. Avancé llena de rabia hacia los agresores. Un hombre rugió con voz de trueno:

—Realmente, ¿en qué están pensando los que gobiernan? ¿Para esto hemos abandonado Inglaterra? ¿Para ver proliferar a nuestro lado a judíos y a negros?

Una avalancha de piedras cayó sobre mí. Continué avanzando presa de una cólera tan grande que incendiaba todo mi cuerpo y agilizaba mis piernas.

De repente alguien aulló:

—¿No la reconocéis? ¡Es Tituba, una de las brujas de Salem!

La lluvia de piedras se convirtió en granizo. El día se oscureció. Me sentí igual que Ti-Jean, cuando armado únicamente de su propia voluntad, destroza los cerros, hace retroceder las olas del mar y obliga al sol a seguir su trayectoria. No sé cuánto tiempo duró aquella batalla.

Al atardecer mi cuerpo estaba desfallecido y Metahebel ahogada en sollozos me aplicaba compresas de agua fría en la frente.

Por la noche tuve un sueño. Quería penetrar en un bosque pero los árboles se coaligaban contra mí y las lianas que colgaban de sus copas me envolvían. Abrí los ojos: la habitación estaba llena de humo.

Enloquecida, desperté a Benjamín Cohen de Azevedo que había insistido en dormir a mi lado para curar mis heridas. Se puso en pie de un salto y balbució:

—¡Mis hijos!

Era demasiado tarde. El fuego hábilmente encendido por los cuatro costados de la mansión había devorado la planta baja y el primer piso. Se acercaba ya al desván. Tuve la presencia de ánimo de arrojar por la ventana los jergones de paja sobre los que aterrizamos entre las vigas calcinadas, las tapicerías humeantes y los trozos de metal retorcido. Retiraron nueve pequeños cadáveres de entre los escombros.

Quedaba la esperanza de que los niños inmersos en un profundo sueño no hubieran tenido miedo y no hubieran sufrido. Además, ¿no estarían ya junto a su madre?

Las autoridades de la ciudad concedieron a Benjamín Cohen de Azevedo un pedazo de tierra para enterrar a los suyos y aquella parcela se convirtió en el primer cementerio judío de las colonias de América, anterior al de Newport.

Para mayor desastre, los dos barcos pertenecientes a Benjamín y su amigo ardieron en el puerto. Sin embargo creo que esta pérdida material le dejó perfectamente indiferente. Cuando pudo recuperar la serenidad y el habla, Benjamín Cohen de Azevedo vino a mi encuentro:

—Todo esto tiene una explicación racional: nos quieren alejar del provechoso comercio con las Antillas. Temen y odian, como siempre, nuestro ingenio. Pero yo no creo en ello. Es Dios quien me castiga. No sólo por haber gozado contigo, ya que los judíos han tenido siempre un fuerte instinto sexual. Nuestro padre Moisés tenía erecciones a una edad muy avanzada. El Deuteronomio lo dice: «Su poder sexual no había disminuido». Abraham, Jacob, David, tuvieron concubinas. Tampoco me reprocha el haber usado de tus artes para volver a ver a Abigail, pues recuerda el amor de Abraham hacia Sara. Me castiga porque te he negado la única cosa que deseabas: la libertad. Porque te he retenido a mi lado por la fuerza, utilizando aquella violencia que Él condena. Porque he sido egoísta y cruel.

Protesté:

—¡No, no!

Pero no me escuchaba y continuó su discurso:

—Ahora eres libre. He aquí la prueba.

Me alargó un pergamino marcado con diversos sellos al que no dirigí ni una mirada, sacudiendo frenéticamente la cabeza.

—No quiero esta libertad. Deseo quedarme contigo.

Me apretó contra su pecho.

—Me voy a Rhode Island en donde, hasta ahora, un judío tiene derecho a ganarse la vida. Allí me espera un correligionario.

Sollocé:

—¿Qué quieres que haga sin ti?

—Que regreses a tu Barbuda. ¿No es ese tu máspreciado anhelo?

—No a este precio, no a este precio.

—Te he reservado una plaza a bordo del *Bless the Lord* que zarpa dentro de unos días hacia Bridgetown. Toma, ésta es una carta a la atención de un correligionario, un comerciante de aquella ciudad. Se llama David da Costa. Le ruego que te ayude en el caso de que lo necesites.

Como seguía protestando tomó mis manos entre las suyas y me obligó a repetir las palabras de Isaías:

Así habla el Padre Eterno.

*El cielo es mi trono
y la tierra mi estribo.
¿Qué casa podrías edificarme
y qué lugar me darías por morada?*

Cuando me pude calmar un poco me susurró:

—Concédeme un último favor. Permíteme volver a ver a mis hijos.

La impaciencia del desdichado padre era tan grande que no esperamos a la noche. En cuanto el sol se hubo ocultado detrás de los tejados azulados de Salem nos reunimos en el jardín de los manzanos. Alcé la cabeza hacia los dedos nudosos de los árboles con el corazón hinchado de una amargura que rivalizaba con mi fe. Metahebel apareció la primera con los cabellos cuajados de espigas, semejante a una joven diosa de las religiones primitivas. Benjamín Cohen de Azevedo murmuró:

—Delicia de tu padre, ¿eres feliz?

Ella inclinó afirmativamente la cabeza mientras sus hermanos y hermanas la iban rodeando y preguntó:

—¿Cuándo, cuándo serás uno de los nuestros? Date prisa, padre. En verdad, la muerte es la mayor de las bendiciones.

Muy pronto descubrí que, incluso pertrechada de un documento de emancipación en toda regla, una negra no se hallaba nunca a salvo de molestias y preocupaciones. El capitán del *Bless the Lord*, un grandullón llamado Stannard, me examinó de pies a cabeza y aparentemente no le gusté nada. Mientras dudaba, examinando y repasando una y otra vez mis papeles, un marinero se acercó a él y le murmuró al oído lo que ya tenía que haber sabido de antemano.

—Cuidado ¡es una de las brujas de Salem!

¡Otra vez! Otra vez volvía a ser calificada con aquel epíteto. Sin embargo, decidí no dejarme intimidar y repliqué:

—Hace ya cerca de tres años que el gobernador de la Colonia ha dictado un indulto general. Las supuestas «brujas» han sido absueltas.

El marinero añadió sarcástico:

—Quizá sea así, pero confesaste tu crimen. No hay perdón para ti.

Presa de desánimo no me atreví a contestar nada. No obstante en las pupilas de animal salvaje del capitán apareció un fulgor astuto y dijo:

—¿Sabes impedir las enfermedades por arte de magia? ¿Y los naufragios?

Me encogí de hombros.

—Se curar algunas enfermedades. En cuanto a los naufragios no puedo hacer nada con ellos.

Apartó la pipa de su boca y escupió en el suelo un salivazo negro y maloliente.

—Negra, cuando te dirijas a mí llámame «patrón» y baja los ojos, si no te haré volar en pedazos los pocos dientes que te quedan.^[10] Sí, te llevaré hasta Barbuda, pero a cambio de mi bondad velarás por la salud de mi tripulación e impedirás los

vendavales.

Yo no dije una palabra.

Entonces me condujo al fondo del puente atestado de cajas de pescado, de toneles de vino, de botellas de aceite y me indicó un espacio entre unas jarcias enrolladas.

—¡Viajarás aquí!

A decir verdad yo no estaba de humor para protestar y defenderme. No pensaba más que en los trágicos acontecimientos que acababa de vivir. Man Yaya lo había dicho y repetido: «Lo que cuenta es sobrevivir».

Pero Man Yaya estaba equivocada: la vida no es más que una piedra atada al cuello de los hombres o de las mujeres. ¡Amarga y ardiente poción!

¡Oh Benjamín, mi dulce y cojitranco amante! Había tomado la ruta de Rhode Island con una plegaria en sus labios:

«Sh'ma Yisrael: Adonai Elohenu Adonai Ehad».

¿Cuántas lapidaciones, cuántos incendios, cuánta sangre burbujeante, cuántas genuflexiones faltaban todavía?

Empecé a imaginar una vida con otro curso, otro significado, otra urgencia.

El fuego devasta la copa del árbol. El rebelde ha desaparecido entre la nube de humo. Significa que ha triunfado de la muerte y que su espíritu permanece. El círculo amedrentado de los esclavos retoma su entereza. El espíritu permanece.

Sí, otra urgencia.

Mientras tanto coloqué como pude entre las jarcias el cesto que contenía mis pobres pertenencias, me envolví en mi ancha capa y me esforcé en disfrutar del momento presente. A pesar de todo estaba viviendo la realización de un sueño que a menudo me había hecho pasar la noche en vela. Me disponía a regresar a mi país natal.

Su tierra tan rojiza como siempre, tan verdes sus cerros, tan violáceas sus cañas congo llenas del mismo jugo pringoso. Tan satinado como siempre el cinturón de esmeralda que envuelve su cintura. Pero los tiempos han cambiado. Los hombres y las mujeres no aceptan ya el sufrimiento. El Rebelde desaparece entre una nube de humo. Su espíritu permanece. Los temores se disipan.

A media tarde me sacaron de mi refugio para curar a un marinero. Era un negro destinado a las cocinas, que temblaba de fiebre. Me observo con aire de sospecha.

—Me dicen que te llamas Tituba. ¿Eres la hija de Abena, la que mató al blanco?

Al comprobar que seguían reconociéndome después de diez años de ausencia, mis ojos se llenaron de lágrimas. Había olvidado la facultad de recuerdo que tiene nuestro pueblo. No se le escapa nada. ¡Ah no! Todo queda grabado en su memoria.

Balbuquí:

—Sí, has pronunciado mi nombre.

Su mirada se empañó, rebosante de dulzura y respeto:

—Parece ser que allá te trataron muy mal.

¿Cómo lo sabía? Estallé en sollozos y a pesar de mis gemidos pude oír sus torpes

palabras de consuelo.

—Estás viva, Tituba. ¿No es esto lo esencial?

Sacudí convulsivamente la cabeza. No, no era lo esencial. Era preciso, sí, era preciso que la vida cambiara de sabor. ¿Pero cómo lograrlo?

Desde entonces, Deodatus el marinero vino a sentarse cada día a mi lado y a ofrecermme alimentos escamoteados de la mesa del capitán sin los cuales no hubiera podido sobrevivir al viaje. Era, como Man Yaya, un nago del golfo de Benin. Cruzaba las manos detrás de la nuca y observando el dibujo enrevesado de las estrellas, me tenía en vilo:

—¿Sabes por qué el cielo está separado de la tierra? En otros tiempos estaban muy juntos y antes de acostarse charlaban como dos viejos amigos. Pero las mujeres irritaban al cielo con el estruendo de sus morteros y de sus chillidos mientras preparaban la cena. Entonces se fue retirando cada vez más arriba, cada vez más lejos, detrás de ese inmenso azul que se extiende sobre nuestras cabezas.

»¿Sabes por qué la palmera es la reina de los árboles? Porque cada una de sus tres partes es necesaria para la vida. Con sus frutos se fabrica aceite para los sacrificios, con sus hojas se cubren los tejados, con sus nervaduras las mujeres hacen escobas que sirven para limpiar las chozas y las pequeñas parcelas que les han sido concedidas.

El exilio, los sufrimientos y la enfermedad se habían concertado en mi existencia de tal forma que casi había olvidado aquellas ingenuas historias. Con Deodatus renacía mi infancia y le escuchaba sin cansarme jamás.

A veces me hablaba de su vida. Había recorrido las costas de África al servicio de Stannard. Desde hacía años éste se dedicaba a la trata de negros y Deodatus le hacía de interprete. Le acompañaba a las cabañas de los jefes con los que ultimaba el vergonzoso tráfico.

—Doce negros por una barrica de aguardiente, una o dos libras de pólvora y un parasol de seda para resguardar a Su Majestad.

Mis ojos se iban llenando de lágrimas. ¡Tantos dolores a cambio de algunos bienes materiales!

—No puedes imaginarte la avidez de aquellos reyes negros. Estaban dispuestos a vender a sus hombres si las leyes, a las que no osaban desafiar, se lo hubieran permitido, y los crueles blancos se aprovechaban de ello.

Hablamos con frecuencia del futuro. Deodatus fue el primero en preguntarme abiertamente:

—¿Qué vas a hacer a tu país?

Y añadió:

—¿Qué sentido tiene tu libertad ante la servidumbre de los tuyos?

No podía contestar, ya que regresaba a mi tierra natal como un niño corre a refugiarse en las faldas de su madre. Tartamudeé:

—Buscaré mi vieja choza por la antiguas propiedades de Darnell y ...

Deodatus se burló:

—¿Imaginas que está allá esperándote? ¿Cuándo te marchaste?

Aquellas preguntas me turbaban, pues no podía encontrar respuesta alguna para ellas. Aguardaba, esperaba una señal de los míos. Pero por desgracia ésta no se produjo y permanecí sola. Sola, porque si el agua de las fuentes y de los ríos atrae a los espíritus, la del mar, en continuo movimiento, los espanta. Están en uno y otro lado de su inmensidad enviando, a veces, mensajes a sus seres queridos, pero no la cruzan nunca, pues lo que más temen es tener que detenerse sobre las olas:

*¡Cruza el agua, oh padres míos,
cruza el agua, oh madres mías!*

La plegaria resultó infructuosa.

Al cuarto día la fiebre que había logrado controlar a trancas y barrancas en la persona de Deodatus, se apoderó de otro miembro de la tripulación, después de otro, y de otro más. Tuvimos que resignarnos y admitir que se trataba de una epidemia. ¡Circulan tantas fiebres y enfermedades malignas por África, América y las Antillas a causa de la promiscuidad, la suciedad y la pésima alimentación! A bordo no faltaba ron, ni los limones de las Azores, ni la pimienta de Cayena.

Elaboré unas pociones que daba a beber muy calientes a los enfermos. Froté sus cuerpos sudorosos y agitados con manojos de paja. Hice lo que pude, y ayudada sin duda por Man Yaya, mis esfuerzos fueron coronados por el éxito. Murieron únicamente cuatro hombres; sus cadáveres fueron arrojados al mar que los albergó entre los pliegues de su sudario.

¿Era posible que el capitán no sintiera hacia mí agradecimiento? Al octavo día, el viento amainó completamente, el agua parecía haberse convertido en aceite y el barco empezó a mecerse como el balancín de una abuela en la galería. Stannard me arrastró por los pelos hasta el pie del palo mayor.

—Negra, si quieres salvar la vida, ruega al viento que se levante. Transporto una mercancía perecedera y me veré obligado a echarla por la borda, pero no sin haberte arrojado a ti primero.

No había soñado nunca con poder gobernar a los elementos. En realidad aquel hombre me desafiaba. Me volví hacia él.

—Necesito animales vivos.

¿Animales vivos? Estando el viaje ya muy avanzad no quedaban más que algunas aves destinadas a la mesa del comandante, una cabra con las ubres hinchadas de leche para su desayuno y algunos gatos que eliminaban a las ratas que pululaban por el barco. Me trajeron los animales.

Observe fijamente el mar, bosque incendiado. De repente, de entre las inmóviles brasas apareció un pájaro que se elevó en línea recta hacia el sol. Después se detuvo, describió un círculo y se inmovilizó de nuevo antes de reemprender su fulgurante ascensión. Comprendí que era una señal y que las plegarias de mi corazón no serían

desoídas.

Durante un tiempo interminable, cuando el pájaro ya no era más que un punto imperceptible, todo permaneció en suspenso como a la espera de una misteriosa decisión. Luego un penetrante silbido surgió del confín del horizonte y llenó el amplio espacio. El cielo cambió de color pasando de un azul violento a una especie de gris suave. El mar comenzó a rizarse y la espiral del viento arremolino las velas enderezándolas, desatando los cordajes y quebrando en dos un mástil que se desplomó matando en el acto a un marinero. Comprendí que mis sacrificios no habían sido suficientes y que el invisible exigía además un «cordero sin cuernos^[11]». Divisamos Barbuda al rayar el alba del decimosexto día.

Cuando busqué a Deodatus entre el barullo de la arribada para despedirme de él, había desaparecido. Me sentí apesadumbrada.

11

¡Mi dulce y cojitranco amante! Recuerdo aquella pobre felicidad que conocimos antes de perderte para siempre.

Cuando te reunías conmigo en la gran cama de la buhardilla nos mecíamos como un barco a la deriva en un mar embravecido. Me guiabas con tus piernas de remero y acabábamos por alcanzar la orilla. El sueño nos ofrecía la dulzura de sus playas y por la mañana, llenos de renovadas fuerzas, podíamos hacer frente a nuestras tareas cotidianas.

¡Mi dulce, cojo y contrahecho amante! La última noche que pasamos juntos no hicimos el amor, como si nuestros cuerpos se hubieran eclipsado delante de nuestras almas. Una vez más te acusaste de tu dureza. Una vez más te supliqué que no me quitaras mis cadenas.

Hester, Hester, no estarías orgullosa de mí, pero algunos hombres que tienen la virtud de ser débiles nos infunden el deseo de ser esclavas.

Estaban allí, trío invisible entre la multitud de esclavos, de marineros y de curiosos; habían venido a recibirme. Los espíritus tienen la particularidad de que no envejecen y guardan la forma de su juventud recobrada. Man Yaya, alta negra nago de relucientes dientes. Abena, mi madre, princesa de tez de jade con las sienes estiradas por los chirlos rituales. Yao, *mapou* de anchos y poderosos pies.

Renunció a describir los sentimientos que experimenté mientras se apretujaban contra mí.

Exceptuando esto, mi isla no festejaba mi llegada. Llovía y el rebaño húmedo de tejados se aglutinaba alrededor de la maciza silueta de una catedral. Por las calles chorreaba un agua fangosa en la que chapoteaban personas y animales. Sin duda un negrero acababa de anclar en el puerto, pues bajo el tejadillo de paja de un mercado unos ingleses, hombres y mujeres, examinaban los dientes, la lengua y el sexo de los *bossales*^[12] temblorosos de humillación.

¡Qué fea era mi ciudad! Pequeña, mezquina. Un enclave colonial sin envergadura infestado de olor a lucro y sufrimiento.

Subí por Broad Street y casi sin quererlo me encontré ante la casa que había ocupado mi enemiga Susana Endicott. Sin embargo, en vez de alegrarme por las palabras que Man Yaya me soplabá al oído, explicándome de que manera la arpía había entregado el alma después de haber estado nadando durante semanas en el jugo ardiente de sus orines, una emoción inesperada me oprimía el corazón.

Hubiera dado cualquier cosa para revivir los años en los que dormía, noche tras noche, entre los brazos de John Indien con la mano sobre aquel sexo que tanto placer me proporcionaba. Hubiera dado cualquier cosa para verle enmarcado por nuestra pequeña puerta y escuchar palabras de acogida, irónicas y tiernas, como él sabía pronunciarlas.

—¡Hola, aquí está mi mujer rota! Has rodado por la vida como una piedra sin musgo y regresas con las manos vacías.

Intenté reprimir mis lágrimas pero Abena, mi madre, me observaba y dijo suspirando:

—¡Vaya! Ahora lloras por aquel canalla.

Después de esta nota discordante, los tres espíritus se replegaron sobre ellos mismos formando una nube traslúcida que se elevó sobre las casas y Man Yaya me explicó:

—Nos llaman de otro lugar. Nos reuniremos contigo esta noche.

Y Abena, mi madre, añadió:

—No dejes que te desvíen. Vuelve a tu casa.

¡A tu casa! Aquellas palabras contenían una ironía cruel. Aparte de un puñado de difuntos, nadie me esperaba en la isla y ni siquiera sabía si la choza que había

ocupado diez años antes estaría en pie. De no ser así tendría que hacer las veces de carpintero y construirme un refugio en algún sitio. La perspectiva era tan poco atractiva que estuve tentada de ir al encuentro de David da Costa para quién Benjamín Cohen de Azevedo me había entregado una carta. ¿Dónde vivía?

Estaba dudando sobre la conducta a seguir cuando un pequeño grupo de gente que chapoteaba en el barro resguardándose de la lluvia con unas hojas de banano, vino a mi encuentro. Reconocí a Deodatus flanqueado por dos mujeres y exclamé con alegría:

—¿Dónde te habías metido? Te he buscado por todas partes.

Sonrió misteriosamente.

—He ido a avisar a algunos amigos de tu llegada. Sabía que iban a estar encantados.

Una de las jóvenes se inclinó hacia mí.

—Honramos, madre, tu presencia.

¿Madre? La denominación me hizo saltar, arder de cólera, pues estaba reservada para las mujeres de más edad a las que había que tratar con respeto, pero yo tenía apenas treinta años y hacía menos de un mes que el semen cálido de un hombre inundaba todavía mis muslos. Disimulando mi descontento cogí a Deodatus por el brazo y pregunté:

—¿Y dónde viven tus amigos?

—Cerca de Belleplaine.

Estuve a punto de protestar:

—¿Belleplaine? ¡Pero si está en el otro extremo del país!

Sin embargo, me reprimí. ¿No acababa de constatar que no me esperaba nadie y que no tenía un techo bajo el que cobijarme? Entonces, ¿por qué no Belleplaine?

Salimos de la ciudad. De repente, como ocurre con frecuencia en nuestras regiones, dejó de llover y volvió a brillar el sol acariciando con su luminoso pincel los contornos de los cerros. Las cañas en flor tejían un velo malva sobre los campos. Las hojas barnizadas de los ñames trepaban por las varas que sujetaban sus tallos. Y un sentimiento de júbilo disipó la tristeza que me había invadido momentos antes. ¿Pensaba que nadie me esperaba? ¡El país entero se me ofrecía amorosamente! El pájaro zenaida me dedicaba sus trinos. Y el papayo, el naranjo y el granado rebosaban de frutos para mí. Reconfortada, me volví hacia Deodatus que caminaba a mi lado respetando mi silencio.

—¿Pero, quiénes son tus amigos? ¿En qué plantación trabajan?

Emitió una risita coreada por las dos mujeres y respondió:

—No trabajan en ninguna plantación.

Permanecí atónita durante unos instantes y luego pregunté en un tono lleno de incredulidad:

—¿No trabajan en ninguna plantación? ¿Son pues... cimarrones?

Deodatus inclinó la cabeza.

Diez años antes, cuando abandoné Barbuda, los cimarrones eran escasos. Se hablaba únicamente de un tal Ti-Nöel y de su familia que ocupaban Farley Hill. Nadie le había visto nunca. Ahora debía de ser ya un anciano. Sin embargo, aún se ponderaban su juventud y su audacia, y se contaban una y otra vez sus hazañas: «El fusil del blanco no puede matar a Ti-Nöel. Su perro no puede morderle. Su fuego no puede quemarle. ¡Papá Ti-Nöel, ábreme la barrera!».

Deodatus me explicó:

—Mis amigos se hicieron fuertes en los cerros cuando los franceses atacaron la isla hace unos años. Entonces los ingleses quisieron reclutar a la fuerza esclavos para su defensa. Pero éstos se dijeron: «¿Qué? ¿Morir por las disputas entre los blancos?». Y tomaron las de Villadiego. Se refugiaron en Chalky Mountain y los ingleses no consiguieron expulsarlos.

De nuevo las mujeres rieron.

No sabía que pensar. A pesar de todo lo que había soportado y a pesar de mis deseos de venganza, que todavía no había satisfecho, no me sentía con ánimos para mezclarme entre los cimarrones y arriesgar la vida. Anhelaba, sobre todo, vivir en paz en mi isla reencontrada. Quizás a causa de ello el resto del trayecto se efectuó en silencio. Cuando el sol estuvo en mitad del cielo las mujeres nos hicieron una seña para que nos detuviéramos y sacaron de sus macutos frutas y carne seca. Repartieron aquella comida frugal que Deodatus remató por su parte con un trago de ron. Después continuamos nuestro camino. El terreno se hacía cada vez más montañoso mientras la vegetación aumentaba desenfadada y lujuriosamente como si quisiera, ella también, proteger a los que estaban fuera de la ley. En un momento dado las mujeres gritaron al unísono:

—¡Ago!

Los zarzales se agitaron y aparecieron tres hombres armados con fusiles. Nos saludaron calurosamente y nos vendaron los ojos. Penetramos en el campamento de los cimarrones sumidos en la oscuridad.

Los cimarrones me escuchaban sentados en círculo. No eran muy numerosos, apenas una quincena con sus mujeres y sus hijos. Y reviví mis sufrimientos, mi comparecencia ante el Tribunal, las acusaciones sin fundamento, las serviles declaraciones, la traición de los que amaba. Cuando me callé se pusieron a hablar todos a la vez:

—¿Cuántas veces te encontraste con Satanás?

—¿Es más fuerte que el más robusto de los entibadores?

—¿Te hizo escribir en su libro, si es que sabes escribir?

Christopher, su jefe, un hombre de unos cuarenta años, plácido como aquellos ríos que fluyen inexorablemente hasta el mar, impuso silencio con un gesto y dijo en tono de excusa:

—Perdónales, son guerreros, no *gangreks*^[13], y no han comprendido que fuiste acusada injustamente. Porque eras inocente: ¿verdad?

Incliné afirmativamente la cabeza. Insistió:

—¿No tienes poder alguno?

Desconozco el sentimiento que dictó mi respuesta. ¿Vanidad? ¿Deseo de despertar un interés más vivo a los ojos de aquel hombre? ¿Sed de sinceridad? Contesté a su pregunta intentando explicarme:

—He heredado algunos poderes de la mujer que me educó. Era una nago. Pero sólo me sirven para hacer el bien...

Los cimarrones me interrumpieron a coro:

—¿Hacer el bien? ¿Incluso a tus enemigos?

No supe qué responder. Por suerte, Christopher ordenó la retreta general levantándose y bostezando:

—Mañana será otro día.

Me habían habilitado una choza cerca de la que él ocupaba con sus dos compañeras, pues había restablecido para su beneficio la costumbre africana de la poligamia. Mi jergón me pareció el más mullido de los colchones a pesar de yacer en el suelo de tierra bajo un frágil techo de paja. ¡Ay, cómo me había zarandeado la vida! De Salem a Ipswich, de Barbuda a América, ida y vuelta. Pero ahora había llegado por fin el momento de mi reposo y podía decirle: «Ya no me maltratarás más».

La lluvia que había cesado volvió a arreciar furiosa y exasperada como un visitante a quien le han cerrado todas las puertas.

Estaba a punto de dormirme cuando oí un ruido en el vestíbulo de mi cabaña. Creí que se trataba probablemente de mis invisibles, venidos a reprocharme mi huida, cuando apareció Christopher sosteniendo una antorcha por encima de su cabeza.

—¿Qué sucede? ¿No te bastan dos mujeres?

Levantó los ojos al cielo con un gesto que me molestó mucho, y respondió:

—Escucha, no tengo ganas de bromear.

Le interrogué, coqueta a pesar mío, pues todas mis desgracias no habían disminuido este profundo instinto que hace que me sienta mujer.

—¿Entonces para qué has venido?

Se sentó en un taburete, colocó la antorcha en el suelo y la estancia se pobló de mil sombras danzantes.

—Quiero saber si puedo contar contigo.

Me quede boquiabierto durante un instante antes de exclamar:

—¿Y para qué, Dios mío?

Se inclinó hacia mí.

—¿Recuerdas la canción de Ti-Nöel?

¿Ti-Nöel? No sabía de qué me estaba hablando. Me miró con ojos de conmiseración y se puso a cantar con voz muy entonada:

—Oh papá Ti-Nöel, el fusil del blanco no puede matarle. Las balas del blanco no

pueden matarle, resbalan sobre su piel. Tituba, quiero que me vuelvas invencible.

¿Se trataba de eso? Me iba a echar a reír pero me contuve por miedo a irritarle y logré contestar con serenidad:

—Christopher, no sé si soy capaz de hacerlo.

Preguntó con rabia:

—¿Eres una bruja o no lo eres?

Suspiré:

—Cada uno otorga a esta palabra un significado diferente. Todo el mundo cree poder manipular a la bruja a su manera a fin de que satisfaga sus ambiciones, sus sueños, sus deseos...

Me interrumpió:

—Oye, no pienso quedarme aquí escuchando filosofías. Te propongo un trato. Tú me conviertes en invencible y a cambio...

—¿A cambio?

Se levantó y su cabeza rozó el techo de la choza mientras su sombra se extendía sobre mí como un genio protector:

—A cambio te daré todo lo que una mujer puede desear.

Dije irónica:

—¿Es decir?

No me contestó y dio media vuelta. En cuanto hubo abandonado la estancia se oyeron unos suspiros que reconocí de inmediato. Decidí ignorar a Abena, mi madre, y, de cara a la pared, llamé a Man Yaya:

—¿Crees que puedo ayudarle?

Man Yaya chupó su pequeña pipa y exhaló un anillo de humo:

—¿Cómo podrías hacerlo? La muerte es una puerta a la que nadie puede echar el cerrojo. Todos debemos pasar por ella, cada uno a su hora, en su día. Sabes muy bien que sólo podemos mantenerla abierta para los que amamos a fin de que entrevean a los que les han dejado.

Insistí:

—¿No puedo intentar ayudarle? Combate por una causa noble.

Abena, mi madre, estalló en una carcajada:

—¡Hipócrita! No es la causa por la que combate lo que te interesa. ¡Quita allá!

Cerré los ojos en la oscuridad. La terrible perspicacia de mi madre me irritaba. Además yo misma me estaba planteando la pregunta: ¿No estaba harta de los hombres? ¿No estaba cansada del cortejo de desengaños que acompaña a los afectos? Apenas llegada a mi Barbuda ya consideraba la posibilidad de lanzarme a una aventura cuyo fin no podía prever. Una pandilla de cimarrones de los cuales no sabía nada. Me prometí interrogar a Deodatus sobre sus amigos y me dejé vencer por el sueño.

Unos enormes nenúfares blancos me envolvieron con sus pétalos de brocado y en seguida, Hester, Metahebel y mi judío aparecieron a los pies de mi cama, vivos y

muertos confundidos en mi cariño y mi nostalgia.

Mi judío parecía sosegado, casi feliz, como si allá, en Rhode Island, le hubieran permitido, por lo menos, honrar a su Dios en voz alta.

La lluvia empezó a caer inundando plantas, árboles, tejados, y por contraste recordé las lluvias glaciales y hostiles de la tierra que había dejado detrás de mí. Ah, sí, la naturaleza cambia de lenguaje según los cielos y curiosamente éste concuerda con el de los hombres. A naturaleza feroz, hombres feroces. A naturaleza benévola y protectora, hombres abiertos a todas las generosidades.

¡La primera noche en mi isla!

El croar de las ranas, los trinos de los pájaros de luna, el cacareo de las aves de corral espantadas por las mangostas y el rebuzno seco de los asnos atados a las güiras, amigos de los espíritus, componían una música continuada. Hubiera deseado que no amaneciera nunca y que la noche terminara en la muerte. De una manera fugaz recordé mis días en Boston, en Salem, pero éstos perdían su consistencia como aquellos que los habían ensombrecido con la hiel de su corazón: Samuel Parris y los demás.

La primera noche...

La isla susurraba con un dulce murmullo:

«Ha regresado. La hija de Abena ya está aquí, la hija de Man Yaya. Ya no nos abandonará más».

No había pretendido nunca superar a Man Yaya en su poder oculto. Tampoco había pretendido nunca prescindir de su dirección y me consideraba su hija, su discípula. Por desgracia tengo que confesar que se operó un cambio en mí y que la discípula se empeñó en rivalizar con la maestra. En cierto modo tenía algunas razones para enorgullecerme. En el *Bless the Lord* había actuado con éxito sobre los elementos y nada me permitía afirmar que lo había conseguido gracias a alguna ayuda externa...

En lo sucesivo me entregué a mis propias experiencias recorriendo la campiña cercana armada de un pequeño cuchillo con el que desarraigaba las plantas y de un amplio capazo en cuyo interior las colocaba. Asimismo me esforcé en mantener un nuevo diálogo con el agua de los ríos y con el soplo del viento a fin de descubrir sus secretos.

El río fluye hacia el mar como la vida hacia la muerte y nada puede detener su curso. ¿Por qué?

Multiplicaba los sacrificios de frutas frescas, de alimentos, de animales vivos, que depositaba en las bifurcaciones de los caminos, en las raíces enredadas de algunos árboles y en las grutas naturales a donde los espíritus se retiran gustosos. Ya que Man Yaya no quería acudir en mi ayuda, debía contar con los únicos recursos de mi inteligencia y de mi intuición. Sola tenía que alcanzar los más altos conocimientos. Empecé pues por interrogar a los esclavos sobre los entibadores que vivían en la plantación, y después iba a visitar a los hombres y mujeres que me acogían con gran desconfianza. Es sabido que el brujo y la bruja no son partidarios de divulgar su ciencia. Se parecen a aquellos cocineros que no revelan jamás sus recetas.

Un día tropecé con un entibador, un negro ashanti como mi madre Abena, que empezó por contarme los detalles de su captura a la altura de Akwapin en la costa de África mientras su mujer, también ashanti (los esclavos se aparean preferentemente con los de su misma «nación»), pelaba raíces para la cena. Después me preguntó en un tono indefinible:

—¿Dónde vives?

Me habían recomendado no revelar el enclave del campo de los cimarrones, por lo que farfullé:

—Al otro lado de los cerros.

El entibador rió sarcásticamente.

—¿No eres Tituba? ¿Aquella a quien los blancos estuvieron a punto de hacer balancear al extremo de una cuerda?

Respondí como de costumbre:

—Seguramente sabes que no tenía nada que reprocharme.

—¡Qué pena! ¡Qué pena!

Le miré desconcertada y prosiguió:

—De haberme encontrado en tu lugar hubiera embrujado a todo el mundo: padre,

madre, hijos, vecinos... Les hubiera enzarzado los unos contra los otros y me hubiera alegrado de verlos destrozarse mutuamente. No habrían sido un centenar las personas acusadas, ni una veintena los ejecutados. Me hubiera cargado a todo Massachusetts y hubiera pasado a la historia con la etiqueta de «el demonio de Salem». Y a ti, ¿cómo te denominan?

Aquellas palabras me mortificaron porque ya me había arrepentido alguna vez de no haber representado en todo aquel asunto más que un papel de comparsa que pronto cae en el olvido y por cuya suerte nadie se interesa. «Tituba, una esclava de Barbuda que practicaba probablemente el *hoodoo*». Cuatro líneas en los espesos tratados consagrados a los acontecimientos de Massachusetts. ¿Por qué iba a ser tan ignorada? Esta cuestión me la había planteado anteriormente. ¿Se debía quizás a que nadie se preocupaba por una negra, ni por sus dolores y tribulaciones? ¿Era esto?

Busco mi historia entre las brujas de Salem y no la encuentro.

En agosto de 1706 Anne Putnam, de pie en medio de la iglesia de Salem, confiesa los errores de su infancia deplorando sus terribles consecuencias: «Quiero tenderme sobre el polvo y pedir perdón a todos cuantos he ofendido y perjudicado y cuyos padres han sido detenidos y acusados».

No es la primera ni la última en acusarse públicamente, y una a una, las víctimas son rehabilitadas. De mí, no se habla. «Tituba, una esclava de Barbuda que practicaba probablemente el *hoodoo*».

Bajé la cabeza sin contestar. Como si leyera mis pensamientos, el entibador no quiso abrumarme más y murmuró en un tono dulzón:

—La vida no es un tazón de *toloman*, ¿verdad?

Me levanté rechazando su piedad.

—Empieza a anochecer y quiero regresar.

Una chispa de astucia borró la fugaz expresión de simpatía que había iluminado sus ojos y dijo:

—Lo que tienes intención de hacer es imposible. ¿Olvidas quizás que estás viva?

Esta última frase daba vueltas y más vueltas en mi cabeza mientras emprendía el camino hacia el campamento de los cimarrones. ¿Significaba que sólo la muerte aporta el conocimiento supremo? ¿Qué existe un umbral infranqueable cuando se está todavía vivo? ¿Qué debía resignarme a mi imperfecta sapiencia?

Cuando me disponía a abandonar la plantación se me acercó un grupo de esclavos. Pensé que se trataba de personas enfermas, de mujeres que deseaban una poción, de niños reclamando un emplasto para sus llagas, de hombres cuyos miembros habían sido triturados por los molinos, pues mi reputación de experta en las plantas bienhechoras había dado rápidamente la vuelta a la isla y los pacientes me rodeaban en cuanto aparecía.

Sin embargo, se trataba de algo muy diferente.

Los esclavos, con cara de circunstancias, exclamaron:

—¡Te cuidado, madre! Los plantadores se reunieron ayer. Quieren destruirte.

Caí de las nubes. ¿De qué crimen podían acusarme? ¿Qué había hecho desde mi llegada aparte de cuidar a los desheredados?

Un hombre me explicó:

—Dicen que transmites mensajes entre los negros de las plantaciones y los ayudas a planificar las rebeliones, por lo cual te van a tender una trampa.

Consternada, volví al campamento.

Los que han seguido hasta aquí mi relato deben de estar irritados. ¿Qué clase de bruja es ésta que no sabe odiar y que se asombra una y otra vez de la maldad que se aloja en el corazón del hombre?

Por milésima vez me propuse ser diferente, aprender a defenderme con uñas y dientes. ¡Ah, si pudiera cambiar mi corazón! Untar sus paredes con el veneno de una serpiente, hacer de él un receptáculo de sentimientos amargos y violentos, amar el mal... Pero en lugar de ello sólo sentía ternura y compasión hacia los marginados y rebeldía ante la injusticia.

El sol se ponía detrás de Farley Hills. El canto insistente de los insectos nocturnos empezaba a elevarse hacia el cielo. El harapiento rebaño de esclavos subía las callejas pobladas de chozas mientras los contraamaestres, impacientes por remojarse el gizonte meciéndose en los balancines de sus galerías, caracoleaban sus caballos. Al verme hacían estallar sus látigos como si estuvieran deseando azotarme con ellos. Sin embargo nadie se atrevió a hacerlo.

Llegué al campamento al anochecer.

Al amparo de la espesura de las ceibas, las mujeres ahumaban unos pedazos de carne que habían untado previamente con limón y pimienta y salpicado después con hojas de castaño de Indias. Las dos compañeras de Christopher me lanzaron una mirada torva preguntándose que sucedía entre su hombre y yo. Generalmente sentía piedad por su juventud y me habría jurado no hacer nada que pudiera herirlas. Pero aquella noche no les concedí ni una ojeada.

Christopher estaba en su cabaña liándose un cigarro de hojas del tabaco que se cultivaba con éxito en la isla haciendo ricos a muchos plantadores. Dijo irónicamente:

—¿Por dónde has estado vagabundeando todo el día? ¿Es así como esperas encontrar el remedio que te he pedido?

Me encogí de hombros.

—He consultado con personas mucho más sabias que yo. Todos dicen lo mismo: no hay remedio para la muerte. El rico, el pobre, el esclavo, el patrón, todos pasarán por ella. Pero oye una cosa: he comprendido tardíamente que he de cambiar por completo. Déjame combatir a los blancos contigo.

Estalló en una carcajada echando la cabeza hacia atrás y los ecos de su alborozo se mezclaron con las volutas de humo de su cigarro.

—¿Combatir? No estás en tu sano juicio. El deber de las mujeres, Tituba, no es combatir ni hacer la guerra, sino el amor.

Transcurrieron algunas semanas llenas de dulzura.

A pesar de las advertencias de los esclavos no renuncié a bajar hasta las plantaciones. Llegaba, eso sí, después de ponerse el sol, a la hora en que los espíritus vuelven a tomar posesión del espacio. A pesar de su descontento por mi residencia en Farley Hills, Man Yaya y Abena, mi madre, no dejaron de visitarme a diario acompañándome a lo largo de las rugosas pistas que serpenteaban a través de los campos. Sus reprimendas me tenían sin cuidado:

—¿Qué haces tú viviendo entre cimarrones? Son unos negros perversos que sólo piensan en robar y matar.

—Son unos ingratos que dejan a su madre y sus hermanos en la esclavitud mientras ellos se procuran libertad.

¿Para qué discutir?

Aquellos días conocí una enorme dicha. Devolví la vida a una criatura, una niña recién salida de la matriz de su madre. No había franqueado aún la puerta de la muerte pero se debatía por el oscuro pasillo en el que se fraguan las despedidas. La mantuve, tibia, cubierta de viscosidades y de excrementos y la deposité sobre el pecho de su madre. ¡Qué expresión en el rostro de aquella mujer!

La maternidad es misteriosa.

Por primera vez me pregunté si mi hijo, al que había negado la vida, no hubiera dado a mi existencia, después de todo, un nuevo sabor y un significado diferente.

Hester, nos equivocamos. Hubieras tenido que vivir para tu hijo en lugar de morir con él.

Christopher había tomado la costumbre de pasar la noche en mi choza. No sé muy bien cómo empezó aquella nueva aventura. Una mirada demasiado prolongada. La exaltación del deseo. Las ganas de demostrarme que no estaba completamente deshecha cual una montura que hubiera soportado una carga excesiva. ¿Es preciso decirlo? En aquellos intercambios amorosos sólo funcionaban los sentidos. Todo el resto de mi ser continuaba perteneciendo a John Indien en quien, por una sorprendente paradoja, pensaba cada día más.

Mi negro lleno de aire y descaro, como le llamaba en aquellos tiempos Man Yaya. Mi negro traidor y sin coraje.

Cuando Christopher se apoderaba de mi cuerpo, mi espíritu vagabundeaba y revivía el goce de mis noches de América. El invierno y el frío invaden la noche. Oíd su largo aullido y el galope de sus patas sobre el suelo endurecido por la escarcha...

Mi negro y yo no oímos nada porque nos ahogamos de amor. Samuel Parris con su severo traje abrochado hasta arriba abajo recita plegarias. Escuche la lúgubre letanía que sale de su boca:

*Son más numerosos que los cabellos de mi cabeza
los que me odian sin motivo.*

Son poderosos los que quieren perderme...

Mi negro y yo no oímos nada porque nos estamos muriendo de amor. Poco a poco Christopher, que me había poseído en silencio, comenzó a hacerme confidencias:

—En verdad no somos suficientemente numerosos y sobre todo no estamos bastante armados para atacar a los blancos. Sólo poseemos media docena de fusiles y de garrotes de madera de guayaco y vivimos en el incesante terror del ataque. Ésta es la verdad.

Le interrogué, un poco decepcionada:

—¿Por eso deseas que te convierta en invencible?

Recogió la ironía y se volvió hacia la pared:

—¡Qué importa que lo logres o no! De todas formas seré inmortal. Escucho ya las canciones de los negros de las plantaciones...

Y entornó con su agradable voz un canto compuesto por él en el que se jactaba de su propia grandeza. Le rocé suavemente el hombro.

—Y para mí, ¿hay algún canto para Tituba?

Fingió prestar atención a los rumores nocturnos y después afirmó:

—No, no hay ninguno.

Dicho esto se puso a roncar. Intenté hacer lo mismo.

Cuando los esclavos de las plantaciones no necesitaban mis cuidados me mezclaba con las mujeres de los cimarrones. Al principio me habían tratado con sumo respeto. Luego, cuando supieron que Christopher compartía mi lecho, me manifestaron hostilidad. Al fin y al cabo yo estaba hecha exactamente como ellas. Ahora aquella hostilidad se había ido borrando dando paso a la expresión de una tosca solidaridad. Además, me necesitaban. Ésta para que llenara de leche el odre vacío de su pecho. Aquélla para que le aliviara el dolor que no la abandonaba desde su último parto. Las escuchaba hablar y sus conversaciones me divertían, me relajaban y me complacían.

—Hace tiempo, mucho tiempo, cuando el diablo era un chiquillo de pantalones cortos de dril blanco muy almidonados, la tierra estaba poblada únicamente por mujeres. Trabajaban juntas, dormían juntas, se bañaban juntas en el agua de los ríos. Un día una de ellas reunió a las demás y les dijo: «Hermanas, ¿quién nos reemplazará cuando desaparezcamos? No hemos creado ni una sola persona a nuestra imagen». Las que escuchaban se encogieron de hombros: «¿Tenemos necesidad de ser reemplazadas?». Algunas mujeres contestaron afirmativamente: «Sin nosotras, ¿quién cultivará la tierra? Se quedará yerma y no dará frutos». De repente todas empezaron a buscar la forma de reproducirse y así fue como inventaron al hombre.

Me reí con ellas.

—¿Por qué el hombre es como es?

—Ay, querida, si lo supiéramos...

A veces jugaban a las adivinanzas:

—¿Qué es lo que palia la negrura de la noche?

—¡Una vela!

—¿Qué es lo que palia el calor del día?

—El agua del río.

—¿Qué es lo que palia la amargura de la vida?

—¡El niño!

Y se compadecían de mí que nunca había parido. Y saltando de una cosa a otra me acuciaban con sus preguntas:

—Cuando los jueces de Salem te mandaron a la cárcel, ¿no podías cambiar de forma, transformarte por ejemplo en una rata y escurrirte entre los tablones mal ajustados? ¿O en un toro furioso que los corneara a todos?

Alcé los hombros y expliqué una vez más que se engañaban respecto a mí exagerando mis poderes. Una tarde la discusión llegó más lejos y tuve que defenderme:

—Si lo pudiera hacer todo os daría la libertad. Borraría las grietas de vuestros rostros. Reemplazaría los raigones de vuestras encías por unos hermosos dientes brillantes como perlas.

Sus caras permanecían escépticas y desanimadas; hice un gesto de hastío.

—Creedme, no soy gran cosa.

¿Fueron comentadas aquellas palabras? ¿Deformadas? ¿Mal interpretadas?

La cuestión es que Christopher cambió por completo su conducta hacia mí. Entraba en mi choza en la oscuridad de la medianoche y me poseía sin desnudarse. Mi memoria revivió la queja apesadumbrada de Elizabeth Parris: «Mi pobre Tituba, me posee sin desvestirse ni mirarme siquiera».

Cuando intentaba saber lo que había hecho durante el día, me respondía con exasperados monosílabos.

—Dicen que preparas una revuelta general con los de Saint James.

—Mujer, cállate la boca.

—Dicen que os habéis apoderado de un lote de fusiles atacando un depósito de municiones en Wildey.

—Mujer, ¿no puedes conceder un poco de descanso a mis oídos?

Una noche me espetó:

—No eres más que una negra del montón y quieres que te traten como si fueras preciosa.

Comprendí que tenía que marcharme, que mi presencia ya no era deseada.

Llamé a Man Yaya y a Abena, mi madre, al amanecer. No habían aparecido desde hacía algunos días, como si se negaran a asistir a mi derrota. Se hicieron de rogar y, cuando por fin estuvieron a mi lado llenando la choza con su perfume de guayaba y de manzana rosada, me miraron fijamente a los ojos llenos de reproches:

—Tus cabellos ya encanecen, ¿y no puedes prescindir de los hombres?

No respondí. Pasado un momento me decidí a mirarlas cara a cara:

—Voy a volver a nuestra casa.

Cosa extraña, en cuanto barruntaron mi marcha, las mujeres se reunieron con aspecto abrumado. Me regalaron un ave de corral cuidadosamente preparada, algunas frutas y un retal de madrás a cuadros marrones y negros. Me acompañaron hasta el seto de la boca de dragón mientras Christopher, fingiendo parlamentar con sus consejeros en la cabaña, no se tomó la molestia de aparecer en el umbral de la puerta.

Encontré mi choza tal cual la había dejado. Quizás un poco más desvencijada. Quizás algo más carcomida bajo un techo semejante a un peinado desafortunado. Unos pájaros de luna que habían anidado entre dos tablas minadas por los piojos de la madera, emprendieron el vuelo con gritos lastimeros. Abrí la puerta de par en par. Los roedores sorprendidos salieron huyendo.

Los esclavos, misteriosamente avisados de mi regreso, me festejaron. La plantación había cambiado, una vez más, de mano. Primero había pertenecido a un absentista que se limitaba a repatriar sus ganancias que juzgaba siempre insuficientes. Ahora había sido comprada por un tal Errin que había hecho traer desde Inglaterra unos aperos perfeccionados con los cuales pensaba hacer fortuna en poco tiempo.

Los esclavos me ofrecieron una becerra, que aterrorizados habían sustraído del rebaño de su patrón y en cuya frente relucía, como una señal de predestinación, un triángulo de pelo oscuro.

La sacrificué poco antes del amanecer y deje que su sangre empapara la tierra casi roja como ella. Después me puse a trabajar sin tardanza. Dispuse un jardín con todas las plantas que necesitaba para ejercitar mi arte. Para procurármelas tuve que descender hasta los parajes más profundos y lejanos. Paralelamente organicé un huerto que los esclavos me ayudaron a labrar y a escarbar una vez terminadas sus tareas cotidianas. Una me traía semillas de *gombos* y de tomates, otro un esqueje de limonero. Entre todos me plantaron unos ñames y en poco tiempo sus voraces lianas enlazaron los rodrigones. Cuando pude hacerme con unas gallinas y un gallo desgreñado y batallador, ya no me faltó nada.

El empleo de mi tiempo era sencillo. Me levantaba con la aurora, rezaba, bajaba a bañarme en el río Ormonde, comía de pie en un santiamén y después me consagraba a mis búsquedas y a mis diligencias. En aquel tiempo, el cólera y las viruelas azotaban regularmente las plantaciones y sepultaban a un elevado número de negros y negras. Descubrí la manera de combatir aquellas enfermedades. Descubrí también como curar el pian y cicatrizar las heridas que los nuestros se hacen día tras día. Conseguí cerrar carnes sangrantes y destrozadas, encajar los huesos descoyuntados y remendar los miembros lacerados. Todo, claro está, con la ayuda de mis invisibles que me acompañaban asiduamente. Había renunciado a perseguir quimeras: convertir a los hombres en invencibles e inmortales. Aceptaba la fuerza de la especie.

Quizá parecerá sorprendente que, en una época en la que el látigo restallaba

cruelmente sobre nuestras espaldas, consiguiera disfrutar de paz y de libertad. Se debía a que nuestros países tienen dos caras. Una, recorrida por las calesas de los patronos y por los caballos de sus policías armados de mosquetes y seguidos por perros de ladrar furioso. Otra, misteriosa y secreta, hecha de contraseñas, de consejos susurrados al oído y de conspiración en silencio. Yo vivía en aquella cara, protegida por la complicidad de todos. Man Yaya hizo crecer alrededor de mi choza una espesa vegetación. Me sentía como en un castillo fortificado. Era imposible distinguir mi cabaña entre aquella profusión de guayabas, de helechos y de amancayos, salpicada aquí y allá por la flor malva de la majagua.

Un día descubrí una orquídea en la raíz cubierta de musgo de un helecho. La bauticé con el nombre de «Hester».

Hacía ya varias semanas que había regresado a casa y que repartía mi tiempo entre las indagaciones sobre las plantas y los cuidados que dedicaba a los esclavos, cuando me di cuenta de que estaba embarazada. ¡Embarazada!

Mi primera reacción fue de incredulidad. ¿No era ya una mujer vieja con los senos flácidos y aplastados sobre el tórax y con el vientre ajado? Sin embargo tuve que redimirme a la evidencia. Lo que el amor de mi judío no había sabido engendrar, el abrazo brutal de Christopher lo había conseguido. Hay que resignarse: un hijo no es el fruto del amor sino del azar.

Cuando informé a Man Yaya y a Abena, mi madre, de mi nuevo estado, permanecieron indiferentes, evasivas, limitándose a comentar:

—Pues esta vez no podrás deshacerte de él.

—Tu naturaleza ha hablado.

Atribuí su actitud a la antipatía que siempre habían sentido hacia Christopher y no me preocupé más de mí misma pues, una vez pasados los primeros momentos de incertidumbre y duda, me dejé llevar, arrastrar e inundar por una gran oleada de felicidad. De embriaguez. En lo sucesivo todos mis actos estuvieron determinados por aquella vida que llevaba en mí. Me alimentaba de frutos frescos, de la leche de una cabra blanca, de huevos puestos por gallinas criadas con granos de maíz. Me lavaba los ojos con cocimientos de *cochlearia* a fin de garantizarle una vista perfecta a mi pequeño. Me frotaba los cabellos con una pasta hecha con semillas de *carapate* para que los suyos fueran negros y brillantes. Dormía largas y profundas siestas a la sombra de los mangos. Al mismo tiempo sentía que mi criatura me infundía una gran combatividad. Era una niña, estaba segura. ¿Cuál sería su futuro? ¿El de mis hermanos y hermanas los esclavos, destrozados por su condición y su trabajo? ¿O quizás un porvenir semejante al mío, el de una paria obligada a ocultarse y a vivir recluida al borde de un profundo barranco?

No, si este mundo iba a recibir a un hijo mío, tenía que cambiar.

Por un momento estuve tentada de regresar a Farley Hills para visitar a Christopher. No pensaba informarle sobre mi estado, cosa que le hubiera tenido sin cuidado, sólo deseaba forzarle a emprender alguna acción. Sabía que la exigüidad de nuestra isla, Barbuda, desanimaba a numerosos plantadores, que partían en busca de tierras más extensas y más propicias para sus ambiciones. Se dirigían principalmente a Jamaica, la isla que los ejércitos ingleses acababan de arrebatarse a los españoles. Pensé que tal vez inspirándoles un calculado terror, sería posible precipitar su huida y arrojarlos en masa al mar. Sin embargo desistí de hablar con Christopher al recordar su comportamiento mezquino hacia mí y sobre todo la confesión de su propia debilidad. Decidí no contar más que conmigo misma. ¿Pero cómo?

Redoblé mis plegarias y mis sacrificios esperando que mis seres invisibles me concedieran alguna señal. Todo fue en vano. Intenté interrogar a Man Yaya y a

Abena, mi madre; cogerlas desprevenidas para que me confiaran lo que deliberadamente querían ocultarme. Todo fue inútil.

Las dos astutas se zafaban siempre del asunto saliéndose por la tangente:

—El que quiere saber por qué el mar es tan azul se encuentra pronto sumergido en la profundidad de sus olas.

—El sol quema las alas del fanfarrón que pretende acercarse a él.

En éstas estaba cuando los esclavos me trajeron a un muchacho que el vergajo del contraamaestre había dejado medio muerto. Había recibido doscientos cincuenta latigazos en las piernas, las nalgas y la espalda, y su organismo debilitado por una estancia en la cárcel (pues era un insolente, un reincidente, un negro terco y cabezón de carácter indomable) no había podido soportarlo. Los esclavos lo llevaban ya a la fosa excavada en un campo de hierba de Guinea cuando se dieron cuenta de que todavía se movía. Entonces decidieron recurrir a mí.

Ordené que acostaran a Iphigene (así se llamaba) sobre un jergón que se hallaba en un rincón de mi dormitorio, a fin de que yo pudiera oír el más breve de sus suspiros. Preparé emplastes y cataplasmas para sus llagas. En las que estaban infectadas coloqué el hígado de un animal recién muerto para que absorbiera el pus y la sangre pestilente que destilaban. Renové sin interrupción las compresas de su frente y descendí hasta el barranco de Codrington para recoger la baba venenosa de los sapos-búfalos que sólo se reproducían en aquella tierra oscura y fértil.

Al cabo de veinticuatro horas de esmerados cuidados obtuve mi recompensa: Iphigene abrió los ojos. Al tercer día habló:

—Madre, madre, ya estás aquí otra vez. Te creía desaparecida para siempre.

Le cogí la mano todavía febril, deformada y callosa:

—No soy tu madre, Iphigene. Pero me gustaría que me hablaras de ella.

Iphigene abrió desmesuradamente los ojos, me miró fijamente, comprobó su equivocación y, muy apesadumbrado, se tendió de nuevo en el jergón.

—Vi morir a mi madre cuando tenía tres años. Era una de las mujeres de Ti-Nöel, una de las muchas hembras diseminadas por las plantaciones, a las que había encomendado la reproducción de su semilla, su semilla viril. De aquella semilla nació yo. Mi madre me educaba con devoción. Por desgracia era muy hermosa. Un día, regresando del molino, a pesar del sudor y de sus harapos, el amo Edouard Dashby se fijó en ella y ordenó al contraamaestre que se la entregara al anochecer. No sé lo que ocurrió cuando se encontró delante de él, pero en cualquier caso, al día siguiente, rodeada por un círculo de esclavos de la plantación, fue azotada hasta muerte.

¡Cómo se parecía aquella historia a la mía! Esa similitud hizo que el afecto que en seguida sentí hacia Iphigene alcanzara su plenitud. Teníamos mucho en común. A mi vez le relaté mi vida de la que él ya conocía algunos retazos pues me había convertido, más de lo que podía suponer, en una leyenda entre los esclavos. Cuando llegué al pasaje del incendio de la casa de benjamín Cohen de Azevedo me interrumpió frunciendo el ceño.

—Pero ¿por qué? ¿No era blanco como ellos?

—Sin duda.

—¿Es tanta su necesidad de odiar que llegan a detestarse unos a otros?

Intenté explicarle lo que había deducido de las lecciones de Benjamín y de Metahebel sobre su religión y su discrepancia con los gentiles. Pero Iphigene, como yo, no comprendió gran cosa.

Poco a poco, Iphigene consiguió sentarse en el lecho y levantarse. Pronto dio algunos pasos alrededor de la choza. Su primera diligencia consistió en reparar la puerta de la entrada que se cerraba con dificultad, diciendo en un tono presuntuoso:

—Madre, te hacía mucha falta un hombre en casa.

Estuve a punto de echarme a reír. ¡Lo decía tan convencido! Era joven y hermoso el negro Iphigene. Su cráneo era un óvalo perfecto bajo sus espesos cabellos rizados. Los pómulos altos, la boca violácea, carnosa, dispuesta a besar al mundo, pero el mundo lo rechazaba, lo repelía. Las cicatrices que afeaban su pecho y su torso me recordaban constantemente aquella cruel realidad. Y mi corazón se llenaba de furia y de rebeldía cada vez que untaba su cuerpo con bálsamo de ricino. Una mañana no me pude contener:

—Iphigene, sin duda te habrás dado cuenta de que estoy encinta.

Bajó púdicamente los párpados.

—No me atrevía a hablarte de ello.

—Escúchame, deseo que mi criatura abra los ojos bajo otro sol.

Permaneció silencioso valorando concienzudamente mis palabras.

Después se precipitó hacia mí y en cuclillas a mis pies (una de sus posturas favoritas) me dijo:

—Madre, conozco plantación por plantación el nombre de todos los que nos seguirán. Sólo tenemos que decir la palabra.

—No poseemos armas.

—¡El fuego, madre, el fuego glorioso! ¡El fuego que devora y calcina!

—¿Qué haremos una vez les hayamos arrojado al mar?

—Madre, los blancos te han echado a perder: piensas demasiado. Primero expulsémoslos.

Por la tarde, al regresar de mi baño cotidiano en el río Ormonde, encontré a Iphigene conversando con dos jóvenes de su edad. Creí que eran nagos pero no reconocí las sonoridades de la lengua de Man Yaya. Iphigene me aclaró que eran *mondongos* llegados de una región montañosa y acostumbrados a todas las trampas de los bosques.

—Son verdaderos jefes guerreros, dispuestos a vencer o morir.

Tengo que confesar que una vez admitida la idea de la revuelta general y aceptada de común acuerdo, Iphigene no me consultó nada más. Le dejaba hacer, poseída por la deliciosa pereza del embarazo, acariciando mi vientre que se combaba bajo mi mano y cantándole a mi hija la canción preferida de Abena, mi madre, que me venía

frecuentemente a la memoria:

*Allá arriba en los bosques
hay un ajoupa.
Nadie sabe lo que contiene,
nadie sabe quién lo habita.
Es un zombi calenda,
a quien le gustan los puercos gordos.*

Pronto vi a Iphigene almacenando antorchas hechas con madera de guayaba y rematadas de estopa.

Me lo explicó:

—Cada uno de nuestros hombres sostendrá una en la mano, la encenderá y de un mismo movimiento, en el instante preciso, nos encaminaremos hacia la Habitación. ¡Ah, qué hermosa fogata!

Bajé la cabeza y dije en un tono apesadumbrado:

—¿Morirán también los niños? ¿Los bebes? ¿Las chiquillas núbiles?

Giró sobre sí mismo, preso de una gran furia.

—Tú misma me lo has contado. ¿Tuvieron piedad de Dorcas? ¿Tuvieron piedad de los hijos de Benjamín Cohen de Azevedo?

Bajé todavía más la cabeza y murmuré:

—¿Debemos volvernos como ellos?

Se alejó a grandes zancadas sin contestarme.

Llamé a Man Yaya, que se sentó en cuclillas en las ramas de una güira, y le dije apasionadamente:

—Ya sabes lo que preparamos. Ahora Bien, en el momento de actuar recuerdo lo que me decías cuando quería vengarme de Susana Endicott: «No vicies tu corazón. No te vuelvas como ellos». ¿Es éste el precio de la libertad?

En vez de responderme con la seriedad que yo esperaba, Man Yaya se puso a saltar de rama en rama. Cuando llegó a la cima de árbol dijo simplemente:

—Hablas de la libertad. Pero ¿sabes realmente lo que es?

Y desapareció antes de que pudiera formularle otras preguntas. Me puse de mal humor. ¿Tenía Man Yaya que censurar siempre a los hombres que vivían a mi lado, incluso si se trataba de un chiquillo? ¿Por qué deseaba que viviera en perpetua soledad? Decidí arreglármelas sin sus consejos y dejar que Iphigene obrara a su guisa. Una tarde vino a sentarse a mi lado:

—Madre, es preciso que vayas al campo de los cimarrones. Tienes que hablar con Christopher.

Di un salto.

—¡Nunca! ¡Eso nunca!

Insistió, respetuoso y tozudo al mismo tiempo:

—Es necesario, madre. En verdad no sabes lo que son los cimarrones. Entre los amos y ellos existe un pacto tácito. Si quieren que éstos les dejen disfrutar de su precaria libertad, están obligados a denunciar todos los preparativos, todas las tentativas de rebelión que se fragüen en la isla. Tienen espías por todas partes. Eres la única que puede desarmar a Christopher.

Me encogí de hombros.

—¿Tú crees?

Preguntó turbado:

—¿No es suyo el hijo que llevas?

No contesté.

Sin embargo consideré lo legítimo de sus observaciones y tomé el camino de Farley Hills.

—¿Te ha prometido que no intervendría?

—Lo ha prometido.

—¿Te ha parecido sincero?

—Hasta donde puede serlo. Después de todo, no le conozco muy bien.

—¿Llevas en tu seno el hijo de ese hombre y dices no conocerlo?

Humillada, permanecí en silencio. Iphigene se levantó.

—Hemos decidido atacar dentro de cuatro noches.

Protesté:

—¿Dentro de cuatro noches? ¿Por qué tanta precipitación? Déjame por lo menos interrogar a mis invisibles para saber si esa noche será la adecuada.

Emitió una carcajada que sus lugartenientes corearon y dijo:

—Hasta ahora, madre, los invisibles no te han tratado demasiado bien. Si no no estarías donde estás. La noche nos será favorable porque la luna estará en cuarto creciente y no lucirá antes de medianoche. Nuestros hombres serán dueños de la oscuridad. En el momento preciso harán sonar el *abeng* y con la antorcha encendida en la mano se encaminaran todos hacia la Habitación.

Aquella noche tuve un sueño.

Semejantes a tres grandes aves de rapiña, unos hombres entraron en mi dormitorio. Llevaban unos capirotos negros que les cubrían el rostro por completo y sin embargo sabía que uno de ellos era Samuel Parris, otro John Indien y el tercero Christopher. Se acercaron a mí con un sólido y puntiagudo bastón en la mano y grité:

—¡No, no! ¿No he vivido ya todo esto?

Sin prestar atención a mis alaridos me levantaron las faldas y un dolor abominable me invadió el cuerpo. Grité con más fuerza.

En aquel instante una mano se posó sobre mi frente. Era la de Iphigene. Volví en

mí y me enderecé, todavía aterrada y doliente. Me preguntó:

—¿Qué sucede? ¿No sabes que estoy aquí, muy cerca de ti?

La fuerza de mi sueño era tal que permanecí un momento sin hablar reviviendo aquella horrible noche que había precedido a mi detención. Luego le supliqué:

—Iphigene, concédeme el tiempo de rezar, de sacrificar y de intentar con todas las fuerzas...

Me interrumpió:

—Tituba... —Era la primera vez que me llamaba así, como si ya no fuera su madre sino un niño ingenuo y poco razonable—. Respeto tus talentos de curandera. Gracias a ti estoy vivo y puedo gozar del sol, pero dispénsame de todo lo demás. El futuro pertenece únicamente a los que saben labrárselo y, créeme, no lo consiguen por medio de encantamientos ni de sacrificios de animales, sino con sus actos.

No encontré respuesta para aquellas palabras.

Decidí no discutir más y tomar las precauciones que estimaba necesarias. Sin embargo, era tanto lo que estaba en juego que no podía prescindir del consejo de mis seres invisibles. Desde las orillas del río Ormonde llamé a Man Yaya, a Abena, mi madre, y a Yao. Aparecieron los tres y la expresión feliz y serena de sus facciones me llenó de optimismo y de consuelo. Les dije:

—Ya sabéis lo que se prepara. ¿Cuál es vuestro consejo sobre lo que debo hacer?

Yao, que tanto muerto como vivo era taciturno, tomó sorprendentemente la palabra:

—Esto me recuerda a una rebelión que tuvo lugar durante mi infancia. Había sido organizada por Ti-Nöel, que todavía no se había ido a las montañas y trabajaba chorreando de sudor en la plantación Belleplaine. Los hombres se encontraban apostados por todas partes y a una señal convenida debían reducir a cenizas la Habitación.

Algo en su voz me indicó que me ponía en guardia y dije con sequedad:

—¿Y cómo acabó todo aquello?

Se puso a liar un cigarro de hojas de tabaco como intentando ganar tiempo. Después me miró a la cara:

—En un mar de sangre, como acaban siempre estas cosas. El momento de nuestra liberación no ha llegado todavía.

Le interrogué con voz ronca:

—¿Cuándo, cuándo llegará? ¿Cuánta sangre ha de ser derramada y por qué?

Los tres espíritus permanecieron en silencio como sí, una vez más, yo quisiera violar las reglas y ponerlos en apuros. Yao continuó:

—Será necesario que la sangre invada nuestra memoria. Que nuestros recuerdos floten en su superficie como nenúfares.

Insistí:

—Dímelo claramente, ¿cuánto tiempo falta?

Man Yaya sacudió la cabeza.

—La desgracia del negro no tiene fin.

Estaba acostumbrada a sus sentencias fatalistas y alcé los hombros con irritación.
¿Para qué discutir?

*Señor del Tiempo,
de la noche y de las Aguas.
Tú que haces moverse al niño en el vientre de su
madre,
tú que haces crecer la caña de azúcar
y la llenas de un jugo pegajoso.
Señor del Tiempo,
del Sol y las Estrellas...*

No había rezado nunca con tanta pasión. A mi alrededor la noche era oscura y se estremecía al olor de la sangre de las víctimas amontonadas a mis pies.

*Señor del Presente,
del Pasado y del Futuro.
Tú sin quien la tierra no daría nada,
ni hicao, ni manzanas agrias,
ni manzanas-bejuco, ni manzanas cythère,
ni guisantes de Angola...*

Me sumí en profunda oración.

Poco antes de medianoche, una luna sin fuerzas se acostaba sobre un colchón de nubes.

¿Es preciso que termine mi historia? Los que hasta aquí la han seguido, ¿no habrán adivinado ya el final?

Previsible, fácilmente previsible.

Y además, al relatarla revivo uno a uno mis sufrimientos. ¿Debo sufrir dos veces?

Iphigene y sus amigos no dejaron nada al azar. No sé cómo consiguieron los fusiles. ¿Los escamotearon de un depósito de municiones, del de Oistius, por ejemplo, o del de Saint James? Los depósitos de municiones eran numerosos en la isla, que en el pasado había sido tratada como el punto de partida de los ataques de las posesiones españolas, y que continuaba viviendo bajo el terror de los franceses. Lo cierto es que delante de casa se amontonaron fusiles, pólvora, y balas que Iphigene y sus lugartenientes distribuyeron en lotes. No sé cómo habían podido hacer la cuenta de las propiedades en explotación: ochocientos cuarenta y cuatro en total y unos hombres en los que podían confiar absolutamente. Les oía enumerar nombres y cantidades:

—Ti-Roro de Bois Debout: tres fusiles y tres libras de pólvora.

—Nevis de Castlerige: doce fusiles.

—Bois Sans Soif de Pumkitt: siete fusiles y cuatro libras de pólvora.

Y unos emisarios partían en todas las direcciones ocultándose entre los árboles y las altas hierbas. En un momento dado vi a Iphigene tan fatigado que le rogué:

—Ven a descansar un poco. ¿De qué te servirá morir antes de la victoria?

Hizo un gesto de impaciencia con la mano pero me obedeció y se sentó junto a mí. Acaricié la lana de sus cabellos, áspera y enrojecida por el sol.

—Te he hablado con frecuencia de mi vida. Sin embargo te he ocultado una cosa. Hace tiempo engendré un hijo del que tuve que deshacerme y ahora tengo la impresión de que lo he recuperado contigo.

Alzó los hombros.

—A veces me pregunto de dónde sacáis, vosotras las mujeres, vuestras quimeras.

Dicho esto se levantó y me espetó:

—¿No has pensado nunca en que yo no deseaba que me trataras como a un hijo?

Se marchó.

Preferí no analizar el sentido de sus palabras. Además ya no disponía de tiempo. La cuenta atrás había comenzado: sólo faltaba una noche para el asalto. No me sentía particularmente inquieta por el resultado de la conspiración. En verdad evitaba pensar en ello. Dejaba que mi espíritu vagara entre nubes coloreadas y sobre todo soñaba con mi hija. Había empezado a moverse en mi vientre, reptando dulce y lentamente como si quisiera explorar su estrecho espacio vital. La imaginaba semejante a un renacuajo ciego y cabelludo, flotando, nadando, intentando ponerse boca arriba sin lograrlo, una y otra vez, con obstinada perseverancia. Poco tiempo después nos veríamos y yo me avergonzaría de mis arrugas y de mis deteriorados dientes. ¡Mi hija

me vengaría! Sabría granjearse el amor de un negro con el corazón caliente como el pan de maíz. Le sería fiel. Tendrían hijos a los que enseñarían a descubrir la belleza en sí mismos. Unos hijos que crecerían rectos y libres hacia el cielo.

Eran aproximadamente las cinco de la tarde cuando Iphigene me trajo, cogido por las orejas, un conejo que había robado de alguna jaula. Yo que no tengo escrúpulos a la hora de sacrificar animales, siento una gran repugnancia al matar a estas inocentes bestias con las que los hombres se alimentan. No he degollado a ningún ave, ni vaciado ningún pescado, sin pedirles perdón por el daño que les estaba haciendo. Me senté pesadamente, pues mis movimientos empezaban a ser torpes, bajo el tejadillo de mi cocina y me dispuse a preparar el animal. Cuando le rajé el vientre, un chorro de sangre negra y pestilente me saltó a la cara mientras rodaban por el suelo dos bolas de carne en putrefacción envueltas en una membrana verdosa. El olor era tan desagradable que hice un movimiento brusco y el cuchillo que sostenía en la mano resbaló clavándose en mi pie izquierdo. Lancé un grito de dolor e Iphigene soltó el fusil que estaba engrasando para prestarme ayuda.

Arrancó el cuchillo hundido en mi carne e intentó detener el chorro de sangre que manaba sin cesar. Sentía como si fuera a vaciarme por aquella herida. La sangre formaba ya un charco y recordé las palabras de Yao:

—La sangre invadirá nuestra memoria. Nuestros recuerdos flotarán en su superficie como nenúfares.

Después de haber cortado a tiras la ropa que encontró a mano, Iphigene consiguió detener la hemorragia y me trasladó envuelta como un niño de pecho al interior de la choza.

—No te muevas. Voy a ocuparme de todo. ¿Crees que no sé cocinar?

El olor acre de la sangre no tardó en infestar la habitación y el recuerdo de Susana Endicott se hizo presente en mi memoria. ¡Terrible arpía! Yo había conseguido mantenerla vendada durante meses, o años, empapada en el jugo de su propio cuerpo. ¿Se estaría vengando de mí tal como me lo había prometido? Sangre por orina. ¿Cuál de nosotras dos era la más temible? Quise rezar pero mi alma no me respondió. Permanecí inmóvil observando, sin verlas, las varas entrecruzadas que sostenían el techo.

Poco después Man Yaya, Abena, mi madre, y Yao vinieron a verme. Se encontraban en North Point atendiendo la llamada de un entibador cuando vieron lo que me estaba sucediendo. Man Yaya me dio unos golpecitos en el hombro:

—No es nada. Pronto ni te acordaras de ello.

Abena, mi madre, no pudo contenerse y suspiró, como siempre, refunfuñando:

—Si hay un don que desconoces es el de saber escoger a tus hombres. En fin, todo volverá a la normalidad.

Le hice frente:

—¿Qué quieres decir?

Pero se escabulló.

—¿Tienes intención de coleccionar bastardos? Mira tus cabellos blancos semejantes a la borra del miraguano.

En cuanto a Yao, se limitó a besarme en la frente murmurando:

—¡Hasta la vista! Volveremos en el momento preciso.

Hacia las ocho Iphigene me trajo un plato de comida. Se las había arreglado con un rabo de cerdo, arroz y guisantes negros. Me cambió los apósitos sin demostrar inquietud alguna al comprobar que mi herida seguía sangrando.

Era la última noche antes de la acción final. La duda, el miedo y la cobardía se entremezclaban: ¿Para qué? ¿Tan mala era la vida? ¿Por qué arriesgarnos a perderla si nos concedía a veces, a pesar de su avaricia, momentos de felicidad? Temblaba, no me atrevía a apagar la vela y veía bailar en la pared la sombra monstruosa de mi cuerpo. Iphigene vino a acurrucarse junto a mí. Abracé su torso esbelto y al mismo tiempo robusto y escuché los desbocados latidos de su corazón. Susurré:

—¿Tú también tienes miedo?

No contestó. Sentí que su mano buscaba algo a tientas en la oscuridad. Entonces comprendí con estupor lo que quería. ¿Era quizá producto del miedo? ¿Necesitaba consuelo? ¿O deseaba dármele a mí? ¿Anhelaba saborear el placer por última vez? Todos estos sentimientos se congregaban sin duda en uno solo, imperioso y ardiente. Cuando aquel cuerpo joven y apasionado se apretó contra el mío, mi primera reacción fue de repulsa. Me daba vergüenza ofrecer mi decrepitud a sus caricias y estuve a punto de rechazarlo con todas mis fuerzas ya que tenía además la absurda impresión de estar cometiendo un incesto. Luego, su apremiante deseo despertó al mío. Me sentí invadida por una oleada cada vez más intensa, más urgente, que se estrellaba contra mi sexo, inundándome, inundándonos y que, después de hacernos rodar varias veces sobre nosotros mismos hasta dejarnos sin respiración, nos arrojó a una tranquila ensenada rodeada de almendros, jadeantes y deshechos. Nos cubrimos de besos y me dijo al oído:

—Si supieras cuánto he sufrido por verte llevar a este niño que no era el mío, al hijo de un hombre que desprecio. ¿Sabes en realidad quién es Christopher y cuál es su papel? Pero no vamos a hablar de él cuando la muerte está ya afilando sus cuchillos.

—¿Crees que venceremos?

Se encogió de hombros.

—¡Qué importa! Lo que cuenta es haberlo intentado, haber rechazado el fatalismo de la mala suerte.

Suspiré y volvió a abrazarme.

Bendito sea el amor que sume al hombre en el olvido. Que borra de su memoria su condición de esclavo. Que aleja la angustia y el miedo. Iphigene y yo, sosegados, nos sumergimos en el agua bienhechora del sueño. Nadamos contra corriente contemplando como los peces-aguja hacían la corte a los bagres. Nos secamos los cabellos bajo la luz de la luna. Sin embargo el sueño duró poco. Confieso que una vez

pasada la embriaguez sentí un poco de vergüenza. Aquel muchacho podía haber sido mi hijo. ¿Ya no me respetaba a mi misma? Y además, ¿por qué aquel desfile de hombres por mi cama? Tenía razón Hester cuando me decía: «Te gusta demasiado el amor, Tituba».

Y me preguntaba si mi ser no sufriría alguna carencia, alguna tara de la que debía haber intentado curarme.

Afuera galopaba el caballo de la noche. Pla-ca-ta. Pla-ca-ta. Abrazado a mí dormía mi hijo-amante. Yo no lo conseguía. Todos los acontecimientos de mi vida me venían a la memoria cargados de una intensidad particular, y los rostros de todos a los que había querido y odiado se apretujaban alrededor de mi jergón. ¡Oh, los reconocía uno por uno! Betsey, Abigail, Anne Putnam, Ama Parris, Samuel Parris, John Indien. He aquí que, en el momento en que mi cuerpo acababa de demostrar su ligereza, mi corazón me recordaba que sólo este último había sido su verdadero dueño.

¿Qué haría John Indien en aquella funesta América?

Sabía que los negreros, cada vez más numerosos, poblaban sus costas y se preparaban para dominar el mundo gracias al producto de nuestro sudor. Sabía que los indios habían sido borrados del mapa, reducidos a vagar por aquellas tierras que habían sido suyas.

¿Qué sería de John Indien en aquel país tan duro para con los nuestros? Tan duro para con los débiles, los soñadores, los que no juzgan a los hombres por su fortuna.

El caballo de la noche galopaba. Pla-ca-ta. Pla-ca-ta. Y todos aquellos rostros bailaban a mi alrededor con esa nitidez que únicamente pertenece a las criaturas de la noche.

¿Era Susana Endicott la que se vengaba de mí? ¿Eran sus poderes superiores a los míos?

Fuera se levantó el viento. Oí como hacía caer de los árboles una lluvia de mangos. Le oí silbar rodeando la güira y haciendo chocar uno con otro sus frutos. Tuve miedo, tuve frío. Deseaba estar en el útero de mi madre. En aquel preciso momento mi hija se movió reclamando mi cariño. Puse la mano sobre mi vientre y poco a poco me invadió una especie de serenidad, una especie de lucidez, como si me resignara a vivir mi último drama.

Con los sentidos despiertos sentí como el viento amainaba. Un ave asustada por alguna mangosta pió en el corral. Por fin se hizo el silencio. Acabé por dormirme.

Apenas hube cerrado los ojos empecé a soñar.

Quería penetrar en un bosque pero los árboles se agrupaban ante mí y los negros bejucos que colgaban de sus copas me envolvían. Abrí los ojos. La habitación estaba negra de humo. Estuve a punto de gritar:

—¡Pero si esto ya lo he vivido!

Luego recapacité y lo comprendí todo. Sacudí a Iphigene que dormía como un

niño con una sonrisa radiante en los labios. Su mirada estaba todavía nublada por el recuerdo del placer. Inmediatamente se dio cuenta de lo que sucedía y saltó del lecho. Le imité con gran esfuerzo a causa de mi herida y de la sangre que no cesaba de fluir.

Salimos afuera. La cabaña estaba rodeada de soldados que nos apuntaban.

¿Quién nos había traicionado?

Los plantadores habían decidido darnos una buena lección, pues en tres años ésta era la segunda rebelión. Se habían asegurado la ayuda incondicional de las tropas inglesas, llegadas para defender la isla de los ataques de sus vecinos, y no habían dejado nada al azar. Las plantaciones fueron registradas sistemáticamente y los esclavos sospechosos fueron agrupados junto a una ceiba. Después, todo el mundo fue conducido a golpes de bayoneta hasta un amplio calvero donde se alzaban decenas de cadalsos.

Con un parche en el ojo y rodeado de sus esbirros, Errin recorría el escenario de las ejecuciones. Vino hasta mí y rió burlón:

—Pues bien, bruja, lo que no conociste en Salem vas a conocerlo aquí. Y reencontrarás a tus hermanas que se fueron antes que tú. Te deseo un buen Sabbat.

No respondí. Miré a Iphigene. Como era el cabecilla le habían golpeado tanto que apenas se sostenía en pie y se habría derrumbado si uno de los contramaestres no se hubiera encargado de hacerle reaccionar a fuerza de continuos latigazos. Su cara estaba tan hinchada que no podía ver nada y buscaba el sol como un ciego que desea su calor más que su luz. Le grité:

—¡No tengas miedo, sobre todo no tengas miedo! Pronto nos volveremos a encontrar.

Se volvió hacia el lugar de donde provenía mi voz y al no poder hablar me hizo una señal con la mano.

Su cuerpo fue el primero en balancearse en el vacío colgado de una sólida viga. Yo fui la última en ser conducida a la horca porque merecía un tratamiento especial. El castigo del que me había «escapado» en Salem me iba a ser infligido ahora. Un hombre vestido con un solemne traje negro y rojo enumeró todos mis crímenes pasados y presentes: Había embrujado a los habitantes de un pacífico pueblo temeroso de Dios; había alojado a Satanás en su seno enfrentándoles unos con otros, engañados y furiosos, había incendiado la casa de un honrado comerciante que no había tenido en cuenta mis crímenes y había pagado su ingenuidad con la muerte de sus hijos. En este punto de la acusación estuve tentada de gritar que todo era falso, que todo eran mentiras, crueles y viles mentiras. Después cambié de opinión. ¿Para qué? Muy pronto me encontraría en el reino donde la verdad brilla por completo. Sentados a horcajadas sobre el madero de mi horca, Man Yaya, Abena, mi madre, y Yao me esperaban para cogerme la mano.

Fu la última en subir al cadalso. A mi alrededor se erguían unos árboles extraños erizados de unos extraños frutos.

EPÍLOGO

He aquí la historia de mi vida. Amarga, muy amarga.

Mi verdadera historia empieza donde acaba ésta y no tendrá fin.

Christopher se equivocó o sin duda quiso herirme: la canción de Tituba existe. La oigo de un extremo a otro de la isla, de North Point a Silver Sands, de Bridgetown a Bottom Bay. Corretea por la cresta de los cerros. Se columpia en la flor del cañacoro. El otro día un niño de cuatro o cinco años la tarareaba. Llena de alegría dejé caer a sus pies tres mangos maduros y se quedó estupefacto mirando fijamente al árbol que, fuera de temporada, le había ofrecido un regalo semejante. Ayer la tarareaba una mujer sacudiendo sus harapos en las rocas del río. Agradecida me enrollé alrededor de su cuello. Le devolví la belleza que había perdido y que redescubrió mirándose en el agua.

La oigo a cada instante.

Cuando corro a la cabecera de un agonizante. Cuando tomo entre mis manos el espíritu todavía amedrentado de un difunto. Cuando permito a los humanos ver de nuevo fugazmente a los que creen haber perdido.

Porque, viva o muerta, visible o invisible, continuó curando, vendando, sanando. Pero sobre todo me he asignado otra tarea, ayudada esta vez por Iphigene, mi hijo-amante, compañero de mi eternidad. Endurecer el corazón de los hombres, alimentarlos con sueños de libertad, de victoria. Ni una sola rebelión fraguada sin mi intervención. Ni una insurrección. Ni una desobediencia.

Después de aquella gran insurrección abortada en 17** no hay mes en el que no estalle el fuego de los incendios, sin que un envenenamiento masivo diezme una Habitación u otra. Errin ha cruzado de nuevo el mar después de que, bajo mis órdenes, los espíritus de los que hizo torturar aparecieran noche tras noche a jugar al *gwo-ka* alrededor de su cama. Le he acompañado hasta el bergantín *Faith* y le visto beber copa tras copa con la vana esperanza de dormir sin pesadillas.

Christopher se agita también en su lecho y ha perdido la afición por las mujeres. No quiero perjudicarlo más porque es el padre de mi hija nonata, muerta sin haber vivido.

No he atravesado el mar para perseguir a Samuel Parris, ni a los jueces ni a los predicadores. Sé que otros se han encargado de ellos. Sé que el hijo de Samuel Parris, objeto de sus desvelos y de su orgullo, va a morir loco. Que Cotton Mather será deshonorado y señalado con el dedo por una pequeña arpía. Que todos los jueces perderán su dignidad. Que, según las palabras de Rebeca Nurse, llegará el momento de otro enjuiciamiento. ¡No importa que no me incluya!

No pertenezco a la civilización del Libro y el Odio. Mi recuerdo está en el corazón de los míos, sin necesidad de grafismo alguno. Está en sus cabezas; en sus corazones y en sus cabezas. Como he muerto antes de poder dar a luz, los invisibles me han autorizado a elegir un descendiente. He buscado exhaustivamente. He espiado en las chozas. He observado a las lavanderas dando el pecho, a las mujeres que depositan sobre un montón de trapos a los bebés que han de llevarse forzosamente

con ellas a los campos. He comparado, sopesado, palpado y finalmente la he encontrado, a la idónea: Samantha.

Porque la he visto nacer.

Solía cuidar a Délices, su madre, una negra criolla instalada en Bottom Bay en la plantación de Willoughby. Había perdido ya a dos o tres hijos de parto y reclamó mi presencia, angustiada por su próximo alumbramiento. Para calmar su desazón su compañero bebía agua sin tregua sentado en la galería. El parto duró horas. El niño venía de nalgas. La madre se desangraba y en su agotamiento sólo pensaba irse al otro mundo. El feto se debatía, luchaba con rabia para entrar en aquel universo del que no le separaba más que una frágil membrana de carne. Acabó por triunfar y acogí entre mis manos a una niña de ojos despiertos y boca expresiva. La vi crecer. Observé sus primeros pasos, sus tropezones cuando intentaba explorar el cerrado infierno de la plantación. Fui testigo de la felicidad que la embargaba cuando contemplaba la forma de una nube o la cabellera frondosa de un ilang^[14] y cuando saborea las frescas naranjas de piel gruesa. En cuanto supo hablar me preguntó:

—¿Por qué Zamba es tan tonto? ¿Por qué permite que Lapin se siente sobre su espalda?

—¿Por qué somos nosotros los esclavos y ellos los amos?

—¿Por qué no hay más que un dios? ¿No debería haber uno para los amos y otro para los esclavos?

Cuando las respuestas de los adultos no la satisfacían se inventaba otras a su medida. Se enteró de mi muerte por los rumores de la isla y en mi primera aparición no demostró sorpresa alguna, como si hubiese comprendido que estaba marcada por un destino muy particular. Ahora me sigue religiosamente. Le revelo los secretos permitidos, la fuerza oculta de las plantas y el lenguaje de los animales. Le enseño a descubrir la forma invisible del mundo, la red de comunicaciones que lo recorre y las señales-símbolos. Cuando sus padres duermen nos reunimos para disfrutar de la noche que ha aprendido a amar conmigo.

¡Hija que no he llevado en mi seno pero que he elegido!

¡Qué maternidad más grande!

Iphigene, mi hijo-amante, no me va a la zaga. Intenta realizar aquella rebelión que no pudo perpetrar cuando estaba vivo. Ha escogido a un hijo. Un pequeño negro congo de enérgicas pantorrillas a quienes los contra maestros ya han echado el ojo. El otro día el niño se empeñó en cantar la canción de Tituba.

No estoy nunca sola. Man Yaya. Abena, mi madre. Yao, Iphigene. Samantha.

Y además está mi isla. Me confundo con ella. No existe ni un solo sendero que no haya recorrido, ni un riachuelo en el que no me haya bañado, ni un *mapou* en cuyas ramas no me haya columpiado. Esta constante y extraordinaria simbiosis me venga de mi larga soledad en los desiertos de América. Amplia y cruel tierra donde los espíritus engendran únicamente el mal. Pronto cubrirán sus rostros con capirotos para torturarnos mejor. Encerrarán a nuestros hijos tras las pesadas puertas de los ghettos.

Nos disputaran todos los derechos y la sangre responderá a la sangre.

Sólo tengo un pesar, porque los invisibles tienen también sus pesares a fin de que su parte de felicidad tenga más sabor, y es el de estar separada de Hester. Nos comunicamos, es cierto. Respiro el olor de almendras secas de su aliento. Escucho el eco de su risa. Pero permanecemos cada una en nuestro lado del océano y no lo cruzamos. Sé que persigue un sueño: crear un mundo de mujeres que será más justo y más humano. Yo he amado demasiado a los hombres y continuo haciéndolo. A veces me deslizo en algún lecho para satisfacer unos restos de deseo y mi efímero amante se maravilla de su placer solitario.

Sí, ahora soy feliz. Comprendo el pasado. Leo el presente. Conozco el porvenir. Ahora sé porque existen tantos sufrimientos, porque los ojos de nuestros negros y negras relucen de agua y de sal. Pero sé también que todo esto tendrá un final. ¿Cuándo? ¿Qué importa? No tengo prisa, estoy liberada de la impaciencia propia de los humanos. ¿Qué es una vida con respecto a la inmensidad del tiempo?

La semana pasada se suicidó una muchacha. Era una ashanti, como Abena, mi madre. El cura la había bautizado con el nombre de Leticia y sufría un sobresalto cada vez que la llamaban por aquel nombre, incongruente y bárbaro. Por tres veces intentó tragarse la lengua y por tres veces sobrevivió. La seguía paso a paso y le inspiraba sueños. Por desgracia, al despertarse se sentía todavía más desesperada. Aproveché un momento de descuido mío para arrancar un puñado de hojas de mandioca y machacarlo con raíces venenosas. Los esclavos la encontraron tiesa con la boca llena de babas y despidiendo ya un olor insoportable. Un caso semejante resulta bastante insólito ya que son mucho más numerosos aquellos en los que consigo salvar a un esclavo de la desesperación sugiriéndole:

—Observa el esplendor de nuestra tierra. Pronto será toda nuestra. Campos de ortigas y de cañas de azúcar. Colinas de ñames y recuadros de yuca. ¡Toda!

A veces, y es extraño, se me antoja recobrar una apariencia mortal. Entonces me transformo. Me vuelvo anoli^[15] y saco mi afilada lengua cuando los niños se me acercan armados con pequeños lazos de paja. A veces me convierto en el gallo de la taberna y me emborracho de gritos más que de ron. ¡Ah, me gusta la excitación del esclavo al que ayudo a ganar el combate! Se aleja dando pasos de baile y blandiendo el puño con un gesto que pronto simbolizará otras victorias. A veces me transformo en pájaro y desafié las hondas de los pilluelos que gritan.

—¡Tocado!

Alzo el vuelo en un rumor de alas y me río de sus rostros desconcertados. Por último, a veces me convierto en cabra y caracoleo en torno a Samantha que no se deja engañar. Porque esta hija mía ha aprendido a reconocer mi presencia en el leve temblor del pelo de un animal, en la crepitación del fuego entre cuatro piedras, en el fluir irisado del río y en el soplo del viento que despeina los grandes árboles de los cerros.

NOTA HISTÓRICA

Los procesos de las brujas de Salem comenzaron en marzo de 1692 con la detención de Sarah Good, Sarah Osburne y Tituba, que confesó su «crimen». Sarah Osburne murió en la cárcel en mayo de 1692.

Diecinueve personas fueron ahorcadas y un hombre, Gilles Corey, fue torturado hasta la muerte.

El 21 de febrero de 1693, *sir* William Phips, gobernador real de la Bay Colony, envió un informe a Londres sobre el tema de la brujería. Hacía referencia al destino de una cincuentena de mujeres que todavía permanecían en las cárceles de la colonia y pedía permiso para abreviar sus sufrimientos. Hecho que se realizó en mayo de 1693 cuando las últimas acusadas gozaron del beneficio de un indulto general y fueron puestas en libertad.

El reverendo Samuel Parris abandonó el pueblo de Salem en 1697 después de una larga querrela con sus habitantes a propósito de salarios atrasados y leña nunca remitida. Su mujer había muerto el año anterior alumbrando a un hijo, Noyes.

Hacia 1693, Tituba, nuestra heroína, fue vendida por el precio de su «pensión» en la cárcel, de sus cadenas y de sus grilletes. ¿A quién? El racismo, consciente o inconsciente, de los historiadores es de tal envergadura que ninguno lo recuerda. Según Anne Petry, una novelista negra americana que también se apasionó por el personaje, Tituba fue comprada por un tejedor y acabó sus días en Boston.

Una vaga tradición asegura que fue vendida a un traficante de esclavos que la condujo de nuevo a Barbuda.

En cuanto a mí, le he ofrecido el final que me gusta.

Conviene advertir que el pueblo de Salem se llama hoy en día Danvers y que fue en la ciudad de Salem donde tuvieron lugar la mayor parte de los procesos, pero no el histerismo colectivo, que debe su reputación al recuerdo de la brujería.



MARYSE CONDÉ es una escritora y profesora universitaria francesa, nacida en Pointe-à-Pitre, departamento francés de Guadalupe, el 11 de febrero de 1937. Es una de las figuras femeninas más brillantes de la literatura contemporánea escrita en lengua francesa.

Al terminar sus estudios de bachillerato en el Lycée Fénelon de París, estudió Literatura Clásica en la Sorbona, donde también profundizó en el estudio de lenguas europeas especializándose en inglés.

En 1960, se casa con el actor de teatro guineano Mamadou Condé y ambos se trasladan a África. Durante doce años que Maryse Condé pasó en el continente africano, ejerció la docencia en Guinea, Ghana y Senegal.

Tras divorciarse en 1972, regresa a Francia donde imparte clases durante varios años en diversos centros universitarios. Durante ese periodo conoce al norteamericano Richard Philcox, traductor al inglés de la mayor parte de su obra literaria y con quién se casaría en 1982.

A mediados de los años ochenta obtiene una beca de la prestigiosa fundación Fulbright lo que le permite ejercer como profesora de la Universidad de Berkeley durante un año.

Condé cultivó varios géneros literarios, especialmente la prosa de ficción.

En 2004 se retiró de la Universidad de Columbia como Profesora Emérita de la lengua francesa.

Notas

[1] La Muerte es un umbral por el que pasamos / a la alegría; / la Vida es un lago que todo lo sume / en penas. <<

[2] Bienvenida. <<

[3] Pantalón corto y apretado que usaban los esclavos. <<

[4] Planta de las islas Molucas cuya flor se emplea en perfumería. <<

[5] Plantas. <<

[6] Serpiente venenosa. <<

[7] *Burglary*: en inglés, robo. <<

[8] Estos extractos están sacados de la declaración de Tituba. Los documentos originales de este proceso figuran en los Archivos del Condado de Essex. En Essex Country Court House de Salem, Massachusetts, existe una copia de dichos documentos. <<

[9] Declaración de John Indien. Archivos del condado de Essex. <<

[10] He olvidado decir que en la cárcel había perdido la mayor parte de mis piezas dentales. <<

[11] Un hombre. <<

[12] Negros recién desembarcados y no bautizados. <<

[13] Sabios. <<

[14] Planta tropical de las Molucas. (*N. de la T.*) <<

[15] Pequeño lagarto. <<